COQUE ASTILLERO

PAZMAN

UNA FICCIÓN HISTÓRICA DE QUIENES LUCHARON CONTRA ETA

Rocaeditorial

Pazman

Una ficción histórica de los que lucharon contra ETA

José Ángel Astillero

Rocaeditorial

A mi familia.
Especialmente a la que se fue al cielo.

En esta historia, las atrocidades de ETA son o están basadas en hechos reales, y muchos personajes se inspiran en personas que conocí.

El resto es un mézclum inseparable de ficción, cine y noticias de hemeroteca.

Hay poesía en los himnos patrios,
pero no en la cursilería de sus letras,
sino en las voces de quienes los cantan.

Mario Benedetti

Abre de negro

He decidido no ir. Rompí ya con todo. Hace mucho, muchísimo, que cerré las heridas. Las oficiales y las personales. Las de la patria y las del corazón, en ese preciso orden. Aprendí a no pensar más en ello. Ni en ella… Ahora me centro en los menús diarios, las cañas, los vermús, los cafés; las rutinas. Y en mis poesías, soy como el tipo de esa película, *Paterson*, un autobusero que aprovecha las paradas para escribir poemas. Compulsivamente. Yo lo hago sobre la barra del bar, ante mi clientela, entre *tallats* y *pintxos de truita*. No. No voy a ir.

Tengo miedo.

Lo recibí esta mañana, mientras ponía los cafés de costumbre a la pareja de *mossos*, el 1109 y el 1976; no sé sus nombres, pero, a fuerza de verlos cada mañana, he llegado a asociar sus rostros al número de la placa. Subí el volumen de las noticias de TV3, me lo había pedido el 1976 por no sé qué otro lío del *procés*, y eché un vistazo a mi iPhone 4 —mi fiel dinosaurio, no pienso cambiarlo, por lento que vaya y las veces que tenga que reiniciarlo—. El *e-mail* taladró mi caparazón.

«Encuentro veteranos SIGC Bilbao», adelantaba el asunto.[1]

Muy *civilón*; los guardias somos —éramos— austeros hasta escribiendo. No leí los detalles, no abrí la agenda, me había bastado leer el asunto. Después de más de veinte años, no era cuestión de volver a… No sabría cómo definir aquella barbarie-quimera que nos tocó vivir, imbuidos de una pasión que nos impedía ver más allá. En mi caso, sospecho que la ceguera era

aún más aguda. Me creía un quijote. Y estaba en lo cierto. Pero no por lo que yo entonces pensaba. No porque mis Sancho Panza me siguieran allá donde hubiese un aspa de molino de viento con la que hacernos el harakiri, no. Lejos de su deseo, a don Quijote la muerte no lo alcanzó en sus andanzas, murió dulcemente en su lecho —metástasis de melancolía, conjeturaron los galenos en su certificado de defunción—; ni su Dulcinea existió, más que en sus sueños —la fortuna de don Alonso Quijano fue no comprobar que los sueños de amor cicatrizan con pesadillas lentas y silenciosas—. Esas son las cosas que ahora, con la perspectiva del tiempo, me acercan más al hidalgo. Esas, y que vivió loco y murió cuerdo. Así se vivía y se moría en el País Vasco.

He de cuidar mi recosida y frágil cordura; mi espíritu está muy enfermo.

No iré.

ϒ

No he ido. Pero ese *e-mail* me ha dejado tocado. Ahora me amenazo con escupir lo que llevo dentro. Como una presa resquebrajada. Y termino diciéndome: «Manel, es mejor que lo sueltes todo, en casos así es lo mejor, es lo que hacen en esas terapias de grupo». Lo mío será una autoterapia, la haré solo, porque, después de los sucesos que acontecieron, yo escogí la soledad; no cura nada, pero te evita aguantar a payasos, advenedizos, insensibles, divinos y zalameros. Quizá me siente frente a un espejo, el del cuarto de baño, no tengo otro; así, mientras cuento mi historia, podré ver una cara, es irrelevante que sea la mía, de algún modo diluirá la sensación de ser un idiota que se confiesa solo: «Hola, me llamo Manel, yo también lo he perdido todo, fue hace ya mucho. Los mejores y los peores años de toda mi vida». Grabaré mi relato y le daré

forma, a ratos, sobre la barra del bar. Lo haré en vez de escribir más poemas; no he conseguido que me publiquen un poemario, y he escrito unos cuantos, joder, debo de ser un pésimo bardo. Voy a contarlo porque me aterra la idea de llevarme a la tumba remordimientos capaces de desvelarme en la fría negrura de un hexaedro de pino; suplico que me dejen ser un cadáver sereno —«Descanse en paz», les desean a los difuntos; es lo único que le imploro a la parca—. Ahora, además, cuando echo la vista atrás, lo veo todo distinto, y completo, tengo las piezas que me faltaban; bueno, alguna seguirá siempre faltándome en la parte que a ella le atañe —el amor se resiste a la autopsia del tiempo —. Hoy sé lo que sucedía en lugares donde no estaba, lo que se tramaba entre paredes opacas, lo que se supo después, y dispongo de recuerdos ajenos y testimonios privilegiados. Siento la excitación del cineasta que se prepara para rodar su *opera prima* y pone a punto su cámara, una muy especial con lentes omniscientes con la capacidad de enfocar escenas inaccesibles: vigilar un buzón, arrastrarse en un tiroteo, presenciar una *ejecución* bajo el sol, colarse en un seguimiento, *chaparse* en un piso, husmear por los calabozos, cruzar la muga para acudir a una cita en el *otro lado*…

No tengo ninguna motivación económica, tampoco es una *vendetta*. No tengo delirios. No tengo proyectos. No tengo ilusiones. No puedo tenerlos, no me queda con quién compartirlos… Tuve con quién, pero fue en esos años, los años del sacrificio. Los años que me arrebataron a mis amigos. Y a ella. Los años que me quitaron los sueños. Y cuanto los alimenta.

Cap Salou, otra noche sin luna

1

El caballero oscuro (The Dark Knight)

CHRISTOPHER NOLAN, 2008

La noche anterior había celebrado mi cumpleaños —veintiséis, qué lejanos los veo hoy—, y la borrachera, de nuevo, había hurgado con sus dedos rasposos en mi alma: seguía encogida y vacante. Era un desasosiego que solía venir de la mano de las resacas. Acentuaría más aún el dolor de lo que me tocaría vivir aquella jornada.

No sé cuántas veces había sonado el teléfono cuando por fin tanteé la mesilla y mi torpeza lo hizo caer al suelo. Hablo de un teléfono fijo, de los de antes, entonces no teníamos móviles, solo el busca, un cacharrito que delataba a *txakurras* y médicos; a decir verdad, excepto algunos insensatos que iban de fantasmas, la mayoría de los *txakurras* lo llevábamos siempre oculto —el busca, técnicamente un mensáfono, era un receptor de mensajes ancestro de los SMS, pues el texto tenías que dictárselo por teléfono a una operadora—. Cuando encendí la luz, lo primero que mi mirada arrugada encontró fueron los pósteres de ETA, KAS,[2] HB y la legión de grupúsculos *abertzaloides* que empapelaban mi cuarto.

De todos, mi preferido era el de Pazman, un cartel electoral de EMK-LKI.[3] Ambas eran formaciones de corte más bien trotskista, aunque EMK, heredero de ETA Berri —la Nueva

ETA, escisión de la banda armada de finales de los sesenta—, llegó a beber de fuentes maoístas, las mismas que pretendieron uniformar a los chinos, a todos sin excepción, con una chaqueta de áspera lona barata y cuatro bolsillos, el superior izquierdo —que se jodieran los zurdos— con una rendija para albergar la pluma —no podía faltar tinta china, había que firmar cupones canjeables por un bol de arroz—; esa misma chaqueta con la que, como un líder desplazado desde otra época, gusta de darse baños de masas el supremo líder norcoreano Kim Jong-un. Fagocitados por el pistolerismo etarra, EMK y LKI terminaron pidiendo el voto para HB, y en 1989 lanzaron el clarividente póster. Su protagonista, un Batman con tricornio que se antojaba la estrella de la saga *Euskal Herria Wars:* Pazman, el Pacificador. Acertaron de lleno los agudos diseñadores del afiche *abertzale*, sí, solo que en las antípodas de su irónica pretensión.

Sobre el póster de Pazman, el reloj de pared marcó las tres de la tarde.

—Mierda.

Me incorporé y estiré el brazo hasta alcanzar la persiana. Fuera, el sirimiri aplicaba su pátina húmeda al gris posindustrial de Bilbao, así que no me costó adaptarme a la luz inapreciable del día, no alteró la luminosidad del neón de mi habitación, o quizá sí, sensorialmente andaba más ocupado en lidiar con el clavo de mi cabeza. Me centró el sonido intermitente del auricular descolgado. Lo coloqué en su sitio y esperé a que volviese a sonar; aquel artefacto de baquelita no disponía de historial de llamadas ni buzón de voz, tocaba sentarse en la cama y atender a que quienquiera que fuese te llamara otra vez, lo cual sucedía solo si era urgente. No pasó ni medio segundo.

—Sí —respondí aclarando la voz.

—¿Manel? —La pregunta revelaba que mi carraspeo no

había sido efectivo.

—Sí sí, soy yo, dime.

—Oye, han llamado del COS,[4] ha habido una explosión en La Peña, hay un muerto, parece ser que es un guardia. No sabemos más, el COS se ha enterado a través del escáner; la Policía ha llegado ya. Vete corriendo para allá y nos cuentas.

Me malvestí a toda prisa rescatando prendas del barullo de ropa esparcida por el suelo, cerré de un portazo y me lancé escaleras abajo. Imaginé a Pazman contemplando en silencio la leonera que había dejado a sus pies, balanceando la cabeza con el tricornio mientras chasqueaba la lengua. Preferí no mirar su imponente y oscura silueta cuando regresé a los pocos segundos: había olvidado la pistola. Escarbé entre los vaqueros, las camisas, la ropa interior… No di con la funda. Joder. Me metí el fusco a pelo bajo el pantalón. El frío metal en la ingle me anticipó sensaciones amargas. Como las más despiadadas almendras.

2

Rocky

JOHN G. AVILDSEN, 1976

Las escaleras del cuartel de La Salve se hicieron célebres por dos razones. De momento, pospondré la primera, cada cosa debe contarse a su tiempo, y eso será muy al final de esta historia. La segunda es que eran eternas, empleo el pasado pues desconozco si siguen ahí; supongo que sí: de haberse cerrado el cuartel, aun en mi huraña existencia de molusco bivalvo, los ecos de la noticia me habrían llegado. La Salve fue cuartel porque alguien se empeñó en que lo fuese, pero no era más que un desperdigado montón de edificaciones de aspecto lúgubre y mustio, para algunos amenazante, que ascendía sin armonía alguna por la falda del monte Artxanda cruzándose con un tramo elevado de la carretera de Orduña —una autovía atravesaba el cuartel, sí; seguridad ante todo—. Esa vastedad de peldaños constituía la espina dorsal del insólito acuartelamiento que, además de ser un lugar de trabajo, como todas las casas cuartel de la Guardia Civil servía de hogar a muchas familias. En La Salve, a un centenar largo, aunque era una cifra siempre a la baja, pues la coexistencia en un gueto desgasta irremediablemente a los seres humanos; pasado un tiempo, los guardias se hartaban de que sus mujeres e hijos vivieran como parias, por no hablar del miedo palmario a la

muerte que nadie se atrevía a mencionar, y los terminaban enviando de vuelta a Extremadura, Andalucía, Canarias, ambas Castillas, Murcia, Galicia… —con la excepción de los guardias vascos, que no eran pocos y tenían sobradas razones para continuar allí con sus vidas—. Quedaban, pues, los hombres, potenciales engendradores de viudez y orfandad, encadenados al complemento de peligrosidad que andaba por las setenta u ochenta mil pesetas de mediados de los noventa, *grosso modo* la mitad del sueldo de un guardia; la mayoría, a la espera de consolidar el ansiado derecho preferente a un nuevo destino, por lo general en su tierra natal, con prioridad sobre otros peticionarios del resto de España. Prebendas para estimular la cobertura de las plantillas en el País Vasco nunca faltaron, pero tampoco se habrían necesitado. Al menos, en el SIGC y en el GAR. Los que pasamos por los servicios de información o los grupos antiterroristas rurales —unidades de élite, así las llamaban, y yo matizaba «no de héroes», porque los héroes fueron los que no lo pudieron contar— habríamos renunciado a cualquier beneficio que no fuese espiritual. En fin, resulta obvio para los que estuvimos *arriba*, y de eso en gran parte va este relato.

ϒ

La primera vez que subí las escaleras de La Salve fue una mañana de marzo de 1993. Era el día de mi presentación, una usanza castrense, preceptiva al llegar a un nuevo destino, que consiste en acicalarse con el uniforme *de bonito* —camisa blanca y guerrera con pasadores, a lo que en la Guardia Civil añadimos el tricornio— y, como su nombre indica, presentarse a todos los jefes de la nueva unidad en un amigable viacrucis de despachos, a modo de estaciones donde el recién llegado responde a una cordial, algo repetitiva, entrevista de

bienvenida. Después de cinco años de academia —indelebles como un hierro al rojo sobre mi pecho—, mamando tantos valores —más indelebles aún—, cumplía por fin mi sueño: Información en el norte.

Promoción tras promoción, a los tenientes *de academia* nos destinaban forzosos al País Vasco; era una decisión que venía de muy arriba, como la lluvia que no cae al gusto de todos; angustiaba a nuestras familias, pero también hacía realidad nuestro anhelo de jóvenes oficiales: luchar contra ETA. Nadie nos adoctrinaba, tampoco nos soltaban arengas, ese anhelo se forjaba congénitamente en las piñas que hacíamos en la academia para ver los telediarios abriendo sus ediciones con atentados. A nuestra promoción nos tocó presenciar algunos tan salvajes como las masacres de los cuarteles de Vich y de Zaragoza. Esta última no solo la vimos en las noticias. En diciembre de 1987 éramos cadetes de primer curso, aún dormíamos en secciones de a treinta en las gélidas naves que rodean el patio de armas; a las 6:10 de la mañana, como una anticipada y brutal diana, la explosión del cuarto de tonelada de amonal nos sacó de las camas de un salto —la Academia General Militar distaba unos cinco kilómetros de la casa cuartel que aquellas bestias echaron abajo—. En lo que a mí respecta, en el tiempo que aún tenía por delante hasta recibir el despacho de teniente no habría necesitado ver ningún telediario más. Ángel tenía diecisiete años; Rocío, doce; las dos Silvias, siete y seis, y las gemelas, Miriam y Esther, tres añitos. Para preparar la oposición, el año anterior me había alojado en la residencia de estudiantes de ese cuartel y los veía a menudo jugando en el patio. El resto de los fallecidos eran guardias y sus esposas; entre ellos, los padres de Rocío y las dos Silvias.

Había concluido la ronda de presentaciones y subía camino de mi habitación del pabellón de oficiales, en lo más alto de ese vetusto cuartel sede de la 512.ª Comandancia de la Guardia

Civil. De no ser porque en cada peldaño percibía miradas curiosas sobre mi nuca, habría echado a correr escaleras arriba, sentía un deseo irrefrenable de llegar a la cima y ponerme a dar brincos eufóricos con los brazos extendidos en señal de victoria. Como Rocky Balboa. En tal momento de exaltación, no recordé que la primera vez que el Potro Italiano se enfrenta a las escalinatas del Museo de Arte de Filadelfia a duras penas consigue subirlas. Rebelándose contra su papel de *underdog*, se ha levantado a las cuatro de la mañana y por desayuno ha engullido huevos crudos recién sacados de la nevera, cinco, que ha cascado medio dormido; apesta a linimento y aún no está en forma. Doblado por el flato, Rocky desciende renqueante los setenta y dos peldaños de vuelta; la sensación del espectador es que se retira vencido. Sí, lo olvidé. Creo que me cegaron los cornos franceses de *Gonna Fly Now* —la canción que suena en el montaje del entrenamiento y la subida exitosa al museo— y los violines de *The Final Bell* —esa que estalla apenas acaba el combate final y los periodistas rodean a Rocky; pero él los ignora, se evade de sus preguntas llamando a su chica a voces «¡Adrian, Adrian!», mientras al fondo el *speaker* da ganador por puntos a Apollo Creed; y entonces, al subir por fin Adrian al *ring*, justo antes de fundirse abrazado a ella, con ese rostro martilleado del que sus párpados cárdenos cuelgan cual estandartes hollywoodianos, Rocky le suelta: «¿Dónde está tu sombrero?». Lástima que tan lacrimosa ocurrencia, capaz de cuajar en una sencilla pregunta toda la bonachonería y ternura del campeón, pueda apreciarse solo en la versión original en inglés—. Lo cuento tal como fue, subiendo las escaleras esa música resonó en mi cabeza, llegué incluso a ver los créditos de apertura con la icónica tipografía de Rocky barriendo los peldaños de lado a lado… No. La primera vez no fue con esas épicas piezas de Bill Conti con las que Sylvester Stallone subió las escalinatas. Lo hizo bajo el taciturno piano de *Philadelphia*

Morning, lo había olvidado también. Son acordes de la misma melodía, el tema de *Rocky*. Pero el regusto es diametralmente distinto.

Bajé las escaleras con zancadas atropelladas pensando que después de llamarme Tellado estaría pasando el aviso a Incidencias, una especie de grupo de guardia del SIGC, para que ellos alertaran a los de la Policía Judicial, a los TEDAX, a la reserva y al equipo de zona, que era el 5.9 —si mi memoria no falla, La Peña pertenecía a la demarcación del Proa 5.9—, y al GAR de Lemóniz, por entonces los del GAR aún vivían —por expresarlo de un modo amable— en las instalaciones distópicas de la central nuclear cerrada a golpe de eslóganes y pancartas.

—¡*Mecagüendios*, daos prisa! ¡Han matado a un compañero!

Los gritos provenían de abajo, de la explanada adonde ya estaban llegando guardias de la reserva, una decena, la mayoría jóvenes y algún que otro *caimán*. A estos últimos los distinguías, de lejos, por la pátina ajada de sus uniformes de campaña, aquel que se usaba ya en los setenta, y por cómo portaban el chopo, haciendo de este fusil de asalto una extensión natural de sus brazos; de cerca, su piel de reptil baqueteado los hacía inconfundibles. Yo llegué justo a la vez que los TEDAX, que con sus monos azules siempre me habían parecido ajenos al Cuerpo; en cierta manera, eran de una pasta muy especial, nuestra dosis estándar de valor y locura no servía como unidad de medida en su caso, hablamos de magnitudes micro versus macro, que dirían los físicos. Muy poco después llegaron los de PJ con sus cámaras y maletines de inspección ocular; Santamarina iba a rebufo.

—¿Dónde ha sido, mi sargento? —preguntó uno de los guardias de PJ.

Con un sofoco ostensible, pues los pulmones del sargento Santamarina eran más bien alérgicos a espacios que no fueran penumbrosos y con tufo a sudor femenino, el suboficial ignoró

la cuestión.

—Mi teniente, aquello va a estar repleto de hijos de puta —masculló dirigiéndose a mí.

Aunque era mi primer atentado, había leído un montón de informes y diligencias y creía estar preparado. Pero me descolocó el comentario.

—Ha sido junto a la *herriko*[5] —añadió.

—Joder.

Mientras en la emisora el COS iba aportando más datos, imaginé nuestro trayecto a La Peña bajo una banda sonora de *txalaparta*. Una toma aérea habría seguido nuestra vertiginosa serpiente de escamas verdes —por los viejos Patrol— y grises —por los coches anodinos del SIGC— tocada de azules titilantes —por los prioritarios—.

La *txalaparta* es un instrumento de percusión aureolado de bonitas leyendas íntimamente ligado al entorno rural del País Vasco. Se palotea, se toca, en pareja; de hecho, su estructura rítmica quiere que ambos intérpretes, los *txalapartaris*, se necesiten el uno al otro.

Secuestrada por el radicalismo *abertzale* como uno de sus símbolos más reconocibles, para buena parte de los *txalapartaris*, sin embargo, este instrumento representaba mucho más que un banderín de enganche político: al palotearlo, lo enarbolaban respetuosamente como el blasón identitario de la cultura ancestral del pueblo vasco. A mí todo eso me sonaba muy familiar y nunca pude evitar, escuchando una *txalaparta*, pensar en la Guardia Civil. Por lo rural, las parejas, el compañerismo, las manipulaciones interesadas y la comunión con el pueblo.

3

Danzad, danzad, malditos
(They Shoot Horses, Don't They?)
Sydney Pollack, 1969

Me mareo al ver sangre. No cualquier sangre, solo la sangre de seres vivos; sobre todo, la mía. Me desmayo si en una analítica observo los tubitos tiñéndose de ese rojo ferroso, así que disimulo y miro a otro lado. De niño, cuando vi cómo le cortaban las orejas a mi dóberman, me mareé horriblemente —creo que ya se han prohibido ese tipo de prácticas; no sé si la preservación de la estética de ciertas razas caninas justifica amputarles el rabo o estilizar sus orejas, solo sé que a mí aquel traicionero vahído no me compensó en absoluto—. Curiosamente, no siento nada cuando la sangre es de un ser muerto. Un filete *saignant*, las vísceras de una carcasa de pollo o la cabeza de un suicida volada por una escopeta del 12 no provocan en mí nada cercano a una reacción vagal; quizá asco, un repelús obligado, diría legítimo, pero nada que me perturbe síquica o físicamente.

No había sangre en el cadáver de Francisco Jurado Pacheco.

Ni ojos. Ni manos.

Solo olor. El olor de su piel calcinada, bendecida con el agua de aquella lluvia perenne, penetró en mí. Hoy todavía, al recordarlo, me quiebra como un nauseabundo corte de orejas de todos los perros del mundo. Fue a coger su coche y algo bajo

el asiento le llamó la atención, se inclinó a recogerlo y la bomba lapa le estalló entre las manos. El cadáver de Francisco Jurado Pacheco yacía recostado en el asiento del conductor de su Opel Corsa; sus brazos, lo poco que de ellos quedaba, estaban abiertos, y su cabeza anormalmente desplazada hacia el cielo —la explosión había arrancado de cuajo el techo del vehículo—: efectos todos muy lógicos, empíricos, de la violenta liberación de energía que provoca el estallido de un kilo y medio de amerital. Parecía implorar a lo alto. Quién sabe, tal vez perdonar, ¿por qué no? Yo no pude saberlo, su mirada no me dio pistas. Al examinarlo de cerca, me vi reflejado en el agua que inundaba las cuencas de sus ojos vacantes, como dos pozos colmados de lágrimas que nunca podría derramar. Llegué a imaginar que las nubes habían recibido la orden de Alguien y lloraban en su lugar.

—¿Todo bien, mi teniente? ¿Mi teniente…?

La voz del sargento Álamo me devolvió al mundo real. No lloraban las nubes. Y a Francisco Jurado Pacheco no le quedaban lágrimas por derramar. La explosión había reventado sus globos oculares vaciando las cavidades orbitarias, ahora rebosantes de agua de lluvia. Eso era todo. H_2O encharcando dos boquetes en el rostro carbonizado de aquel guardia civil que, por muy pocos días, no llegaría a cumplir los treinta. Con una antigüedad en el Cuerpo de cuatro años escasos, prestaba servicio en el Gobierno Civil de Vizcaya, en previsibles turnos de tarde-mañana-noche. Eso, y que era natural de Sestao —su condición de *txakurra* resultaba un secreto a voces—, habían hecho de él un objetivo fácilmente identificable. Y el destino, la providencia, la suerte o lo que sea que insensiblemente tirara los dados en el País Vasco; porque los análisis de riesgos no funcionaban, las predicciones de los gurús antiterroristas, que los había, no eran más que fantochadas interesadas en engrosar su ego y, si se terciaba, también su cuenta corriente.

Me volví. Álamo me observaba. Tomé plena conciencia del gentío morboso que nos rodeaba tras el cordón policial. Se extendía por el descampado que hacía las veces de aparcamiento frente al bloque de pisos donde, hasta hacía escasas horas, vivía Francisco Jurado Pacheco, uno de los tantos inmuebles con aspecto de vivienda de protección oficial que componían la colmena suburbana de La Peña —topónimo con eñe bien española de un barrio en manos de unos tarados que te incluían en su lista negra si llamabas a aquello La Peña y no Abusu—. Mi fantasía fílmica me elevó en una grúa que deslizaba su pluma sobrevolando a la masa allí congregada y, a la vista del mosaico de paraguas y chubasqueros, evoqué la reflexión atribuida a Descartes: *«Chapeaux et manteaux, rien de plus»*. Si desde su ventana el filósofo no había sido capaz de ver en los viandantes más que sombreros y abrigos, yo no podía pretender ver más allá del manto de tejidos impermeables, no debía prejuzgarlos a todos.

—¡Más carne, más hamburguesas! *Gora ETA!*

«No a todos, no —me dije—, pero sí a esos, a los de la *herriko taberna*». Tratabas de desoírlos, mas no podías ignorarlos. Embrutecidos a base de *kalimotxo* y el revoltoso son de la *trikitixa*,[6] cada vez nos increpaban más y más alto, sin parar de bailar, atrás, donde el gentío ya se dispersaba. Danzaban como miembros de una secta demente, con sus *katxis* en mano, vociferando las consignas de siempre, montando su *jaia*, su fiesta cruel, sobre la tragedia que a un centenar de metros había destrozado la vida de una familia.

—¡*Txakurra* bueno, *txakurra* muerto!

Los *txakurras*, los perros, éramos la Guardia Civil y la Policía. Francisco Jurado Pacheco, el más aludido ese día. Observé la expresión de los nacionales, los guardias y algún que otro municipal desplegados; eran látigos reprimidos en manos de un domador hastiado de oír rugir a las fieras. Reparé en la pistola

expedita entre el pantalón y mi piel. Catorce cartuchos. Habría sido tan fácil acercarse a esa chusma y vaciar el cargador sobre uno cualquiera… «La ley del talión, *lagunak*,[7] ojo por ojo, ya sabéis cómo va esto. Y perdonad, seguid con la *jaia* si os apetece, pero bajad un poquito la música, *mesedez*,[8] la *trikitixa* en estos momentos no es lo más apropiado, nos ha costado un montón de mentiras piadosas calmar a la pequeña Nerea, la huerfanita; y a Elvira, la viuda, la hemos dopado con pastillas que harían dormirse a un caballo para que deje de repetir "Mi Paco, mi Paco, mi Paco"; lleva así desde que bajó corriendo a la calle al oír la explosión; iba con su hija en brazos, ¿sabéis?, y descubrió en ese amasijo de hierros de ahí, sí, ese todavía humeante, el monigote maloliente y grotesco que parece un ninot indultado a destiempo. Supongo que os haréis cargo: hasta esta mañana, *eso* de ahí era el padre de Nerea y el esposo de Elvira. Así que lo dicho, aúpa, seguid con la *jaia*, pero no gritéis tanto. Nosotros seguimos con los preparativos del funeral, *eskerrik asko*».

—¡Guardia Civil, vil! *Gora ETA!*

—¿Mi teniente?

Suspiré hondo.

—Todo bien. Gracias, Álamo.

Me hizo una seña discreta. Lo seguí, me apartó del vehículo destrozado.

—No les dé el gustazo. —Sin mirarme, empezó a gesticular indicando lugares alrededor, simulando apoyar un discurso ajeno a sus palabras—. Fue lo primero que aprendí, le hablo de hace casi veinte años. Hay que llorar luego, en casa, en la oficina, da igual, donde sea. Pero no aquí.

En algún momento junto a Francisco Jurado Pacheco, era evidente, no había podido disimular la humedad en mis ojos. Nos detuvimos ante dos láminas de metal retorcidas, el techo y el capó del vehículo; estaríamos a unos treinta metros del

Corsa.

—Hágalo donde ellos no puedan verle. Y llore, no se aguante. Llore. Merecen todas las lágrimas. Es lo mínimo que ahora podemos darles. —Se detuvo, terminó con su pantomima y me miró fijamente a los ojos—: Llore, mi teniente, yo lo hago a menudo. Me hace más fuerte.

Me agaché a recoger algo brillante del suelo; fue una excusa fortuita para no tener que darle un abrazo. Una imagen de san Cristóbal. Bajo la consabida leyenda «¡No corras, papá!», se intuían chamuscadas las fotos de Elvira y su hijita. A san Cristóbal, patrón de los viajeros, se le atribuye el don de portar las almas hasta las puertas del cielo sin necesidad de haber recibido el preceptivo viático, basta que el difunto haya visto la imagen del santo antes de fallecer. Así que, los conductores de antes, cuando había más fe y los airbags no existían, colocaban esta suerte de tarjeta de embarque con *fast-track* a los cielos en un lugar destacado del salpicadero de sus turismos de manera que el gigante cananeo sobre cuyas espaldas los caminantes vadeaban los ríos estuviese siempre a la vista. Esa chapita de plástico bien podría haberse pulverizado con la explosión o haber sido lanzada a otro lugar donde nadie reparase en ella. Sin embargo, la onda expansiva la había proyectado a un punto deliberado donde habría de cruzarse conmigo. No me cupo ninguna duda. Antes de partir hacia el paraíso, Francisco Jurado Pacheco había mirado a san Cristóbal y a su familia.

Me guardé la chapita en el bolsillo del chubasquero y me incorporé.

—Gracias por el consejo.

—Hay un herido bastante grave, una chica que andaba cerca, es vecina del barrio. Parece ser que le ha alcanzado metralla en la cabeza.

—¿Metralla? ¿No ha sido una *lapa*? —pregunté.

Las bombas lapa pretendían ser precisas como un tiro en la

nuca, «quirúrgicas», les gustaba decir a los estrategas de la banda, y ETA, consecuentemente, tenía la atenta consideración de no añadirles tornillería que extendiese la carnicería más allá del blanco elegido. Miramiento que no funcionaba cuando el día de autos, alterando insensatamente y sin avisar el deferente plan de los terroristas, al objetivo del atentado le daba por subirse al coche con sus gemelos de dos añitos, y la bomba entonces destrozaba a uno de los pequeñines y el padre terminaba abrazado a su cuerpecito mutilado preguntándose por qué a su hijo y no a él, sollozando mecánicamente «Ya me lo han matado esos hijos de puta, ya me lo han matado esos hijos de puta, ya me lo han matado esos hijos de puta…». Por poner un ejemplo real.

—Algún fragmento del coche, he querido decir —matizó Álamo.

Traté de concentrarme en mi rol y barrí con la vista la escena. El *background* tras los curiosos era hormigón húmedo y sucio, a tramos ruinoso, asfixiado bajo capas de pintadas y carteles cuya función no era otra que alertar a los forasteros: «Se adentra usted en territorio *abertzale*» —«comanche» en la jerga de los que nos creíamos descendientes del general Custer —. La banda sonora seguía siendo la misma, la *trikitixa* no cesaba en la *herriko*, como tampoco los *Txakurrak kanpora!*[9] y *Gora ETA!*

—Oye…, el guardia ¿llevaba pistola?

—Tenía un par de cosas que comentarle, jefe, una precisamente era esa. La pipa la tienen los *chapas*.

—Pues que nos la devuelvan.

—Tendrá que hablar con ellos usted. De mí han pasado.

—Joder, es un arma oficial. ¿Para qué coño la quieren?

Álamo se encogió de hombros.

—Cosas de los *chapas*, han llegado primero y se la han quedado. El comisario está allí, ese que se está encendiendo un

cigarro. —Me indicó con el mentón un corrillo.

No me dio tiempo ni a dar el primer paso hacia los policías nacionales. Desde un terraplén, a lo lejos, alguien estaba grabándolo todo.

—Mira. —Le señalé a Álamo—. Que lo identifiquen, comprobad que lleva carné de prensa, le decís que no se pueden tomar imágenes y os lo lleváis con el resto, detrás, al parque. Hasta que llegue el gobernador, quiero a todos los periodistas allí, bien controlados; cuando llegue, si él lo autoriza, que pasen. Pero aquí, ahora, no quiero cámaras.

—Esa era la otra cosa que tenía que comentarle. No paran de quejarse con el rollo del derecho a informar; los de Incidencias no saben ya qué decirles…

El grito desgarrado de una mujer nos interrumpió. Nos volvimos. En un balcón, lloraba desconsoladamente. Varios guardias de paisano trataban de introducirla en la casa; en medio del forcejeo clemente, se coló una niña gritando «¡Papá!, ¡papá!», y se agarró a ella llorando. Los «¡Papá!, ¡papá!» de la hija se fundieron con los «¿Por qué?, ¿por qué?» de la madre con la misma fuerza con la que se abrazaban. La escena era una maldita y perfecta representación del dolor.

—Que se lo metan por el culo. Vete ahí atrás y les dices que el derecho a informar se lo pueden meter por el puto culo, que muy por encima está la dignidad de esa familia. ¡Que se callen y la escuchen llorar! ¡Que escriban la crónica de ese llanto!

—A la orden. —Partió con determinación.

—¡Álamo!

Me habría bastado con su mirada leal, esa franca y reconfortante de los buenos guardias civiles. Pero él prefirió transcribirla:

—No se preocupe, todos nos calentamos. Sé lo que he de decirles.

Remprendí el camino hacia el corrillo de *chapas*, algo

aliviado al ver que en el balcón ya no había nadie, aunque todavía se oían los llantos amortiguados; los ventanales cerrados y las cortinas corridas no eran suficiente aislante.

—Perdón, ¿el comisario?

Cesaron de hablar. No me atrevería a decir que interrumpí una conversación animada, pero tampoco parecían demasiado afectados, mantenían un aire de pésame, cómo expresarlo, ¿oficial? Uno de ellos, el que me había indicado Álamo, apuró su cigarro.

—¿Tú quién eres?

—Soy el teniente Queralt, del Servicio de Información de la Guardia Civil.

En el comisario advertí el agnosticismo social que al presentarme solía suscitar en mis interlocutores. Exigía todo un acto de fe creer que ese jovencito imberbe, de grandes ojos redondeados y flequillo lacio —a muchos les venía a la memoria el protagonista del anime *Marco*—, fuese un oficial de la Guardia Civil. Despacio, probablemente tratando de ganar tiempo para aceptarme como se asimila un dogma, el comisario se retiró dando la espalda al corrillo.

—Comisario Vives, ¿qué tal? —musitó estrechando mi mano.

—Me comentan que tienen la pistola del guardia.

Asintió.

—Es un arma reglamentaria, pertenece a la Guardia Civil.

Se limitó a mirarme en silencio; en su rostro aprecié una extraña mueca. Sinceramente, creí que me estaba vacilando.

—Mire, necesitamos la pistola, tenemos que incorporarla a las diligencias.

—Ya. Nosotros también tenemos que hacer diligencias, esto es demarcación nuestra. Hacemos una cosa: terminamos nuestras diligencias y os damos el arma después, ya os avisamos.

Suspiré tratando de mantenerme frío, pero se me nota a

distancia, somatizo la tensión como un niño. A él, en cambio, lo veía muy cómodo.

—Comisario, la pistola del guardia no les sirve para nada, no la ha usado, no ha habido tiros. Nos hacen una diligencia de entrega y nos la devuelven ahora, por favor. Les firmo el recibí yo mismo.

—¿Cómo has dicho que te llamabas?

—Queralt.

—De nombre…

—Manel.

—¿Manel? —repitió queriendo decir «¿Catalán?»—. No te había visto antes, conozco a un montón de gente en La Salve, a los oficiales creo que a todos. No llevas aquí mucho tiempo, ¿verdad?

—Un año.

—Un año. Vaya.

Me tendió un paquete de Winston de contrabando, decliné con la mano.

—Mira, Manel, puedes tutearme. Soy Luis. —Su registro de voz, ahora paternalista, no me engañó: era la lectura de la cartilla del veterano al novato—. En estas situaciones lo importante es no ponerse nervioso. Cálmate, estate tranquilo, las primeras veces nos cuesta a todos, pero por desgracia te tocará ver así a más de un compañero. —Encendió el cigarrillo que llevaba colgado en la boca desde que había empezado su perorata; una nube de humo se interpuso entre nosotros—. No dejes que te afecte la situación, hazme caso; si es tu primer atentado, sé que cuesta sobreponerse. Es normal, luego uno se va acostumbrando…

—Jefe, el gobernador —lo avisaron desde el corrillo.

A la vista de la caravana de vehículos negros recién llegados, el griterío aumentó. «¡Fascista español!, *gora ETA!*, ¡más hamburguesas!», fueron los vítores que dedicaron desde la

herriko al gobernador y su escolta. Y, como por simpatía de decibelios con el revuelo, tras los ventanales del balcón se recrudecieron los gritos rotos de Elvira. Sonaban devastadores.

—Comisario, por el amor de Dios, la pistola.

Agachó la cabeza, debía de ser una especie de reflexión. Luego gritó: «¡Ceciliano!».

Un tipo rechoncho dio un respingo y vino al trote desde el corrillo.

—A sus órdenes, dígame. —Sus ademanes eran los de un pelotillero.

—Que le entreguen la pistola al teniente.

—A sus órdenes.

El tal Ceciliano desapareció trotando igual que llegó. Le di las gracias al comisario Vives y nos dirigimos a dar novedades al gobernador. Avanzamos juntos por un corredor entre los curiosos que nos fueron abriendo los policías; yo iba sopesando si replicar al comisario que ojalá nunca lograse acostumbrarme a esa inhumanidad; que, a diferencia de él, yo nunca acartonaría mi alma. Pero mantuve la boca cerrada porque en el improvisado pasillo nos cruzamos con los de la funeraria cargando con el ataúd. Ahí mis pensamientos se bloquearon y solo deseé que llegara la noche para entregarme al consejo de Álamo. Sí, esa noche lloré. Lloré imaginando que, en su casa, a escondidas de su familia, con todas sus canas y arrugas, Álamo estaría llorando también. Lloré maldiciendo tanto odio inaprensible; rebelado contra la fragilidad veleidosa de las vidas. «¿Por qué?», me repetía imitando a la viuda. Abarcar la respuesta era mucho más complicado que entender las causas —básicamente científicas— por las cuales, cuando los operarios fúnebres intentaron meter en la caja a Francisco Jurado Pacheco, su cadáver carbonizado se quebró en dos. Su padre, que se había empeñado en presenciar el levantamiento, tuvo que ser atendido y trasladado al hospital en una ambulancia.

4

El hombre tranquilo (The Quiet Man)

JOHN FORD, 1952

Procedió con su particular ritual. Abrió una cajonera de su escritorio castellano y sacó un cigarrillo. Nunca sacaba el paquete; era su forma de mantener la tentación controlada. Posó el cigarrillo sobre la mesa y trazó con lápiz un palote en una cuartilla —no teníamos pósits, el presupuesto de material de oficina no daba para esos lujos—. Un palote como los que emplearía un náufrago para contar los días, aunque quizá él descontase los cigarrillos. Eran las siete y media de la tarde, y el trigésimo primer palote que trazaba, como los agrupaba de cinco en cinco, había empezado otra hilera; los palotes eran su método para fiscalizar la adicción que le teñía de ocre los bigotes, aparatosos en contraste con su distante reserva. Por ese mostacho y tales manías, todos considerábamos al comandante Fidel Blanco Odriozola un tipo particular. Encendió el cigarrillo con hieratismo, espiró el humo hacia un lado —una muestra de consideración— y lo apoyó en el cenicero, donde habría una docena de colillas. Recostado en el sillón, con la camisa verde de uniforme perfectamente planchada, por fin me miró; en la pared, sobre él, una colección de diplomas de condecoraciones rodeaba un crucifijo imponente a modo de orla. Empezó a torcer el bigote —en realidad, movía los labios—, lo cual podía

ser signo de actitudes muy variadas; en ese instante concreto, de que sus neuronas se aceleraban. Algo no le encajaba.

—¿Por qué has dicho que debió de fallar el mecanismo antimovimiento?

Su voz era profunda; su cadencia, parsimoniosa. Nunca empleaba el presente para aludir al pasado; lo coloquial habría sido «¿Por qué dices que…?», pero el comandante Fidel no era muy coloquial. Todo lo anclaba al pasado; transformaba la realidad en antecedentes.

Me pasé una mano por la frente tratando de secar la humedad que me resbalaba del pelo aún mojado.

—Parece ser que esta misma mañana, sobre las once, la mujer del guardia cogió el coche para ir a comprar pasteles, porque cuando su marido terminara el servicio en el Gobierno Civil tenían pensado ir a pasar el día a casa de los suegros en Sestao.

—O sea, que para ir al Gobierno Civil el guardia no usó su coche.

—Eso es, mi comandante. Fue y regresó con el de su padre, un Renault 11. El Corsa, que es el suyo, lo había dejado en casa, que es el que cogió la mujer. Y a casa de los suegros iban a ir con el Corsa; estaban a punto de salir cuando…

—Ya.

—No parece probable que hayan colocado la *lapa* a la luz del día, entre las once y media y las tres menos cuarto, la hora de la explosión. Lo más lógico es que lo hicieran anoche.

—Luego, cuando la mujer fue a por los pasteles, el coche ya tenía la *lapa*.

Asentí.

—Los TEDAX creen que el dispositivo de iniciación era defectuoso, que el tubo tenía demasiada inclinación y por eso la bola no tuvo bastante inercia para deslizarse con el movimiento del coche; sí lo hizo cuando el guardia cogió la

lapa.

Hice una pausa, la necesitaba para continuar. Mi chubasquero, ni me lo había quitado, goteaba sobre la vieja tarima lustrada.

—Lo terrible, mi comandante, es que cuando la madre fue a por los pasteles se llevó a la niña con ella. Dentro de lo malo… Supongo que ha sido mejor así.

El comandante Fidel sacudió la ceniza de casi medio cigarro, dio una calada y volvió a dejarlo en el cenicero.

—Vete con Arturo y lo ayudas a organizar el funeral; mañana a las once en Begoña.

Era cuando a los guardias se los *agraciaba* con una misa, pero nadie olvidaba a los muchos que hubo que sacar de esas tierras como a difuntos infectos, en bolsas de plástico y por la puerta de atrás, indignos de la unción privativa de un cura vasco. Sin más plegarias que las de sus padres, huérfanos y viudas.

—Van a venir familiares en tren desde Badajoz, que los recojan en la estación y después del funeral los lleváis de vuelta, regresan la misma tarde; lo entierran en Badajoz pasado mañana. Uno de los dos, Arturo o tú, os metéis en el coche con los padres, se vuelven acompañando al féretro. Poned un vehículo oficial de escolta, que no se separe del coche fúnebre. —Hizo una pausa—: Vais escoltando a un guardia civil. Y en el tiempo que esté aquí la familia, montad turnos, un oficial y dos guardias permanentemente con ellos. Si al final te vas tú, déjame el informe antes de irte.

Me abrumó su familiaridad con semejante retahíla de instrucciones. Y me abrumaron, quizá más, las instrucciones en sí. Nunca me había planteado que ser oficial de la Guardia Civil podría implicar responsabilizarse de tareas tan ajenas a lo que uno concibe como su carrera profesional. En cinco años de academia, nadie nos había enseñado cómo se entierra a un compañero.

—Cuando salgas, avisa al médico, que vaya a ver otra vez a la viuda. Me acaban de llamar, está muy mal. —El gesto del comandante Fidel solía ser inescrutable como el granito; al pronunciar «está muy mal», habría jurado que era de arena. Traslúcida arena de playa.

—¿Ordena alguna cosa más, mi comandante?

—Nada, gracias.

Esperé a que apagase la colilla de su cigarro para despedirme cuadrándome militarmente:

—A sus órdenes.

Las órdenes más duras que jamás me tocaría cumplir.

5

El buscavidas (The Hustler)

ROBERT ROSSEN, 1961

Ese primer contacto real con la barbarie y el sinsentido acabaría por trasladarme, como un *flashback*, al día en que tomé el mando del Proa 5.6 del Servicio de Información de Bilbao.

—Así que tú eres el famoso sargento Carvajal.

Si mantenía fija en ti su mirada embetunada de zorrería, experimentabas algo muy parecido a sentirte alabastro, te volvías traslúcido. Esa era solo una de sus desconcertantes habilidades. Su perenne barba de varios días no conseguía ocultar una tez ruda y aceitunada, deudora de genes meridionales; y la camisa vaquera que siempre llevaba por fuera del pantalón no disimulaba el bulto de sus riñones —una enorme Beretta, si fuera preciso entrar en detalle—. Contra todo pronóstico, pasaba desapercibido en la fila del súper o en una estación de autobuses, en modo alguno invitaba a que un *marrano* apostase a que era un *txakurra* —sí, *marranos,* así era como llamábamos a los *abertzales,* un apelativo explícitamente ligado a su aversión a la higiene—. Tomahawk*,* tal era su nombre de guerra, se las daba con queso a todos y era siempre el tipo más gris, condición *sine qua non* para trabajar en la calle. Luego estaba su desparpajo, su palique envolvente,

obtenía información de cualquiera con la espontaneidad de un niño sacándose una cascarria; por no hablar de sus artes inquisitorias, no le colaban ni una mentira en un interrogatorio. Por entonces, era el mejor, sin duda. Mas no siempre sería así. Como a todos los astros, le llegaría su ocaso; me contarían después que no supo llevar bien su rol de *downing star*. Pero esa historia ya no la viví y no me corresponde contarla.

—A ver, mi teniente, simplemente soy el sargento Carvajal. Esa es la parte objetiva. A partir de ahí, según con quien hable, soy famoso o no, depende de lo que se entienda por famoso. Por simplificarlo, para unos doscientos mil vascos, los *batasunos*, soy famoso por ser un *txakurra* torturador. Luego hay otro grupo, muchos de los que están con nosotros en esta guerra, para los que soy famoso porque tengo casi tantas medallas como Galindo, y eso jode, perdón, escuece; digamos que es una acepción de famoso muy poco sana, fruto de la envidia. Después quedan los pocos que por famoso entienden ser un profesional, cumplir con tu deber y salvar vidas. Yo mismo soy de los que opinan así. ¿Sabe cómo le digo?

Lo escuchaba sentado en la esquina de la mesita de mi despacho, ridículamente pequeño, mientras él permanecía ante mí en posición de firmes; ni había gesticulado durante su explicación. El exiguo espacio nos obligaba a estar muy cerca el uno del otro. No teníamos más opción que mirarnos abiertamente a los ojos —a veces, me planteaba si no sería ese el motivo de adjudicarnos dependencias tan reducidas.

—Ya. Oye, no estés firmes, joder, ponte cómodo.

—Gracias, jefe.

—Y déjate de rollos: desde que he llegado al Servicio no he oído más que si Carvajal esto, que si Carvajal lo otro, Carvajal para arriba, Carvajal para abajo…

Sonrió sin ocultar que necesitaba sentirse halagado, lo de ser

una *prima donna* le tiró siempre.

—Mi teniente, yo he tenido muchos jefes, desde que llegué aquí hace dieciséis años he visto pasar unos cuantos oficiales jóvenes como usted… Voy a hablarle con sinceridad, no crea que trato de venderle ninguna moto, aunque le habrán advertido que no se me da mal. Yo siempre he estado con los de este lado. —Señaló el suelo—. Y no quiero decir, ni mucho menos, que no defienda a los de ahí fuera. —Apuntó con su tosco índice la puerta entreabierta, tras la cual se extendía, larga y angosta, la oficina del Proa 5.6—. ¿Sabe cómo le digo? Si usted responde, si actúa como se supone que debe actuar un oficial, y más uno de academia, yo voy a estar con usted… A ver, si no también, no me malinterprete, sé muy bien qué es la milicia, usted manda y yo le obedezco. Pero yo vengo de ahí. —Volvió a señalar la puerta—. He sido guardia y después cabo; he sido uno de ellos, vengo de donde están ellos, y sigo con ellos, no tengo despacho, me siento ahí fuera, entre ellos, mi único privilegio es que a mí me respetan el sitio, nadie me quita el sillón ese mugriento de ahí, no sé si porque soy su sargento o por simple respeto a mi edad, soy el único que rebasa la treintena, y de largo, lo habrá notado, y eso infunde respeto. A mí me toca lidiar en tierra de nadie, entre ellos y usted; se supone que es lo que un suboficial debe hacer, ¿no? Mire, yo tengo alma de vasallo, soy fiel a mi señor. Pero a ellos se los tendrá que ganar. No debería decirle esto, jefe… No están acostumbrados a obedecer: solo a hacer lo que deben. No sé si sabe qué significa eso, porque usted es de sangre azul, de West Point, y supongo que en la academia no les hablan de esto; yo se lo cuento con total lealtad, alguien tiene que decirle estas cosas. Tiene que conseguir que lo que les mande sea lo que se debe hacer; parece sencillo pero no lo es. Lo que se ordena no siempre coincide con el deber.

—No me suena muy bien, la verdad… ¿Quieres decir que si

les mando algo que creen que no es su deber, no van a cumplir mis órdenes?

—Mi teniente, en el Proa 5.6 no he visto incumplir una orden jamás. Cómo explicárselo… Esos chavales de ahí son cojonudos. Son lo mejor que hay. Aquí, los medios ya ve lo que son. —Hizo un repaso visual al mobiliario de mi despacho: una taquilla oxidada y una mesa y silla liliputienses—. Y de la oficina de ahí fuera, qué quiere que le diga, los chavales hacen turnos con el ordenador, no tienen ni sitio para sentarse todos; y espérese a ver los coches, y las transmisiones… No se engañe, aquí todo lo que se consigue es gracias a los chavales, y ellos lo saben, y no le defraudarán. Esto es distinto a todo, a pesar de las penas y las miserias, es un privilegio ser parte de algo tan especial. Aquí todos tiramos del carro, ¿sabe cómo le digo? No aceptamos a nadie subido en él. —Sus pupilas se contrajeron súbitamente para expandirse de nuevo con el resplandor de dos supernovas—. Es un carro demasiado valioso. Se descubre al ver cómo tiemblan unas manos recibiendo la bandera que cubría el ataúd donde yace un hijo; al oír el llanto de un huérfano; al mirar a los ojos de una viuda.

Me tocó asistir al funeral de Francisco Jurado Pacheco. Y acompañar a la familia hasta el pueblecito perdido de Badajoz donde descansan sus restos en paz. Durante el entierro entregué la bandera a los padres. La acariciaron y la besaron, como en su día hicieran con su hijo recién nacido. No les temblaron las manos, no podían debido a la sedación. La pequeña Nerea había llorado ya tanto que clavó sus ojitos redondos en mí y no soltó ni un suspiro de princesita rota. Su mamá, Elvira, presidió las exequias tras unas gafas de gran viuda.

6

Esta tierra es mía (This Land Is Mine)

JEAN RENOIR, 1943

—Uno de Cero.

Solté y volví a pulsar el botón disimulado junto al freno de mano.

—Uno de Cero —insistí.

—Adelante, Cero. —Entre chisporroteos, el susurro de Carvajal llegó a través de la emisora.

—¿Cómo vais?

—Ya hemos llegado. Los dejo y me traigo a estos dos, da pena verlos.

—Erre.

Ofrecí un cigarrillo al Txaku.

—Gracias, jefe.

Fumamos en silencio. Yo, en el asiento del conductor; el Txaku, en el del copiloto. No era lo correcto fumar en situaciones como esa, y no porque estuviésemos en un coche, pues todos los coches del SIGC traían de serie la peste a tabaco. El motivo era algo que aprendes en la academia, que un cigarrillo encendido es detectable a cien metros en condiciones meteorológicas normales. Y a esa razón nos agarramos para concedernos una bula y echar el pitillo: alrededor del Patrol se condensaba una niebla muy espesa; aunque Carvajal y los

salientes aún tardarían y probablemente nos sorprendiese el amanecer antes de que llegaran, tras los cristales del vehículo no se veía nada. Recuerdo el silencio. Sideral. De haberse podido ver las estrellas, escribiría que éramos capaces de oír su movimiento suave en el cosmos. Así eran los silencios de las esperas —la palabra *troncha* no me gustó nunca, es chabacana, yo siempre he empleado «espera»—. Unos silencios hondos, introspectivos, místicos, esos que hoy todos pretenden hallar siguiendo los pasos de un manual de *mindfulness*. Pero no, esa noche los astros del firmamento no se oían, solo las desagradables interferencias de ruido parásito que desprendía la radio. Y las caladas con las que el Txaku exprimía su cigarro.

—Oye, lo de Txaku, supongo que es por *txakurra*… ¿Elegiste tú el alias o te lo pusieron por algo?

Apagó la colilla, más bien el filtro pelado. Yo aún tenía mi Ducados a medias.

—Pues mire, yo soy de Bilbao, bueno, de Rekalde…

—Rekalde es Bilbao, ¿no? —lo interrumpí—. Y un poco chungo, dicen.

—A ver, por partes. Chungo, lo que se dice chungo, no. En Rekalde hay *marranos,* igual un poco más que en otros barrios, pero la mayoría somos buena gente. —Su acento vasco barnizaba de autenticidad sus palabras; sus ojos grises, honestos, pugnaban por escapar de un rostro demasiado arrugado para su edad, se diría que su piel viviese con urgencias—. Un barrio de obreros, Margen Izquierda, ya sabe. Y eso de que es Bilbao, pues…, somos un barrio de Bilbao, Rekaldeberri, pero nos consideramos aparte. Estamos separados de Bilbao, para ir al centro tienes que atravesar las vías del FEVE, bueno, ahora las están soterrando, ni se imagina lo que es atravesar esas vías, un mar de barro; *Rekaldebarro,* nos dicen. Y antes de eso, nos construyeron el esperpento de la autovía elevada; yo era un crío, pero recuerdo a mi padre con

los vecinos andar todo el día cabreados, de *manifas* y *enkarteladas*, viendo cómo derribaban la iglesia y levantaban las moles de los viaductos por encima de los tejados, la hostia.

Lo escuchaba complacido; tanta pasión para hablarme de su barrio.

—Que sí, jefe, que en Rekalde a bilbainadas no nos gana nadie, pero no somos de Bilbao. Me contaba mi padre que una vez secuestraron un autobús porque no subía hasta el barrio y se plantaron en el ayuntamiento con él, a protestar y a liarla con el alcalde.

Mi sonrisa no podía ser más natural.

—Yo soy vasco, muy vasco. Y muy español. Hablo euskera y a mis padres los llamo *aitas*, a ellos les encanta; a mi padre, que es de Burgos, al que más. Soy del Athletic, me han dicho que usted es del Madrid, eso que se pierde; me gusta la *jaia*, un buen marmitako y jugar a la pelota. Esto es la hostia de bonito, ¡es precioso! —Extendía los brazos, parecía querer abarcar por entero *su* País Vasco—. Vas a cualquier otro sitio y no encuentras un campo tan verde y un mar tan azul. Estoy enamorado de mi tierra, porque es mi tierra tanto como la de ellos, y a mí nadie me echa de aquí. Así que pensé, si los *marranos* nos llaman *txakurras*, yo quiero ser el más *txakurra* de todos, la hostia. Los vascos, ya se sabe, los que más, todo a lo grande. Y si encima eres de Rekalde…

El 28 de mayo de 1943, al día siguiente de su estreno en el Rivoli Theatre de Broadway, *The New York Times* publicó una reseña de *Esta tierra es mía*, de Jean Renoir. «Una historia limpia y maduramente contada», comentaba el crítico neoyorquino, que transcurre en alguna parte de Europa —desvelada por *La marsellesa* de la banda sonora— y apenas muestra interés en comandos o sabotajes, sí en la naturaleza

humana, desnudándola hasta descubrir la diferencia fundamental entre los que se someten a la tiranía y los que no. Diferencia que, por tópica, no deja de ser menos cierta: «Son los hombres de buena voluntad y fortaleza moral los que al final resisten».

Sostienen los que saben de esto que no estamos ante una de las mejores obras de Jean Renoir, que se trata de un filme por encargo, propagandístico, y que sus trabajos americanos no alcanzaron jamás el nivel de las obras maestras de su etapa francesa. Pero *Esta tierra es mía* engarza maravillosamente con mi historia, porque es un relato donde las reacciones de los personajes ante la tiranía ilustran cuán variable es la condición humana. El activista de la Resistencia, que ofrece su pecho y perderá la vida enfrentándose a la ocupación alemana. El colaboracionista, que agacha las orejas, delata al protagonista y, con remordimiento, termina por suicidarse —macabra ironía: el intérprete del papel, el elegante George Sanders, se quitó la vida en 1972 atiborrándose de barbitúricos en un hotel de Castelldefels—. La profesora rebelde, encarnada por Maureen O'Hara, que alza la voz y opta por enfrentarse a los invasores desde las aulas. Y el profesor cobarde, apocado esposo de la profesora: un antihéroe nervioso, tímido, soñador, un punto de partida improbable para recorrer un arco de transformación que lo convierta en el orador que durante su juicio desafíe al poder nazi y, en un alegato que ya forma parte de los anales del séptimo arte, defienda apasionadamente la libertad: a sabiendas de que pagará con la vida por sus palabras. Una metamorfosis muy poco verosímil, solo al alcance de un actor como sir Charles Laughton. Inmenso.

En la conducta de cada una de esas figuras soy capaz de reconocer patrones de la sociedad vasca ante los violentos; pero, sin duda, la que identifico mejor de todas es la que aún no he citado, la del mayor Erich von Keller. Es un oficial de

exquisitas maneras, habla latín y parafrasea a Shakespeare. Asegura que quiere evitar el derramamiento de sangre, que no desea matar a inocentes. Sin embargo, tras un atentado fallido contra él que les cuesta la vida a dos soldados alemanes, ordena fusilar a varios civiles en represalia. Oh, sí, Von Keller resulta ser un bárbaro nazi más. No es la cultura, menos aún la dialéctica de la paz, lo que hace mejor a un hombre.

Los golpecitos en el cristal nos sorprendieron. Vaya con la niebla, ni los vimos llegar. Carvajal se sentó atrás y el Grillo y el Nipón se subieron al maletero del Patrol. Sí que daban grima, venían hechos unos zorros. El camuflaje del chambergo de cazador del Grillo y del uniforme de la mili de un cuñado del Nipón no se apreciaba con tanto lodo encima; tanto que conseguía velar los escalofríos provocados por la humedad que calaba sus huesos. Antes de irnos, comprobé que el relevo estuviese instalado en el apostadero.

—Tintín de Cero, Tintín de Cero.

—Adelante, Cero.

—¿Todo bien?

—Todo bien. La cámara OK y el tarro sin novedad.

—Erre, a ver si tenéis suerte. Y dile a Ederra que esta noche salimos, que lo siento por él, voy a aprovechar que el guaperas del grupo está de servicio para levantarle a la morena del otro día, la de los tejanos amarillos. Un abrazo y buen servicio.

—Gracias, Cero. —Hice oídos sordos al «Qué cabrón» de Ederra que se coló antes de cortarse la transmisión.

Arranqué el Patrol y avanzamos sin luces, hasta salir a la carretera debíamos pasar desapercibidos. Pese a conducir muy despacio, tuve que frenar varias veces en seco porque temía salirme de la pista forestal. Aquella niebla era un jodido yogur griego.

Apenas dejamos el bosque y salimos a la comarcal, el Txaku encendió el escáner. En eso no nos distinguíamos de los terroristas, nos desplazábamos siempre sintonizando a la Ertzaintza para evitar caer en un control policial. A diferencia de los etarras, no escondíamos explosivos en el maletero ni estábamos requisitoriados; nuestra cautela solo perseguía proteger la confidencialidad de las operaciones, de esa muy especialmente. Si nos hubiéramos topado con un control de la Ertzaintza, el aspecto de los dos que iban atrás en el maletero habría dado que pensar a los AVCS —Adjuntos a la Viceconsejería de Seguridad; en román paladino, los de antiterrorismo de la Policía autonómica—. De ahí a que empezaran a patrullar más por la zona, incluso a tratar de seguirnos, habría sido cuestión de días, y entonces el comando o el correo, al detectar semejante actividad policial, daría por *quemado* el buzón y todo se iría al garete.

No he explicado qué es un buzón. Tan elemental como su propio nombre sugiere, fue el más genuino de los sistemas de comunicación empleado por la banda; podría afirmarse que todos los buzones llevaran grabados un *«made in ETA»*. Consistía en un tarro o un bote —bastaba que garantizase un cierto grado de estanqueidad— que ocultaban casi siempre en el monte, lejos del tropiezo casual de un cazador o de una cuadrilla que saliera a por *perretxikos*; alguno hubo en zonas periurbanas, pero su auténtica naturaleza fue siempre agreste. Su ubicación era conocida tan solo por un componente del *talde*,[10] el encargado de depositar los mensajes que el correo, otro miembro de ETA ajeno al comando, trasladaba a la dirección de la banda en Francia —a un responsable de su aparato militar, incluso a su número uno—. Luego, el mismo correo hacía el recorrido a la inversa trasladando al buzón los mensajes que la cúpula dirigía al comando; mensajes que, insisto, recogía siempre la misma persona del *talde*, una de las

muchas medidas de seguridad que se adoptaban para evitar una *caída* —en la jerga etarra, un golpe policial a la banda—. De forma que, en el hipotético caso de que un buzón fuese localizado y sometido a vigilancia, los *txakurras* podrían solo identificar a uno de los terroristas, quien, con jugarretas imaginativas y paranoicas, ya se guardaría bien de que pudieran seguirlo y ubicar el piso donde convivía con sus compinches. Otra medida, más intrínsecamente ligada al propio buzón, era la frecuencia de carga. Acordaban, por ejemplo, que el correo pasara por el buzón la primera semana del mes y el comando lo hiciera la tercera; esta frecuencia la establecían de antemano, en los primeros mensajes o mucho antes, en Francia, durante el adiestramiento de los terroristas, y su finalidad no era otra que evitar que comando y correo coincidiesen en el buzón —ETA conocía la propensión de los malos para delatarse entre ellos con tal de salvar el pellejo, así que mejor no verse las caras—; además, así se ahorraban viajes en balde al buzón, no en aras de una gestión más eficiente de los recursos y el tiempo, sino porque sobre cada desplazamiento de los activistas se cernía siempre el fantasma alargado de los *txakurras*. Pero, sin duda, la más efectiva de entre todas las medidas de seguridad de un buzón era la marca: una simple señal que permitía conocer si el buzón había sido manipulado por terceros; la *txakurrada* como hipótesis más probable y también más peligrosa. Que nadie piense en sensores o artilugios sofisticados, ETA debió de haberse inspirado en el principio KISS (*Keep it simple, stupid!*). Una ramita o una piedra disimulada en algún lugar de paso obligado cercano al buzón servían para esa función; si no se encontraban en su posición correcta, significaba que alguien que no debía había estado allí antes; entonces, automáticamente y sin titubeos, aplicando una monolítica disciplina —envidia de cualquier hueste armada—, el etarra no *entraba* al buzón y lo daba por *quemado*. En nuestro

buzón, situado a los pies del Gorbea, a todas esas medidas se añadían unas señales para indicar si estaba cargado o descargado. Nos las estábamos viendo con pistoleros muy ortodoxos.

—Que no pare la bota, Nipón.

—Ya, eso decía uno de mi pueblo. Y el muy cabrón estaba *tirao* en el cortijo, él solo, el *jodío*.

El Nipón le pasó la bota de vino al Grillo. Embutidos en los sacos de dormir y recostados sobre sus macutos, trataban de entrar en calor a la vez que devoraban unos bocatas de lomo con pimientos, ya helados, pues los habíamos encargado en el Txarli antes de salir de La Salve. No obstante, a juzgar por su voracidad troglodita, debían de saberles a gloria. Delante de ellos, espatarrado en el asiento trasero, *to pa* mí, que diría él mismo, Carvajal saboreaba una de sus farias. Intermitentemente, yo observaba el singular cuadro por el espejo retrovisor.

—Jodido entonces…

—Ni se lo imagina, jefe —me contestó el Grillo masticando ruidosamente a dos carrillos; noté que el sueño doblaba sus párpados—, no he pasado más frío en mi puta vida. —Hizo una pausa para engullir—. Si le digo que he tenido que atarme una cuerda alrededor de la cabeza para sujetar la mandíbula porque con la tiritera estaba montando un escándalo del copón…

—Exagerado.

—¡Exagerado los cojones, Carvajal! —Como siempre, el Grillo le había entrado al trapo. Y como siempre, Carvajal seguía tan tranquilo, disfrutando de su purito.

—Jefe, no podemos seguir ahí debajo con estas mierdas de sacos, se cala todo, son doce horas del tirón y hay una humedad de la hostia, es un puto charco. Hay que comprar

unos buenos, de los de montaña.

—¿Y quién va a comprarlos, tarugos? Parecéis bobos, todo el día igual. ¡Si ya no tenemos ni cupones de gasolina!

—¡Joder, Carvajal, ya te vale, tú sí que estás todo el día igual!

Un «¡Chsss!» del Txaku cortó al Nipón. El de Rekalde reclamó atención chasqueando los dedos mientras subía el volumen del escáner. En tensión, escuchamos fragmentos de una conversación en euskera interrumpida por constantes interferencias. Nos quedamos todos pendientes de la mano del Txaku, extendida en el aire pidiendo calma y silencio.

—Un control a la entrada de Durango —anunció superponiéndose a un «¿Qué hostias dicen?» por lo bajines: la impaciencia del Grillo.

Nos quedarían unos doscientos metros para llegar. Delante circulaba un Seat Ibiza, en una curva me había parecido distinguir que conducía una chica; coche pequeño con mujer al volante, no era lo que se dice el perfil de vehículo que detienes en un control, lo dejarían pasar, y a nosotros, los siguientes, nos pararían. Hacía unos veinte minutos que habíamos abandonado la pista forestal, los neumáticos llevaban rodando sobre el asfalto lo suficiente como para haberse desprendido del barro, pero la carrocería seguía enfangada hasta arriba. Todoterreno con pinta de haber salido de un *rally* y con cinco tíos dentro: éramos carne de control.

—No parece que estén muy activos, no se ve ningún coche en el escalón de registro, pero estos nos paran, seguro. Una cena.

—No me la juego porque la pierdo, jefe. No sé cómo lo hacen, pero a nosotros siempre nos paran y a los comandos no. Se les cuelan todos.

—No te la juegas porque eres un rata, Carvajal, te estiras

menos que el portero de un futbolín —aprovechó el Txaku para meter una pulla.

—¡Cierra la boca, tarugo, y apaga el escáner y escóndelo bien!

Serían unos diez *beltzas*,[11] la mayoría con subfusiles, todos con pasamontañas. Sobre el control, robusto y técnicamente impecable, se proyectaban los destellos azulados de los coches patrulla desplegados en el arcén. Traté de pegarme al Ibiza, emulando la típica maniobra a la que uno recurre para colarse en una fiesta detrás del que va delante. Rebasamos la señal de «Kontrola Ertzaintza». La suerte ya estaba echada. El Txaku se hizo el dormido y Carvajal hizo lo propio extendido en el asiento de atrás. Los del maletero estaban desaparecidos bajo una lona. Yo evité mirar a los *beltzas*.

En una película, la escena se habría tomado desde el punto de vista del agente responsable de seleccionar los vehículos, y habríamos visto, desde su perspectiva, al Ibiza pasar ante él, y acto seguido, a cámara lenta, cómo se alzaba su brazo con la mano extendida.

La serie de libros de referencia *Para dummies* se lanzó en 1991 con *DOS For Dummies*, dando claves entendibles por el más idiota sobre cómo operar con aquel arcaico sistema operativo de ordenadores. Si ETA hubiese registrado sus manuales, bien podría haber demandado a IDG Books por apropiación de su *copyright*. Efectivamente, ya mucho antes de 1991 la banda había publicado un sinfín de manuales, ensaladas de fotocopias donde instruía a su militancia sobre aspectos tan variopintos como la confección de artefactos explosivos, las pautas de actuación en caso de detención o los hábitos sociales que había que seguir para pasar desapercibido entre la población. Todo redactado y explicado en un tono que fuera asimilable por el más *dummie* de sus activistas, porque en la clandestinidad no existían *call centers* a los que llamar para

consultar dudas. En uno de esos manuales incluyeron instrucciones sobre cómo reaccionar si se caía en un control policial.

Cuando el *beltza* que nos había parado se encaminó hacia nosotros, decidí echar mano del protocolo de actuación etarra, sin agotar todos los pasos, no era cuestión de liarnos a tiros. Bajé la ventanilla con calma y con un deje vasco bastante natural —no se me daba mal— me adelanté antes de que el agente abriese la boca:

—¡Aúpa! *Oyes*, ¿para Euba vamos bien? Nos hemos perdido ya un par de veces, mira cómo nos hemos puesto de barro.

Del *beltza* solo veía sus ojos: saltaron rápido de mí al Txaku y a Carvajal. Luego se detuvieron tratando de escudriñar más al fondo.

—Aúpa…, eh… ¿Para Euba? Pues a ver, seguro seguro no sabría…

—*¡Mecagüendios!* ¿De dónde sois pues?

—De Donostia, nos han *consentrado* unos días aquí y no *conosemos*… Espera, que igual te dice un compañero, que es de Éibar. ¡Joseba! —gritó a un grupo de agentes—. ¿Me dejas la documentación mientras?

—¡Sí, hombre!

Todo iba sobre ruedas. No había visto nada en el maletero, no habíamos levantado sospechas, así que me dispuse a entregarle la documentación ful. Pero, en cuanto vi acercarse a Joseba, el de Éibar, el que iba a indicarnos el camino hasta Euba, advertí que no venía solo. Un formidable ejemplar de pastor malinois puso fin a nuestra aventura.

Guardé los papeles ful y le mostré mi placa del SIGC —supuesta, la comprábamos en las tiendas de efectos militares de Valdemoro; a diferencia de la Policía, en la Guardia Civil no teníamos placa oficial, y cuando la exhibíamos siempre nos rondaba la sensación de asemejarnos a un niño que, jugando a

los vaqueros, enseña su estrella de *sheriff*.

—Somos de Intxaurrondo.

El *ertzaina* enmudeció, sus cejas se asombraron bajo el pasamontañas.

—¡La hostia, nos decís antes, joder! Vaya pintas que me lleváis… A ver, que ya está aquí el compañero y os comenta para Euba.

—Déjalo, mejor casi que nos volvemos para Donostia, se nos ha hecho algo tarde.

—Como queráis, pero que igual él os decía. —Le hizo un gesto a Joseba, que con su malinois dudaba si acercarse o no.

—Que no, en serio, os lo agradezco.

—Bueno, *oyes*, pues buen viaje, *agur!*

—Venga, *eskerrik asko*, ¡y buen servicio!

Para dar solidez a la historia, hicimos delante de ellos un cambio de sentido y tomamos la nacional en dirección a Donostia; el teatrillo nos obligó a dar un buen rodeo para regresar a La Salve. Menos el Txaku, todos se quedaron dormidos. Yo me entretuve en percibir la diferencia entre los ronquidos de Carvajal y los del Grillo. Por resumirlo, el Grillo siempre roncaba el último.

7

Los bingueros

MARIANO OZORES, 1979

Se les cortó la respiración, no daban crédito a lo que veían. La surrealista pareja se había plantado allí charlando de fútbol, tan ricamente. Saltaba a la vista qué eran. Aparte del acento andaluz de uno de ellos, nadie se adentra en un bosque con una cazadora Burberry o una americana de pana; de ahí para abajo, iban uniformados: pantalones de pinzas y mocasines los dos. En su defensa, cabría alegar que no llevaban corbata. Todo un detalle para camuflarse en el entorno rural.

Deambulaban por el claro dejando a un lado el talud tapizado de musgo.

—¡Vamos, no me jodas! Ahora va a resultar que Butragueño es un paralítico, un poco de seriedad.

—Coño, Manolo, que no, que no quiero decir que haya perdido el regate, pero que ya no es el de antes, no sé… Yo no veo a ese Buitre de antaño.

Caracoleaban escrutando con el ceño fruncido los abedules que delimitaban el claro. De repente, Manolo gritó «¡Aquí!» y señaló un abedul con un llamativo tajo en su corteza plateada. Apuró el cigarrillo mientras examinaba de cerca esa especie de hachazo mal dado, dejó caer la colilla sobre la hojarasca mojada y la pisó con varios giros del pie para asegurarse de que

quedaba apagada y enterrada a la vez. El otro seguía a lo suyo:

—A ver, lo que digo es que no es aquel Butragueño del Mundial de México; acuérdate de cómo cogía la pelota, cómo se clavaba en el área. —Hizo una pose tratando de imitar al delantero, recreando, cigarro en mano, un fotograma descacharrante—. Se detenía el tiempo, la defensa se cagaba por las patas abajo, no sabían por dónde les iba a salir… ¡Coño, Manolo! ¿Tú has vuelto a ver eso? ¡Que no, que ahora le falta ese punto! Será porque se ha casado y se le va la energía en la cama, porque cobra mucho o por lo que sea, yo qué sé, pero que ya no es el Buitre del Área. Al menos *pa* mí.

Manolo se puso en cuclillas y manipuló algo en el suelo.

—¿Lo has encontrado? —preguntó el otro lanzando por los aires la colilla de su cigarro.

—Sí. —Manolo le mostró un bote de cristal con restos de barro—. Vacío.

—Normal, de qué nos iban a pasar una información buena a nosotros. Esto está más *quemao* que las botas del Buitre. Lo que yo te diga.

Los Manolos —en el 5.6 eran muy finos poniendo motes al vuelo— abandonaron el claro enfrascados aún en su polémica futbolera. Tintín y Ederra optaron por esperar, a aquellos dos les podría dar por volver a por el paquete de Winston o a por las llaves del coche, se les podía haber caído cualquier cosa, incluida la pistola; en la escena alucinante que acababan de presenciar, nada era descartable.

Pasado un tiempo muy prudencial, en el talud se abrió una portezuela forrada con tepes de musgo. Salieron de uno en uno, el habitáculo excavado no daba para más; primero Ederra, después Tintín. Fueron directos al abedul con el tajo.

—Joder.

—Joder.

Ederra se agachó a recomponer las tres piedrecitas que

servían de marca. Tenían que estar alineadas, la más grande siempre en un extremo; si la grande aparecía en el centro, el buzón estaba cargado; si no estaban alineadas, *quemado*. Ignorantes de todo, los Manolos las habían pisoteado y descolocado. Mientras tanto, Tintín había localizado la colilla enterrada. Entonces se aprestaron a rastrear el paraje en busca de la otra, la que había lanzado por los aires el detractor del Buitre. Para cuando la hallaron, era casi de noche. Volvieron a introducirse bajo el talud y, todavía sin terminar de creerse lo que acababan de ver, prosiguieron con su servicio. Tenían por delante unas cuantas horas hasta el relevo.

8

Il Divo

PAOLO SORRENTINO, 2008

Proyectamos la grabación sobre una pared del comedor de oficiales. Previamente habíamos retirado el cuadro que la ocupaba, un lienzo de dimensiones muy pretenciosas cuyo motivo era un árbol enorme orillado al borde de la composición; el resto de la pintura representaba un aburrido campo de trigo. El artista, no cabía duda, se había esmerado en aplicar muy académicamente la regla de los dos tercios, pero, lejos de haber imprimido equilibrio visual al conjunto, a mí aquel cuadro solo me generaba ansiedad. En ningún mundo real un árbol tan colosal podría haber ido a parar a un campo de trigo tan soso. Sobre el gotelé que había dejado al descubierto el insulso paisaje, los Manolos discurrieron por el claro, comprobaron el buzón y se fueron. La secuencia, grabada desde la *topera* —el puesto de observación del talud en el que habíamos practicado unas discretas mirillas—, se proyectó en blanco y negro y sin voz, pues el color y el sonido eran atributos que aquella cámara otorgaba a las grabaciones con discrecionalidad; nadie conseguía dar con la dichosa avería.

—¿No habíais puesto cámaras en los accesos para ver el vehículo con el que llegaron?

El tonillo gallego diluyó la cuestión dejándola suspendida

sobre la mesa, sin señalar a ningún interlocutor. Esperé un momento, por si el comandante Fidel prefería contestar; yo era el oficial del caso, pero la pregunta la había formulado el coronel García, jefe del SIGC, desplazado desde Madrid expresamente para esa reunión —lo había remarcado varias veces—. En la penumbra de la improvisada sala de reuniones, me tocó interpretar el bigote inmóvil de mi comandante como un «Respóndele tú».

—Eh… No, mi coronel, no nos quedan más cámaras disponibles en el Servicio. Se están utilizando en otras operaciones o las tenemos pendientes de reparar. Pero, como ya le hemos dicho, por el acento andaluz de uno de ellos descartamos que sean *ertzainas*.

—Encended la luz —fue su respuesta.

Los neones parpadearon hasta que pudimos vernos las caras alrededor de la mesa ovalada donde los oficiales solíamos comer a diario. Presidía el gobernador civil, flanqueado por el coronel García y el teniente coronel jefe de la comandancia, a cuyos lados se sentaban el comandante Fidel y Arturo; los demás tenientes íbamos a continuación por antigüedad: Dani, Tellado, Alfredo, un servidor, Santos y Farinós. Este último y yo estrenábamos corte de pelo; el comandante había decretado que a la reunión se asistía de uniforme, y los más proclives a competir con las cabelleras anárquicas de los guardias de Información tuvimos que quedar la tarde anterior con Emilio, quien, además de ser el camarero de los oficiales, hacía las veces de peluquero.

—Gobernador, si te parece, rebobinamos la reunión y repetimos los prolegómenos; así te ambientas mejor en la operación —sugirió el coronel.

—Por favor, y disculpadme otra vez. Sabéis cómo amo la puntualidad, pero el secretario de Estado tiene la sana costumbre de llamarme justo antes de las reuniones. Qué le

vamos a hacer.

La mesa respondió a su intervención distendida con una unánime y disciplinada sonrisa. El comandante Fidel buscó la mirada de Arturo y asintió.

—Gobernador, soy el teniente Arturo Nieto, jefe de la oficina de Análisis. Voy a exponerle brevemente qué es un buzón; pasaré después a los detalles concretos de la operación Urkia.

Arturo lo explicó todo a la perfección, incluido el nombre de Urkia, 'abedul' en euskera; su exposición a viva voz, sin apoyarse en láminas ni diapositivas ni nada por el estilo, ni falta que le hizo; era muy bueno, supongo que habrá llegado muy lejos —o no; ahora sé que, apenas percibían el destello de su vuelo fulgurante, los mediocres cortaban las alas a los brillantes—. Concluyó presentando diversas hipótesis sobre la frecuencia de carga:

—La desconocemos por el momento. Llevamos controlando el buzón desde el 16 de enero, es decir, vamos camino de los tres meses y no se ha registrado actividad alguna. Barajamos distintos escenarios. Podría existir algún problema en el aparato militar de la banda debido a las recientes *caídas* en Francia; es probable que hayan provocado un retraso en el intercambio de mensajes. También cabe conjeturar que estemos ante un intervalo de carga mucho más amplio de lo habitual, en torno a los tres meses; no sería muy normal, pero no es descartable, existe algún antecedente. Y, evidentemente, queda la posibilidad de que el buzón se haya *quemado*, es una contingencia que ahora mismo no hay manera de confirmar; si la inactividad se prolonga, habrá que tomar una decisión. Es todo, gobernador; si tiene alguna pregunta…

—Sí, hay algo que… —Rascándose la barba canosa, pareció que el tacto político reformulaba el enunciado de su observación—. Coronel, entiendo que se está poniendo de manifiesto, «denunciando» no sé si sería la palabra adecuada,

una posible interferencia en la operación.

—Gobernador, francamente, no estamos en el terreno de las posibilidades, la interferencia es clara, ha visto el vídeo. Y que son policías parece también evidente. Solo se me ocurre como alternativa que se trate de agentes del CESID, pero mantenemos una relación muy estrecha con ellos, nos habrían informado. No lo contemplo.

—No sé… Desde la prudencia que me aconseja mi poco tiempo en el cargo, diría que solo podemos afirmar que unos desconocidos han manipulado el buzón. Si pertenecen a algún cuerpo policial o a nuestro servicio de inteligencia es una cuestión que hemos de esclarecer, y lo haremos con la máxima diligencia, pero no debemos presuponer nada, ¿no te parece, coronel?

En esa mi permanente e imaginaria película, una voz en *off,* la mía propia, habría soltado algo así como «Acojonante». A juzgar por la expresión de Arturo, sentado enfrente de mí, en su película se habría escuchado algo muy parecido, a caballo entre «Acojonante» y «Muy acojonante».

El comandante Fidel tenía una particular forma de aclararse la voz, una carraspera que arrancaba con cierto recato y concluía en un estridente alboroto. Lo hacía sobre todo cuando llevaba un buen rato callado, lo cual solía ser bastante frecuente; era parco en palabras, tanto que había quien lo tachaba de tímido. Yo era uno de ellos.

—Si me permite, mi coronel… —solicitó tras haber anunciado su intervención con la preceptiva tremolina de su garganta—. Gobernador, poco antes de tu toma de posesión, tuvo lugar la última Junta Provincial de Seguridad, a finales de febrero.

El gobernador volvió a rascarse la barba y el comandante esperó a que se situara, las elecciones generales de 1996 se habían celebrado en marzo y apenas llevaba un mes en el

cargo; quizá ni le sonara aún que existía esa Junta, el órgano de coordinación antiterrorista donde nos reuníamos los tres Cuerpos —Policía Nacional, Ertzaintza y Guardia Civil— para evitar solapamientos y disfunciones. En su última reunión, la Guardia Civil había dado de alta la operación Urkia, y ya entonces la Policía había planteado algún que otro reparo.

—Está todo reflejado en las actas —continuó el comandante—, obviamente con las debidas limitaciones, hablamos de operaciones en curso. Al final de esa reunión tu antecesor en el cargo zanjó el asunto afirmando que «No había caso», lo cito textual, que la operación Urkia era, y es, de la Guardia Civil. —Se detuvo ahí para intentar ser comedido.

—Gracias por la puesta al día, Fidel. —De nuevo, toqueteó las canas de su cuidada barba—. Antes de proseguir, me gustaría que entendieseis que el actual Gobierno se mueve en parámetros distintos al anterior. Sin dejar de admitir que la lucha antiterrorista sigue siendo una cuestión de Estado y representa una prioridad absoluta, no vamos a asumir de forma automática todas las decisiones y compromisos adquiridos por el Ejecutivo anterior. Espero, insisto, que lo entendáis. Dicho esto, ¿en qué consistieron los reparos de la Policía?

Los bigotes del comandante Fidel se agitaron.

—Si me permites la expresión, gobernador, en absurdidades. Como ya te hemos dicho, el buzón está localizado en el término municipal de Durango, en su límite occidental. La Policía se acogió a una presunta demarcación policial que no existe desde 1981, cuando cerró su comisaría en Durango; desde entonces, Durango es demarcación de la Guardia Civil, donde nosotros aún mantenemos abierto un cuartel, cabecera de línea.

—Pero… ahora mismo se está desplegando la Ertzaintza, la seguridad ciudadana está siendo asumida por el Departamento de Interior del Gobierno Vasco…

—Sí sí, así es, en eso precisamente se basó el argumento de

la Policía. En estos momentos existiría un vacío legal; dado que la Ertzaintza se está desplegando y asumiendo competencias, las demarcaciones hasta hoy vigentes habrían dejado de ser efectivas. «Tierra de nadie, Durango es ahora tierra de nadie». Ese fue su razonamiento, gobernador.

—Algo obtuso, ¿no?

El teniente coronel, hasta entonces prudentemente en segundo plano, se inclinó sobre la mesa. Como jefe de la comandancia, era el momento de intervenir. Cada uno de sus pasos obedecía a una calculada hoja de ruta hacia el generalato, lo que se conoce como *fajinitis* —el síndrome del fajín de general; el coronel García lo padecía también, en grado quizá más agudo, por la inminencia de su probable ascenso—. Y no es que el teniente coronel fuese un mal jefe. Era vivo y muy racional, y «político sin bajeza», como manda la *Cartilla del guardia civil*, y un convencido del poder de la información, de ahí su obsesión por leerse a diario toda la prensa, empezando por devorarse el *Egin* de cabo a rabo —y cuando lo cerraron, el *Gara*—. «Hay que conocer las intenciones del enemigo», insistía. Pero a veces le perdía la *fajinitis*. Así que, ahora que el gobernador parecía apoyarnos, supo leer la señal. Ya podía salir de la mata.

—Gobernador, estoy completamente de acuerdo. Es obtuso, y como Fidel ha insinuado, también absurdo. En cualquier caso, aquí hay una cuestión previa que no podemos pasar por alto: esto no tiene nada que ver con demarcaciones territoriales, en materia antiterrorista no opera el criterio de la demarcación. Si la operación no está judicializada, porque de estarlo no cabría discusión alguna, el único criterio es respetar su origen. Y la operación Urkia nace de la Guardia Civil, *ergo*, es nuestra. Dicho esto, pongo en tu conocimiento que ayer me llamó el comisario Vives; mantenemos una relación muy cordial, aunque por los términos en que se está desarrollando esta

reunión pueda parecer lo contrario. Me adelantó que en la próxima Junta de Seguridad van a presentar un informe de una operación abierta en diciembre; su objetivo es el dueño de la finca donde se encuentra el buzón. —Hizo una breve pausa para subrayar la gravedad del asunto—. La Audiencia Nacional les ha autorizado ya la intervención telefónica del caserío del objetivo. Gobernador, la Policía va a reclamarte oficialmente la operación Urkia.

En ese instante yo me habría metido de cabeza en la conversación. Le habría explicado al gobernador que los *chapas*, a quienes no podíamos negarles su astucia, habían abierto, igual que un mago saca un conejo de su chistera, una operación para quedarse con el buzón; que datar la apertura de esa supuesta operación en diciembre no era más que una maniobra burda para justificar que ellos habían llegado antes; que una escucha la concedía la Audiencia Nacional a poco que el objetivo tuviese alguna vinculación con el entorno *abertzale*, lo cual, tratándose de un *baserritarra*[12] del Duranguesado, era lo más normal, y que, en definitiva, la Policía solo intentaba pescar en el río revuelto del reciente cambio de Gobierno, pretendiendo dejar en papel mojado la decisión del anterior gobernador sobre la operación Urkia —gobernador con quien, por cierto, el comisario Vives había acabado muy mal por un *affaire* espinoso y turbio que me habría tocado explicar, y no me veía yo capeando tal tesitura—.

—¿Significa eso que han judicializado la operación?

El teniente coronel y el coronel se miraron titubeantes; el comandante Fidel se adelantó a ambos:

—Han judicializado *su* operación, la que tiene por objetivo al dueño del caserío. Que el buzón se ubique en la propiedad de ese individuo, de más de cuarenta hectáreas, es una casualidad.

«Forzada, casualidad forzada, mi comandante», puntualizaba yo en mi guion.

La sala de oficiales era contigua al comedor donde habíamos mantenido la reunión. Un friso de madera hasta media altura la recorría, y en la parte superior, como en todo espacio de recreo castrense que se precie, lucían numerosas metopas. Las dimensiones carcelarias de la pieza impedían las conversaciones privadas, de modo que, aunque nos dispusimos en dos corrillos diferenciados, los jefes a un lado —vino y vermú— y los indios a otro —cervezas y Coca-Colas—, todos medíamos muy bien las palabras y el volumen. En el corrillo de los jefes, la cháchara distendida que se espera en la barra del bar terminó por ser una extensión de la reunión; en el nuestro, banalizábamos sobre fútbol con la excusa de mantener la antena puesta en la conversación de los jefes. Tras la barra, la atenta nariz surcada por cicatrices de Emilio presenciaba con discreción ambos foros.

—De todos modos, hay cosas que sigo sin comprender, ¿cómo ha podido la Policía, si es que han sido ellos, localizar el buzón? En la Junta de Seguridad la información se presenta «con las debidas limitaciones». Has dicho eso, Fidel, ¿no?

—Eso he dicho, gobernador, buena memoria —respondió pellizcándose los bigotes para secar las gotitas de tinto que se le quedaban colgando—. Sinceramente, podría responder solo con conjeturas. Y por lo que he visto, no eres muy amigo de ellas.

—Estamos tomando un vino… —replicó el gobernador a modo de luz verde para el comandante.

—La cuestión es que la información nunca se mantiene tan estanca como debiera. En ocasiones hemos coincidido con la Policía en algunos servicios; inesperadamente, nos hemos detectado unos a otros vigilando el mismo objetivo. ¿Casualidad? Solo sé que cuando tratamos de esclarecer estos incidentes, suelen salir a flote movimientos extraños de vehículos camuflados de Policía en los días previos. No estoy

afirmando que nos siguieran, solo digo que casi siempre se trataba de casualidades poco explicables.

»En cualquier caso, son situaciones no deseables, muy tensas. Los códigos de la calle no son los de una mesa de reuniones: que hasta la fecha no hayamos terminado a tiros ha sido mera cuestión de fortuna. Y ahora, con los AVCS también de por medio, habrá que extremar más aún la coordinación. Ertzaintza, Policía Nacional, CESID, Guardia Civil… Demasiados gallos en el mismo corral, gobernador —concluyó el comandante Fidel.

Ninguno de los presentes, por desgracia, fue capaz de intuir el cariz premonitorio de sus palabras.

Yo, dejando de simular interés en el relato de Farinós sobre una jugada de Laudrup en no sé qué partido, habría añadido que cabían otras posibilidades. Porque, aunque el 99,9 por ciento de nuestros guardias eran, como solíamos decir, pata negra, nunca podías descartar la indiscreción de quienes salían de copas con policías o de los que se echaban pareja en el Cuerpo hermano, todo muy natural dada nuestra endogamia social por aquellos lares; en el fondo, nos llevábamos bien, no diría como hermanos, más bien como primos; y por supuesto, cerrábamos filas y llorábamos por los compañeros asesinados de unos y otros como si fueran propios; pero en la lucha antiterrorista íbamos a cara de perro: *nothing personal, just business*.

Esto se lo habría dicho a solas al comandante Fidel, no en público; o en mi película, claro. Cuando regresé de mis digresiones mentales, Farinós había cambiado de tercio y nos ilustraba con entusiasmo sobre las virguerías de su nueva consola, la PlayStation 1; la había comprado en su último viaje a Madrid y, según explicaba, funcionaba con un CD, lo cual suponía un salto tecnológico que descolocaba a propios y extraños.

En el corrillo de los jefes, el gobernador seguía insistiendo en que no podíamos afirmar que los sujetos de la grabación fuesen policías; que era una acusación muy grave; que debíamos proceder con cautela; que, a él, como gobernador, le correspondía la coordinación de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado; que, aunque no le gustaba recurrir a símiles, un padre quiere a sus hijos por igual, y que él tenía dos. Fue en ese momento cuando, abruptamente, el segundo jefe de la comandancia reclamó la atención general con su carraspera y saltó. Supongo que la tercera copa de rioja y el mono de Ducados durante la reunión tuvieron algo que ver.

—Si me permites, gobernador, el hecho es que mientras teorizamos sobre si esos individuos son policías o no, cada vez que *entran* en el buzón destruyen sin saberlo las marcas de seguridad, poniendo en peligro toda la operación; y cada vez que eso sucede, son los guardias civiles que están allí, muertos de frío y de sueño, doblando turnos de doce horas en condiciones durísimas, los que tienen que salir de ese agujero bajo tierra a colocar en su sitio las marcas. En las circunstancias actuales, el riesgo de que se queme el buzón es muy alto, y un buzón nos puede dar un comando y *caídas* en Francia. Un buzón puede salvar muchas vidas. Todos queremos eso, ¿no?

Y, antes de que el gobernador respondiese, la bregada nariz de Emilio se interpuso entre ambos:

—Perdonen, la comida está lista.

Alubiada, para no variar. Cuando había que agasajar a un invitado, era ese el menú. Alubias rojas con berza y todos sus sacramentos: morcilla, chorizo, costilla y tocino. Y *piparras*, que no faltasen. Dentro de lo mal que se comía en La Salve, hay que reconocer que ese plato se podía incluso disfrutar; no llegaba,

ni mucho menos, al nivel de las alubiadas de La Arboleda, pero alcanzaba cierta dignidad gastronómica.

Ya con la serenidad de ánimo que acompaña a la tripa llena, el gobernador preguntó:

—¿Y cuál es el origen de la operación?

Lo soltó y empezó a rebañar con pan un culín de caldo. Era astuto como una anguila. Olías en él esa ambigüedad calculada, fría; como la fe de Andreotti, el controvertido siete veces primer ministro italiano: no perdonaba una misa, pero no por hablar con Dios, sino con el cura. Para cuando se hubo llevado el barquito a la boca, todos lo estábamos mirando. Masticó, tragó e insistió con flema:

—¿Y bien?

—Obviamente… Una información obtenida por nuestro Servicio.

—Obviamente, coronel. A eso llego.

La cosa se ponía interesante otra vez.

—Gobernador, en este punto me es imposible ser más explícito. Se trata de una información que ni siquiera conocen los oficiales aquí presentes, a excepción del teniente coronel, y no con todo detalle.

—Sinceramente, no parecen argumentos muy sólidos para defender una operación que, «de alguna manera», se ha solapado con otra de la Policía que, «de alguna manera», está judicializada.

—No, no lo son, no son argumentos muy sólidos. Pero es lo único que puede contarse cuando la vida de una fuente está en juego.

9

El bar

ÁLEX DE LA IGLESIA, 2017

—Cualquiera tiene juego.

—Diez a tu juego, Grillín.

La mirada de pocos amigos del Grillo cruzó la mesa hasta Carvajal. No solía desenfundarla pero, cuando lo hacía, surgía desapacible entre su maraña de greñas y barbas.

—Mi sargento, que no me llame usted Grillín —soltó en un tono mitad sorna, mitad amenaza.

—Tío, no te calientes, este solo echa cuando va muy cargado. —El Nipón se conocía los arranques del Grillo.

—Este un pisahormigas, lo que yo te diga.

—¡Grillo, no…!

—Órdago.

El Nipón se atusó sus cabellos lacios. El Txaku empatizó visualmente con él. Ederra, de mirón, aplastó otro Ducados en el cenicero; la ceniza rebosó sobre el tapete de fieltro verde cortesía de la Kutxa.

—Eso son todas, ¿no? —preguntó Carvajal jugueteando con su faria mordisqueada.

—Qué gualtrapa eres.

—Te recuerdo que soy mano.

—*Cagonsosla*, Carvajal, eres un payaso —zanjó el Grillo

golpeando con sus treintaiuna sobre el tapete.

El sargento Carvajal escupió una brizna de faria y, con ceremonia, descubrió una por una sus cartas.

—Mira que te he avisado, tarugo.

—¡Qué hijoputa! ¡Te ganó por la mano! —rubricó Ederra.

—Te estaba avisando, que te quiero bien, Grillín —soltó Carvajal entre el cariño y el regodeo, esa marrullera mezcla que empleaba de yesca. El *show* estaba servido.

El Grillo se alzó como un oso de las cavernas furibundo y arcaico, haciendo que la mesa se tambaleara y provocando que todos se apartasen. Enfrente, Carvajal permaneció sentado paladeando su faria.

—¡Vamos, no me jodas, Carvajal! —bramó extendiendo los brazos—. ¿Has ganado? ¡Pues has ganado! ¡Pero ahora no me comas la oreja!

—¡Grillo, déjate de hostias, pareces bobo, llevas toda la tarde entrándole al trapo! —le recriminó el Nipón.

—¡Sí, Nipón!, es que aquí hay mucho maricón que solo envida cuando va hasta las cejas de reyes y treintaiuna de mano, ¡no vaya a ser que le toque pagarse una ronda de pacharanes!

Entonces Carvajal se puso en pie. Sin perder la compostura, se encaró al Grillo.

—Mira, tarugo, ya está bien. Siéntate y cállate. Te recuerdo que soy tu sargento, tu jefe. Me estás faltando al respeto en público.

Se dirigió a él con una modulación de voz a prueba de polígrafos, aunque habría dado exactamente lo mismo si hubiera gritado como un poseso, en el Txarli estaban acostumbrados a esas tanganas. De hecho, eran esas tanganas las que daban vidilla a ese bar. Las tanganas y su aspecto grasiento, a juego con la comida. «No es grasa, es *grasia*, así sabe más rico», era dado a puntualizar Fermín, uno de los dos

propietarios gemelos; yo los confundía y los llamaba Fermín a ambos. No eran de allí, pero llevaban tantos años viviendo en Bilbao que todo el mundo les daba por vascos; los traicionaba, no obstante, que ningún vasco en su sano juicio habría montado un bar pared con pared con la comandancia de la Guardia Civil. Los guardias éramos, pues, su clientela exclusiva —en su acepción de 'excluyente', no de repeinados altivos—. Y no les faltó nunca esa fiel clientela. Porque ellos nunca dejaron de abrir cuando nadie lo hacía: cuando había detenciones y teníamos que empalmar los servicios día y noche, allí estaban los dos Fermines administrando dosis de café y solisombra y bocadillos y Coca-Colas con la celeridad de un McDonald's; y cuando había que llorar a un compañero hasta la madrugada, allí estaban los dos Fermines dispensando pacharán sin cobrar y palmadas de ánimo. Por no hablar de su discreción: cuando en una mesa esquinada se ultimaba una operación, allí estaban los dos Fermines empuñando el mando a distancia para subir a tope el volumen de la televisión.

A mí esas tanganas me divertían, salvo cuando se salían de madre porque los implicados dejaban de hablarse y convivían de morros desde ese instante; solía ser cosa de días, pero alguno hubo que se lo tomó muy a pecho y sus votos de silencio airado se perpetuaron a través de las hojas del calendario. Ese día, según entré por la puerta del Txarli, me di cuenta de que se estaba liando una muy tonta, de las que podrían acabar en mutismo del bueno. Lo del Grillo con Carvajal se veía venir. El alumno empezaba a desafiar al maestro.

—¡Ya estamos! ¡No, si esto me pasa por jugar a las cartas con «mi sargento»!

—¡Venga, joder, dejadlo ya! Vamos a echar la buena, Grillo, solo nos han empatado —trató de mediar el Nipón.

—¡Ni buena ni hostias! No voy a jugar más con jefes, que

igual hay que ponerse firmes a mitad de partida. Que lo sepa usted, «mi sargento».

Llegué hasta el final de la barra, donde había taburetes libres.

—¿Qué pasa, Grillo?

—Buenas tardes, jefe —se adelantó Carvajal.

—A la orden, mi teniente. *Na*, aquí, que con permiso de «mi sargento» —el Grillo me hablaba con los ojos fijos en Carvajal; era la mirada del cazador sobre el bando de perdices resabiadas que se le acaba de escapar—, yo iba a levantarme de la mesa para dejar jugar un rato al Ederra, que el chaval lleva toda la tarde de mirón y se muere de ganas de echar unas manos; así, además, el Nipón se junta de pareja con otro asturiano, que entre ellos se entienden mejor que con los de Zamora.

Una voz preguntó a mi espalda:

—Buenas, ¿qué va a tomar?

—Qué hay, Fermín; pacharán.

El Grillo aprovechó para despacharse con Carvajal:

—No se preocupe usted, «mi sargento», que no volveré a faltarle al respeto. A partir de ahora, no jugaré a las cartas con mis superiores, solo con mis amigos. Yo es que creía, yo, que soy un ingenuo, que se podía ser las dos cosas, ¿sabe usted, «mi sargento»?

—Mira que eres tarugo… Pero si te quiero como un padre. Anda, tira, y cuando aprendas a perder, vuelves y echamos otra. Y repásate el manual del mus.

El Grillo se vino a la barra conmigo.

—¿Quieres algo?

—¡Fermín, ponme un cacharro, con poco whisky! —gritó hacia la otra punta del bar, donde Fermín mataba el rato con el telediario—. ¿Qué tal la reunión, jefe?

—Bueno, quitando que ahora resulta que nuestra operación se ha solapado con otra que se han inventado los *chapas*…

—¡No jodas!

—Jodo. Y el gobernador ha estado apretando, quería saber cómo hemos llegado al buzón; el coronel lo ha parado, pero no sé, no me fío.

—Ya. Que si lo pilla a solas igual no le responde lo mismo.

—Me da mala espina. El gobernador consultará con el secretario de Estado y tal vez convoquen una reunión en Madrid. En esos cuadriláteros no peleamos bien, ahí los *chapas* se mueven mucho mejor y…

El volumen de las noticias de la ETB2 me cortó. En un *banner* bajo el presentador se leía «Guardias civiles condenados por torturas a miembros de ETA». La pantalla fue el epicentro de una capa de hielo paralizante que no perdonó barajas ni tragaperras. En silencio, todos los parroquianos del Txarli nos agolpamos en torno al televisor.

—… rechazados los distintos recursos interpuestos. La sentencia dada a conocer esta mañana es por lo tanto firme y conlleva la ejecución inmediata de las condenas. En total, cuatro años de cárcel y seis de inhabilitación para los tres guardias civiles acusados de torturas infligidas a miembros del comando Bizkaia, desarticulado en 1992. Los condenados, que ya habían sido apartados del servicio con carácter preventivo, ingresarán en prisión a la mayor brevedad. El fallo ha sido valorado de forma muy positiva tanto por el Gobierno como por la oposición, señalando que es «una muestra inequívoca de la excelente salud de la separación de poderes y la independencia judicial de nuestra democracia». Por su parte, la Mesa Nacional de Herri Batasuna ha emitido un comunicado en el que considera la sentencia «una medida insuficiente», si bien «anima a la Justicia del Estado español a continuar por ese camino». El Partido Nacionalista Vasco ha lamentado «la falta de celeridad judicial en este tipo de casos…».

—Joder, Campesinos.

Fue la primera vez que vi encapotarse la mirada del Grillo.
—Hijos de puta. —Incluí a muchos en ese colectivo.

10

La mujer del cuadro
(The Woman in the Window)

FRITZ LANG, 1944

Su pelo corto se decapaba hasta fundirse suavemente con el cuello, un cuello resuelto, nítido y caldeado como el de una yegua después del galope. Luego estaban aquellos rizos en el flequillo. Rebeldes, descendían celando sin leyes su perfil acerado. Sus rizos… Era lo único que ella no controlaba. Quizá por eso se convirtieron en mi fetiche fatal. Y sus ojos. Todo quedaba sujeto al imperio de sus ojos verdosos, un verde con vetas marrones como los meandros de un río tropical o yo qué sé, qué más da. Un arrebato de ojos. Los más bonitos que he visto jamás. Joder, qué topicazos. No creí que me fuera a costar tanto escribir sobre ella… La vi por primera vez en una foto carné de las fichas de aspirantes al SIGC. Los candidatos eran sometidos a un periodo de prueba y después, si funcionaban, si tenían la madera reservada, abnegada y leal, pasaban a ser destinados. Me quedé con esa foto carné. Me la apropié, como si hubiese robado el retrato de *La Gioconda* del mismísimo Louvre; al devolver la ficha, los de la plana mayor supondrían que se habría perdido, iba unida con un simple clip. En la entrevista no fue brillante; pensé que estaba nerviosa, al fin y al cabo, yo era el oficial de quien dependía la decisión final.

Qué inocencia la mía. El único que se puso nervioso fui yo. Como un flan arrogante. A la semana siguiente ya la tenía a prueba en el grupo. Sospecho que flirteé con algo cercano al abuso de autoridad.

Todavía me tiemblan los labios si pronuncio su nombre.

No creí que me fuera a costar tanto escribir sobre Eliana.

11

Apocalypse Now

FRANCIS FORD COPPOLA, 1979

Años más tarde me encontraría de nuevo al cabo Trujillo. Ninguno de los dos quería sacar el tema, pero los cadáveres siempre salen a flote. El de una niña de apenas seis años, aún más. Demasiado liviano: irremediablemente, termina por emerger.

—Aquella noche Itzi estaba viendo *La sirenita*. Era su película favorita, se veía rayada de tanto ponerla…

—Javier —lo interrumpí.

—Quiero hablar sobre ello, de verdad. El otro día fuimos a casa de mi hermano y mis sobrinos pusieron *Mulán*. —Se percató de mi gesto ignorante—. Una película de dibujos, de Disney también; va de una chica, en la antigua China, que se hace pasar por un chico para luchar contra los mongoles. Hay una escena en la que Mulán y sus guerreros combaten en la nieve contra los mongoles y les lanzan unos… proyectiles…, como unos cohetes de fuegos artificiales…, se ven las estelas de humo por el cielo… Así… —Dibujó tirabuzones en el aire.

Respiré hondo con el mayor disimulo que pude.

—La vida es tan… *La sirenita* se estrenó en 1989, *Mulán* en 1998, solo es un maldito baile de números… Si hubiera sido al revés, si Itzi hubiese estado viendo *Mulán*, yo habría sido capaz

de interpretar esa escena. Como una señal. Dios nos manda señales a veces, yo la habría interpretado… Y no la habría dejado cinco minutos más.

Extendió los dedos de una mano y volvió a murmurar «cinco». En el temblor de su mano intuí alguna causa somática, secuela de una lucha estéril contra un trauma imposible de superar.

Apuró su café. Las quemaduras alrededor de la boca lo forzaban a sorber de la taza con un gesto penoso.

—Estoy seguro, totalmente seguro… Habría interpretado la señal.

Se abrochó la parka con la vista perdida en la puerta, como si ya estuviera saliendo por ella; dudo que en algún momento hubiese llegado a estar conmigo en esa cafetería. Nos dimos la mano.

—Me ha alegrado volver a verle, mi teniente, de verdad… Y no se lleve una impresión equivocada de mí, estoy bien… Ya sé que Dios podría haber decidido que *Mulán* se estrenase antes, pero no lo hizo, no se le escapa nada, es Dios, ¿no? —Sus quemaduras trataron de transmitir ironía—. Solo digo que, de haberlo hecho, de haber cambiado las fechas de los estrenos, yo habría interpretado su señal… Seguro. La habría interpretado.

Algún tiempo después me llegaron noticias confusas. Que no resistió tantos años visitando a Trini en el sanatorio mental —encerrada por reiterados intentos de suicidio— y terminó por divorciarse de ella; que, aparte de su patológica dependencia de las botellas, tenía deudas, decían que de juego, y no pudo seguir pagando la pensión de su esposa… No suelo hacer caso de las noticias sin ojos, porque el testigo para medir la veracidad, y la falsedad, está en las miradas, pero el poso de esos rumores me resultó muy familiar. Más vidas rotas.

—¡Salga a bailar!

La Vero me clavó el rímel de gata sin dejar de contonear su huesuda figura.

—¡Venga! —insistió tendiéndome los brazos.

No debía salir a bailar porque había bebido mucho. No debía salir a bailar porque había un montón de guardias en aquel pub. No debía salir a bailar porque un oficial ha de mantener cierta distancia con sus subordinados. No debía salir a bailar porque, a pesar de mi gusto casi desviado por la delgadez, su esqueleto chupado no me ponía. Y no debía salir a bailar porque la Vero era la pareja de otro guardia, un armario ropero de fama muy bronca. Me dejé arrastrar por sus brazos y bailamos unas cuantas canciones. Hasta que entró ella. Justo cuando la Vero empezaba a ronronear más de la cuenta —no debía haber salido a bailar, lo sabía—. Había llegado el momento de irse.

—¡Me vuelvo a la barra, creo que se me han subido las copas! —vociferé rozando su oreja antes de abandonarla en la pista; era cuando en los pubs ponían la música a tope y te obligaban a desgañitarte, también te daban una excusa perfecta para aspirar muy de cerca el aroma de la piel femenina.

Pedí otra copa. Nunca habíamos coincidido fuera del trabajo. No podía dejar de observarla. Llevaba una falda con vuelos, de esas flamencas, pero mucho más corta, por encima de las rodillas, y botines de los de tacón cubano, entonces estaban de moda. Me saltaré —no es cuestión de terminar escribiendo poesía— lo rabiosamente atractiva que me pareció; ya me lo parecía antes, quiero decir, pero así vestida y en ese ambiente era distinto. Literalmente, me saqueó la razón. No bailaba, charlaba con Saka, Ederra y algunos del 5.7. Soslayaré también las miradas que intercambiamos, ese sutil tiroteo a distancia que las potenciales parejas emplean para medirse recíprocamente los niveles de hormonas. Me ahorraré todos los

prolegómenos, fueron estereotipados, prosaicos. En cierto modo, engañosos, ahora lo sé. No auguraban un desenlace inmisericorde.

Cambiamos de pub, terminamos charlando a solas de las ñoñerías de turno cuando dos tratan de conocerse desde la timidez. Me contó que nunca tomaba café, que por las mañanas solo bebía Cola Cao; sonaba *Can't Take My Eyes Off You*, la versión disco, y en mi cabeza lo hacía la de Frankie Valli & The Four Seasons… *Pardon the way that I stare, there's nothing else to compare*… Como el desierto a las nubes, así la miraba yo. Sentí que vibraba conmigo, que en ese momento vibrábamos juntos. Entonces me percaté: mi busca era lo que estaba vibrando. Tardé un segundo en darme cuenta de que todos los buscas del pub vibraban también. Incluido el de Eliana.

Cuando uno veía por primera vez el cuartel de Gernika, no podía evitar pensar en un fuerte. Sí, del Oeste. Dos filas de casas rodeadas por una muralla y un mástil con la bandera de España que sobresalía; alrededor no había más construcciones, solo maizales, los recuerdo recién plantados, y la carretera de Kortezubi que discurría paralela a la fachada, donde una batería de Patrol blindados añadía otra barrera de protección. El cuartel de la Guardia Civil de Gernika descollaba como un islote humano en medio del océano; de alguna extraña manera, pedía a voces que no lo pasaras de largo. Aquella noche de junio de 1994 fue algo así lo que sucedió.

«El honor ha de ser la principal divisa del guardia civil», reza la *Cartilla* que escribiera el duque de Ahumada. Desde la creación del Benemérito Instituto en 1844, sin embargo, el honor ha tenido una fiel compañera, la austeridad, aunque esta no se cite en las doscientas y pico páginas del documento fundacional; probablemente se trate de una voluntad tácita de

don Francisco Javier Girón y Ezpeleta que algún exégeta con tricornio desprendió de una concienzuda lectura de la *Cartilla*. Así que a nadie le extrañó nunca el aire entre espartano y cartujo de los pabellones de las casas cuartel. El número once del cuartel de Gernika, asignado al cabo Trujillo, no era una excepción: treinta y nueve metros cuadrados repartidos en un salón-comedor, una cocina, un baño y dos dormitorios.

Pasaban pocos minutos de las diez de la noche del sábado. Trini ya había puesto la mesa; la tortilla de patatas aguardaba caliente bajo el papel de aluminio.

—Itziar, cuando llegue papá le das un besito y te vas a la cama, ¿vale?

Absorta frente a *La sirenita,* la niña asintió justo cuando se abrió la puerta. Era el cabo Trujillo, sus arrugas de cansancio se prolongaban por el uniforme. Itziar corrió alborozada hacia él.

—¡Papá, papá!

Todavía con el CETME a la espalda, Javier la levantó en el aire y se la comió a besos y carantoñas.

—¡Mi campeona! Papi te ha echado de menos, hoy no me has venido a ver al cuarto de puertas.

—Es que he estado aprendiendo unas cositas muy chulis.

Trini se acercó; se dieron un beso.

—Hola, cariño, qué tal el día.

—Lo de siempre, puertas y rondas —respondió el cabo dejando a su hija en el suelo—. ¿Y qué son esas cositas que has aprendido?

—Sé hacer la boca de un pez pequeñito, de un tiburón y de una ballena.

—¿Sí? A ver.

—Mira, un pez pequeñito. —Con una mano a modo de pinza abrió y cerró sus deditos—. Ahora, un tiburón. —Y juntó sus muñecas y abrió y cerró las manitas dispuestas en forma de garras.

—¡Qué miedo!

—Sí, es un tiburón muy malo porque tiene un montón de dientes muy afilados. ¡Y mira mira, la ballena!

Itzi cruzó los brazos a la altura de los hombros y empezó a unirlos y separarlos paralelos al suelo. A su padre se le caía la baba.

—¡Ahí va, qué pasada! ¿Quién te ha enseñado todo esto?

—Una niña mayor, y me ha enseñado más cosas, mira, los pajaritos…

—Itzi, cariño, papá está cansado y aún no ha cenado.

—¿Por qué no me lo enseñas mañana, pequeñina?

—Vale, mañana te haré los pajaritos y el murciélago y un bichito que…

—Itziaaar, a la cama.

—Papi… Cinco minutos.

La mirada enternecida de Javier le adelantó a Trini que no podía negarse.

—Cinco. Cinco, y te llevo a la cama, rezamos juntos y te apago la luz, ¿vale?

Itziar abrazó y besó a su papá y volvió corriendo a sentarse frente a la tele.

En el dormitorio, el cabo Trujillo apoyó el CETME contra el armario; Trini apareció en el umbral.

—Me quito las botas y cenamos, ya me cambio después, huelo la tortilla desde aquí, mmm…

—¿Quién te ha relevado?

—El Plomillo y dos nuevos, dos chavales recién salidos de Úbeda.

—El Plomillo… Hoy dormimos tranquilos entonces, ¿no?

—Sí, menudo es, los pone firmes a todos. Se pasa la noche de rondas, ni pisa el cuarto de puertas. Se mete hasta en los maizales reptando en plan Rambo.

No estoy muy seguro, a ciencia cierta es imposible saber

cómo sucedió. Las diligencias policiales no se interesan por ciertos detalles, un atestado es analítico, como corresponde a un cepo de alimañas humanas; y ellos tampoco contaron mucho, ni tampoco les preguntamos, no hay una mierda que preguntar a unos padres cuando sucede algo así. Pero supongo que los labios del cabo Trujillo se helaron entreabiertos al oír el zumbido, y percibió que era cortante, agudo e irreversible; que sus ojos buscaron los ojos de Trini, para entonces nichos de angustia; que él salió de la habitación disparado, empujándola a ella contra la cama —como un insondable designio, la puso a salvo en el dormitorio—; que corrió estirando los brazos hacia la niñita de su alma, sentada al fondo en la sala; que Itziar daba saltos frente a la tele y, ajena a la sombra que se cernía a su espalda, se volvió a su papá y sonrió. Supongo que fue esa sonrisita de leche, esas pupilas de sirenita, lo último que vio Javier de su hija. Supongo que el tiempo se suspendió y estiró cada fonema roto de «¡Itziar!», un grito baldío, y que el espacio se dilató igual que un asfalto licuado por el calor infernal. Supongo que el resplandor y la bola de fuego inundaron el aire y crearon un decorado siniestro de cristal y cascotes, y que la carga hueca fatal alejó al padre de su hija, elevándolo envuelto en un halo de llamas, como a un arcángel vencido por las fuerzas del mal. Antes de perder el sentido, supongo que el cabo Javier Trujillo González maldijo a Dios. Nunca entendí por qué no dejó de creer en él.

De lo que sí estoy seguro es de que, a 272 metros de allí, entre los brotes del maizal, yacía un bloque de hormigón con ocho tubos de PVC que albergaban todavía otras siete granadas *jotake*.[13] El tictac del temporizador, programado para lanzarlas cada ciento veinte segundos, repicaba el canto inocente de un grillo.

Cualquier otro se habría quedado petrificado. No él. «Que me pase una *jotake* por encima de la cabeza no es razón suficiente para que mis mecanismos innatos de reacción se bloqueen», debió de pensar. El Plomillo se dio media vuelta y echó a correr por el maizal en dirección al cuartel, donde las llamas y el humo marcaban el impacto del proyectil. Balanceaba su CETME en los brazos; volaba a un ritmo endiablado que no se correspondía con su achaparrada figura, una de las varias incoherencias que daban coherencia a su ser. Decían que estaba loco porque afirmaba hablar con los muertos, que no se cuidaba porque comía como un bestia, que era asocial porque no salía con nadie y que algún día la habría de liar porque cada vez que veía en las noticias un atentado de ETA empuñaba en alto su Magnum 44, daba igual dónde, e increpaba al televisor: «¡Plomo, plomo, a esos, plomo!». Pero no, el Plomillo tan solo rezaba en voz alta a los muertos; zampaba como un animal por no tocar el alcohol; no salía porque le llenaban más sus novelas de Chandler y los entrenamientos a lo Rocky en su habitación de soltero, y no la liaría nunca, a menos que fuese una orden, tenía por credo la disciplina.

Cuando por fin llegó a las escaleras del cuarto de puertas, una garita blindada en forma de cubo, oyó otro zumbido tras él. Echó cuerpo a tierra, o, mejor expresado, se agazapó como pudo en las escaleras, y contuvo la respiración. Su ceño se arrugó confundido porque el zumbido dejó de acercarse y empezó a oírlo alejándose. La granada había rebasado el cuartel. Se puso en pie e irrumpió en el cuarto de puertas. Los dos nuevos estaban bajo la mesa de monitores. Cagados de miedo.

—¡¡Me cago en Satanás!! —gritó pateándolos—. ¡Salid ahora mismo de ahí! ¡Id arriba a ayudar, puede haber muertos y heridos, y avisad a la gente, llamad a las puertas de los pabellones, que bajen todos al bar! ¡¡Cagando hostias!!

Levantó el auricular de la radio a la vez que les arreaba otra patada, pero esta fue al aire, los pipiolos ya habían huido despavoridos.

—¿COS? ¿COS? ¡Nos están lanzando granadas! ¿COS…? ¿Me oye…? —Un par de segundos de ruido como respuesta en la radio le bastaron para controlar de un vistazo los monitores del circuito cerrado de televisión; como de costumbre, dos de las seis cámaras estaban estropeadas—. ¿COS?

No podía perder tiempo. Salió del cuarto de puertas, bajó las escaleras de un salto y se subió a un Patrol por la puerta del copiloto. Decidió que sería mejor estirarse sobre el asiento; desde ahí, giró la llave a la posición de contacto, conectó la sirena y los prioritarios y se llevó el micrófono de la megafonía a la boca, justo cuando le pareció que se aproximaba un nuevo zumbido.

—¡Alarma, alarma, nos están tirando granadas! ¡Hay que desalojar los pabellones, todo el mundo fuera! —La potencia acústica de los altavoces del Patrol se mezclaba con el estruendo de la sirena—. ¡A refugiarse en el bar! ¡Repito, nos están atacando, que todo el mundo salga de…!

La cabina del todoterreno se iluminó antes de estremecerse por otro estallido. El Plomillo se asomó por la luna delantera del Patrol y comprobó que la granada había alcanzado las oficinas; la fachada empezaba a salpicarse de luz, aquí y allá se alumbraban ventanas y le llegaban voces y gritos. Salió del Patrol y corrió al interior del cuartel. La sirena y los prioritarios siguieron haciendo su trabajo mientras él, como un ariete ofuscado, avanzaba hacia donde veía más humo; en su camino se cruzaba con sombras asustadas en bata y pijama. «¡Al bar, al bar, todos al bar!», les gritaba. Donde el humo se hacía más negro y espeso, se topó con los pipiolos. Arrastraban de las axilas dos cuerpos. Eran el cabo Trujillo y Trini.

—Aún respiran, *mu floho*, pero respiran —informó uno a

través del humo.

—¿Y la niña? ¿Dónde está la niña?

En medio de la humareda, percibió el desconcierto de los novatos. Se oyó una nueva explosión y en un acto reflejo los tres hundieron las cabezas entre los hombros. Cuando recuperaron su posición natural, el silencio de los pipiolos catapultó al Plomillo hasta el final del pasillo. Como Superman antes de revertir la rotación de la Tierra, respiró hondo ante el pabellón número once.

Hay afirmaciones imposibles de demostrar. Creencias a las que solo alcanza la fe. El Plomillo se deshizo de la montaña de escombros con un ímpetu que no habría igualado una legión de esclavos a golpe de látigo. Creo firmemente, pondría mis manos sobre el más ardiente de los fuegos, que si en el cuerpecito sepultado de Itziar Trujillo Matali hubiese quedado una brizna de vida, el Plomillo la habría salvado.

A las 22:20 el temporizador ordenó salir la quinta granada. Al igual que sucediera con la segunda, su trayectoria se elevó demasiado y rebasó el acuartelamiento; a diferencia de la segunda, al impactar en los maizales que se extendían más allá del cuartel, sí estalló. A las 22:22 otro fogonazo sacudió la lanzadera y partió la sexta *jotake*; alcanzó su objetivo de lleno. A las 22:24 la lanzadera no escupió ninguna granada. A las 22:26 tampoco. El grillo siguió a lo suyo, a pesar de no oír ya ese tictac que le hacía las veces de metrónomo. A las 23:17, unas voces interrumpieron su canto.

—¡Ahí, *pisha*, ahí veo *argo*!

Las siluetas de los dos pipiolos se recortaron sobre un contraluz de destellos anaranjados y azules; tras ellos, a lo lejos, la carretera de Kortezubi bullía con las luces de blindados del GAR, ambulancias y un camión de bomberos.

—Tío, al principio nos hemos *cagao*, pero esto lo va a compensar.

Para cuando llegamos, todo el mundo estaba ya en el bar, un semisótano que daba a la parte posterior del cuartel; lo más parecido a un refugio antibombas. A la mayoría del Proa 5.6 nos había pillado de fiesta, joder, era sábado por la noche y nos plantamos allí con nuestros Bonaventure y nuestra gomina, parecíamos personajes a los que de golpe les han cambiado el guion: de *Footlose* a *Apocalypse Now* —como un *flashforward*, me asaltó el rostro agonizante del coronel Kurtz disuelto en tinieblas; susurraba «el horror, el horror…».

Las familias se hacinaban por el suelo del bar, los niños dormitaban nerviosamente acurrucados en mantas. Aparte de los llantos de histeria, la impotencia, los mentones tiznados de hollín, las sienes rociadas de sangre anónima y las miradas de miedo —sí, miedo—, lo que más me llamó la atención fue una pareja de ancianos a cuyos hijos y nietos fui incapaz de identificar: en el centro de tan lastimosa estampa, destacaban en sendas sillas, con la espalda bien recta y los brazos perfectamente angulados; fundidos con el respaldo y los reposabrazos, lo observaban todo con ojos alicaídos de búho. Agarrotados por el *déjà vu*. Sin duda, revivían la barbarie que padecieron de niños. Entonces, sin ni siquiera saber de qué bando estaban. Es así la barbarie, en su versión más cruda se desentiende de las banderas.

Había voluntarios que hacían de camareros improvisados; no daban abasto despachando cafés y vasos de leche caliente con magdalenas; a medida que los iban depositando sobre la barra, las mujeres, en bata o a medio vestir, amontonadas en fila como zombis, se los llevaban a sus familias. Nos hicimos un hueco en la barra, desplegamos un plano y el teniente del GAR, Jesús —un tío fenomenal rebosante de vida que hoy me lee desde el cielo—, expuso la situación.

La lanzadera debía de encontrarse al sudeste, a doscientos o trescientos metros. Sobre el plano repasamos los sectores para

organizar la batida; si el helicóptero de Logroño no pudiera venir, pues la previsión del tiempo no era muy halagüeña, habría que rastrear la zona a pie para localizar tanto la lanzadera como el proyectil que había impactado sin estallar en los maizales. El GAR se había desplegado acordonando el perímetro y esperaríamos hasta el amanecer, una operación tan delicada no podía realizarse sin las adecuadas condiciones de luz, y se llevaría a cabo bajo las directrices técnicas de los TEDAX. ETA era muy dada a dejar trampas bomba en torno a las lanzaderas.

—¡¿Y por qué tenemos que quedarnos aquí?! ¡¿Por qué?!

Los alaridos los había proferido el guardia Ángel; de todos los que servían tras la barra, era el único camarero, titular del puesto desde que le dieran de baja sicológica, víctima del «síndrome del Norte», cuando perdió a su hermano en un atentado en León. Ángel se había subido a la barra y nos desafiaba desde allí arriba, erguido todo lo que su larguirucha estampa le permitía, encorvando la espalda para no darse con la cabeza en el techo. Sus chillidos histéricos resonaban por todo el bar.

—¡Nos han tirado *jotakes*! ¡Han matado a la hija de Trujillo! ¡Podían habernos matado a cualquiera! ¿Y nos tenemos que quedar aquí hasta que pase el peligro? ¡No! ¡No! ¡No! ¡Yo no soy una rata, yo no me escondo! ¡No soy una rata!

Unos guardias del GAR se acercaron a él y lo conminaron a calmarse y bajar de la barra.

—¡¿Que me calle?! ¿Por qué he de callarme?

—Joder, Ángel, hay mujeres y niños; hazlo por ellos, no des el espectáculo. Por favor —le susurraron.

—No es ningún espectáculo, ¡el espectáculo es esconderse aquí como ratas! Yo me vuelvo a mi pabellón a dormir en mi cama, si me matan, me matan, pero ¡no pienso comportarme como una rata! Tengo dignidad, si tengo que morir, moriré, si

tenemos que morir todos, morimos todos, y quien tenga la responsabilidad de ello que lo pague, tenemos derecho a vivir sin escondernos, ¡no somos ratas!, ya está bien de…

—Igual tendríamos que avisar.

—Sí sí, *pisha, avisamo*, claro, pero *vamo* a *eshá* una *ojeá* primero. De esta nos cae una medalla, digo.

El pipiolo avanzó con sigilo hacia al bloque de hormigón agujereado que parecía desafiarlo a unos quince metros. Su compañero lo observaba sin dejar de vigilar a su espalda, como temiendo que desde el cuartel anaranjado y azul los descubriesen.

—¡Su puta madre, *pisha*! Yo *pa* mí que eso está *cargao* aún. *Pa* mí que ahí quedan dos *granás* más sin salir…

Se llamaba Nacho, Ignacio González Revilla. Natural de Chipiona, tenía veintiún años y novia desde los dieciséis, Felisa, su Feli; se habrían casado al terminar el año forzoso en el País Vasco. Le apasionaba correr. De pequeño había ganado un montón de carreras y en la academia de Úbeda había sido el número uno en Educación Física. «Llegar el primero me da un subidón», apostillaba en lo alto del podio. A su colección de trofeos, iba a añadir otro: esa noche se hizo acreedor de la Medalla al Mérito de la Guardia Civil con distintivo rojo. «La roja», la más codiciada, aunque no a título póstumo como a él se la concedieron. Un sedal accionó los tres kilos de amosal y tornillería que le arrancaron de cuajo una mano a su compañero y a él lo subieron directamente a los cielos.

En el bar, el retumbo de la explosión obligó al guardia Ángel a bajar de la barra y poner los pies en la tierra.

Cuentan que, cuando en 1976 Marlon Brando viajó a

Filipinas para incorporarse al rodaje de *Apocalypse Now*, llegó tarde y borracho, pesaba ciento treinta y seis kilos y reconoció no haberse leído el guion, ni mucho menos *El corazón de las tinieblas*, la novela de Joseph Conrad en la cual se inspiró la obra maestra de Francis Ford Coppola. Cuentan que el rodaje se paralizó dos semanas, porque Coppola optó por retirarse a una barca sobre el río Pagsanján a leerle a Brando la novela de Conrad. Cuentan que las discusiones entre director y actor fueron la tónica habitual durante todo el rodaje; que las improvisaciones de Brando pasaban por encima de los diálogos y que, debido a su grotesca figura, las escenas pensadas para un estilizado coronel de los Boinas Verdes —«una criatura mitológica, esbelta y atlética», según el guion— tuvieron que ser reinventadas, cuando no eliminadas, y filmadas entre sombras que disimulasen su lamentable aspecto, contribuyendo a imprimir al personaje una misteriosa presencia que, a la postre, resultó fascinante. Para el papel del coronel Kurtz, Coppola barajaba otros nombres, como Jack Nicholson, James Caan o Robert Redford, pero, a pesar de los dolores de cabeza que provocaba y del millón de dólares semanales que cobraba, mantuvo a Brando en el reparto. Agradezco a Coppola su paciencia y su acierto de genio; visionando una y otra vez el monólogo final del coronel Kurtz me reafirmo: ningún otro actor habría sabido ser oscuridad como Marlon Brando:

> He visto el horror…, horrores que tú no has visto. Pero no tienes el derecho a llamarme asesino. Tienes derecho a matarme. Tienes derecho a hacerlo…, pero no tienes derecho a juzgarme. Es imposible describir el horror en palabras a aquellos que no saben lo que verdaderamente significa. El horror, el horror…

La Peña y Gernika habían empezado a mostrarme el horror. Estaba lejos aún, sin embargo, de comprender plenamente las

palabras del coronel Kurtz. Algún día lograría entenderlas en los ojos de alguien muy próximo.

Por desgracia para ambos.

12

Carros de fuego (Chariots of Fire)

HUGH HUDSON, 1981

Para el deporte no teníamos tiempo, ni las condiciones eran las ideales. Practicarlo fuera de los cuarteles suponía comprar papeletas para que te acabaran *picando el billete* —un billete solo de ida a ese lugar de donde nunca ha vuelto ninguno—, y en los cuarteles no había espacio ni instalaciones —por no mentir, una pista de futbito en La Salve que se usaba de aparcamiento—, así que los atletas como Ignacio González Revilla lo pasaban mal. Mejor dicho, lo pasaron peor.

A pesar de todo, de higos a brevas me imponía salir a correr. Lo hacía con el Grillo, no porque a él le gustase correr, que lo odiaba muchísimo más que yo, sino porque aprovechábamos para ponernos al día. Él me contaba lo que sucedía por debajo, eso de lo que un oficial no se entera jamás; y yo hacía lo propio con lo que acontecía por encima, eso que un oficial cándidamente supone que los guardias no saben —los guardias son como los *ratones coloraos*, pero en verde—. Fue en momentos así y en otros que compartimos durante las esperas —miles de horas muertas, vacías, eternas, las que pasamos juntos aguardando en un coche a que un objetivo se moviera— cuando forjamos nuestra amistad. Hoy sé que el Grillo era y es el mejor amigo que haya tenido jamás —he disfrutado de otros

buenos amigos después, pero la vida ha sido bastante más indulgente y no ha querido ponernos a prueba—; nuestra amistad posee certificado de garantía, ha superado todos los controles de calidad —duros, durísimos— exigibles e imaginables. Haciendo una laxa interpretación de las normas SYAP,[14] aquel día repetimos el itinerario de siempre; correr por el mismo sitio cada tres o cuatro semanas no podía considerarse rutina. Cruzaríamos el puente de La Salve y nos perderíamos ría abajo. Admiraríamos otra vez cómo se iban ensamblando mágicamente aquellas láminas de hojalata ondulada que terminaron por convertirse en uno de los museos más famosos del mundo.

Lo esperé apoyado en la barandilla del puente, pendiente de los matices grisáceos del cielo. Nunca sabías si iba a llover, o era, sin más, esa bruma digna de Turner que flotaba de oficio sobre el Nervión. El Grillo llegó jadeante.

—¡Joder, qué mal estamos! ¿Tú eras el que iba a correr conmigo o vas a enviarme a tu representante?

—Jefe… —replicó con su incisiva cara de «no me jodas»—. Que me vuelvo para casa y me aprieto un plato de jamón con una botella de vino y le dan por culo a esta mariconada.

—Venga venga —contesté sonriendo—; deja de rajar, que luego al acabar la carrera me lo agradeces.

Me divertían sus razonamientos exagerados siempre al borde de echar por la tremenda; hasta que les cogías el punto, imponían tanto como su aspecto —ni muy alto ni corpulento, era de esos que, al verlo venir por la acera, le hacen a uno apartarse—. Reparé en la cadena de oro con un crucifijo que llevaba al cuello por encima del chubasquero.

—Oye, ¿vas a correr con la cadena por fuera?

—Qué pasa, ¿es una falta de uniformidad?

—Cómo estamos… Bueno, espero que hayas traído la pipa. Si mal no recuerdo, te tocaba a ti.

—Aquí, el menda lleva siempre la pipa —respondió palpándose ostensiblemente el costado—. No como otros, que les pesa mucho y les molesta al correr, y entonces montan turnitos para llevar la pistola como si estuviésemos en un colegio de monjitas.

—Anda, relájate y vámonos.

—Con guardaespaldas, cualquiera. No te jode.

—Siempre ha habido clases.

Corríamos bajo un sirimiri amable, nada insidioso.

—¿Qué pasó después con la Ertzaintza? Por lo visto, hubo algún problema con los TEDAX.

—La historia de siempre. Ellos querían desactivar las granadas, porque es su demarcación, y nosotros porque el atentado había sido contra el cuartel. Total, que llamo al comandante, él llama a Madrid y no veas qué le responden. —Ralenticé el trote cochinero para darle retintín a la frase—: «Que se hacía cargo la Consejería de Interior del Gobierno Vasco».

—Te cagas. O sea, que tenemos que preguntar a Madrid para que nos digan que se hace lo que ordene Vitoria.

—Y en el próximo atentado se volverá a montar la tangana, no lo dudes, con la Policía o con la Ertzaintza, da igual. Se liará otra vez. Porque aquí nadie le echa huevos y todo es de boquilla, no hay un puto papel firmado que regule nada y lo poco que hay no se respeta.

—¡Que digan si estamos o no estamos! Si quieren que nos vayamos del País Vasco, nos vamos y a tomar por el culo. Pero si nos quedamos, es para trabajar y dejarnos de historias; que si hoy tú, que si mañana el otro…

El Grillo se detuvo tosiendo con una mano en el pecho.

—Puto tabaco… Oye, paramos un poco… No puedo seguir.

Sin avanzar, continué trotando. Desde la avenida de las Universidades, los trazos del puente de La Salve se alzaban como una meta descomunal. Nos quedaba poco hasta allí; no podía esperar más a lanzar la pregunta:

—¿Qué sabes de lo tuyo?

—Nada, igual. Nadie sabe nada —masculló entre toses.

—¿No habéis vuelto a tener noticias de la Fiscalía?

Negó con la cabeza mientras batallaba contra el acceso de tos.

—Bueno, la ausencia de noticias no es una mala noticia. ¿Qué coño haces, tío? ¡Estamos haciendo deporte! —lo increpé al ver que sacaba una cajetilla de tabaco de un bolsillo del chubasquero.

No me hizo ni caso. Se encendió un cigarrillo, esputó una flema y me respondió, ya sin toser:

—Es la única forma de que se me vaya la tos, en serio. —Carraspeó—. A mí no me valen las buenas palabras de un fiscal. A mí me vale que me absuelvan y punto. Y que se dejen de hostias. Mira a Campesinos, a la cárcel; y su mujer, limpiando retretes para sacar adelante a los hijos. Tíos como ese no quedan ya, con un par de cojones y noble donde los haya. ¡Anda que iban a haber pillado a los liberados del Bizkaia si Campesinos no agarra al *laguntzaile* por banda y le aprieta las tuercas! ¡Todavía estaríamos con Bilbao sembrado de coches bomba! ¡Que les pregunten a las familias de los dieciséis muertos que se llevó por delante el comando si Campesinos merece ir a la cárcel!

—No se lo merece, Grillo, por supuesto, tampoco tú si llegara el caso. Pero habría que plantearse qué opina la gente, qué piensan «los ciudadanos» sobre ponerle la mano encima a un detenido para liberar a un secuestrado o desarticular un comando… Te aseguro que, excepto las familias y los allegados de las víctimas, la gran mayoría no lo aprobaría. Me jode

decirlo, pero es así. Mucha gente considera que dar una hostia a un detenido es una aberración. Y probablemente lo sea… Solo hasta que el muerto es pariente suyo. Entonces todos claman justicia y exigen máxima efectividad policial. Cuando les toca, se ponen de nuestro lado; si no, frente a nosotros. Cuando les toca, piden incluso venganza. Cuando les toca, si les dejaran, lincharían al terrorista que ha asesinado a su ser querido.

—Nosotros no hacemos eso, jefe, lo sabes. Si necesitamos que un tío nos suelte un dato lo apretamos, pero cuando lo suelta lo dejamos en paz, ya tenemos el dato y con ese dato salvamos vidas. Muchas vidas. Yo nunca he visto dar estopa por rencor o venganza. Ni la daré. Lo juro por Dios.

El sirimiri arreció —quién sabe si perturbado por el juramento—; mostraba visos amenazantes de convertirse en aguacero.

—Ya. Pero al final te denuncian y te juzgan igual. Grillo, el porqué de la hostia no cuenta; solo cuenta la hostia. Da igual las vidas que hayas salvado por dar esa hostia, todo el mundo acabará pasando de ti, y tú solito, solo tú, terminarás en el trullo. Tirado como una colilla. —La lluvia empezó a ser incómoda—. Por cierto, ¿cómo va la despedida de Campesinos?

—Estamos en ello, haremos cena mejor que comida.

Ahora sí, el chaparrón se desató.

—No te va a quedar más cojones que tirar el cigarro y correr.

Salí disparado. Al poco me adelantó. Me habría sacado unos cincuenta metros al llegar a La Salve. Era mejor no mentar sus cojones, los tenía muy negros. Igual que un grillo.

13

El cazador (The Deer Hunter)

MICHAEL CIMINO, 1978

Un saco de boxeo, de los de arena, bien duro y compacto. El desahogo del púgil. Los nudillos pelados. De eso se trataba Otxandiano. Solamente, cuando ETA dejaba de matar algún tiempo. ¿Cuánto era eso? No lo sabíamos, no era una magnitud mensurable. Fuimos muy pocas veces: solo cuando nuestras cabezas ya estaban al borde de saltar por los aires como una *mascletà*; solo cuando el decurso sedante de días y noches conseguía calmar nuestras exigentes conciencias; solo cuando ya habíamos guardado el debido respeto a los muertos. Irremediablemente, la vida seguía a este lado tangible de la existencia.

Dicen que en el País Vasco los topónimos tienen, al menos, tres denominaciones: la histórica, la castellana y la vasca. Al embalse de Urrúnaga, de Santa Engracia o de Legutiano, nuestra naturaleza indómita añadió una cuarta: el lago de Otxandiano. Lago, porque el muro de presa emergía tímidamente sobre la lámina de agua confiriendo al embalse el aspecto de un accidente geográfico natural; y de Otxandiano porque en la demarcación del Proa 5.6 ese era el municipio más próximo al embalse.

La jornada arrancaba con una buena ensalada de tiros.

Nunca en la orilla, se requería una cierta frondosidad que amortiguase la escandalera. Nos adentrábamos hasta donde el hayedo permitía llegar con coche, abríamos los maleteros y, como en esos planos cortos de Tarantino, quedaba el arsenal a la vista. Nunca entendí mucho de armas —lo justo que me exigía mi condición de guardia civil—, pero en esos maleteros, junto a sirenas, chalecos antibalas y matrículas reservadas de quita y pon, había artilugios de mecanismos y calibres insospechados sobre cuya proveniencia mejor era no preguntar. Colocábamos las siluetas al tresbolillo, entre los árboles, y a mi voz abríamos fuego hasta agotar las cajas de munición, abundante como exige un buen *akelarre*. Incluso si no te apasionan las armas, era una experiencia alienante, una catarsis gregaria a la que sin duda contribuía fisiológicamente el estruendo de las detonaciones, sin cascos ni tapones en los oídos, y los efluvios lacrimógenos de pólvora y humo. En esto, lo confieso, tampoco éramos diferentes de los etarras: nos tirábamos al monte para hacer prácticas clandestinas de tiro, nosotros sin pasamontañas.

De ahí pasábamos a la bacanal en su acepción casta, la primigenia celebración gastronómica en honor del dios Baco. Entonces sí nos arrimábamos a la orilla, desde donde admirábamos con humildad la mole del Gorbea reflejada en el agua, dando tiempo a que Mikel y el Grillo preparasen la brasa sobre la que hacían desfilar parrillas colmadas de chuletas, morcillas, torreznos, chorizos, careta, oreja y cualquier otra pieza animal que fuese abundantemente sebosa. Mientras, ninguno perdía comba de dar buena cuenta de las botellas de Rioja Alavesa, uno sin etiqueta que la labia de Carvajal sacaba a precio de risa de una muy reputada bodega y que, a un ritmo endiablado, Saka descorchaba con el *sakakortxos* de su navaja suiza. Aquello no merece ser descrito con circunloquios: nos empapuzábamos de carne y alcohol. Un cóctel que predisponía

nuestras venas al buen humor, a la exaltación de valores, al abrazo espontáneo. A la cauterización del dolor. Rememorábamos anécdotas; algunas desternillantes, que habrían arrancado las carcajadas del gran público, como el día que en una cumbre europea a la que nos tocó prestar seguridad, Carvajal, que no tenía ni idea de inglés, mandó a un grupo de despistados ministros a reunirse al lavabo; otras más íntimas, comprensibles solo para los que compartimos aquel tiempo y espacio, como cuando, bajo un cielo estrellado, el Grillo y el Nipón se descolgaron en rápel desde un cortado en el Mustutxuru *solo* para arrancar una enorme pancarta de ETA que dominaba el feudo batasuno de Ondárroa —la sonrisa aliviada de los guardias destinados en el gueto-cuartel de ese pueblo de pescadores, que a diario debían soportar la visión de la gran serpiente enrollada en el hacha, fue nuestro único pago, no remplazable por nada—. Y después de esas historias y más rioja venían los cánticos, *in crescendo* en solemnidad: *Clavelitos, Carrascal, Asturias, patria querida*, el himno del Cuerpo y *El novio de la muerte*.

El final, que era en lo que todos pensábamos desde el principio, siempre era el mismo. Nunca establecíamos quién se tiraría primero, solía ser el que había cogido la castaña más gorda. A continuación íbamos el resto, tan estrictamente vestidos que alguno hasta olvidaba dejar la pistola en tierra. Y cuando ya estábamos todos dentro del lago chapoteando y soltando alaridos enloquecidos, llegaba el ansiado turno de Carvajal. Cogía carrerilla, cerraba los ojos y daba un gran salto en el aire. Como un misil Tomahawk. Joder, era del más profundo secano pacense y no sabía nadar. Teníamos que sacarlo del agua entre varios, de lo histérico que se ponía.

La primera vez que fui al lago de Otxandiano mis emociones se desbordaron. Como el púber que explora el placer sexual, descubrí una dimensión nueva de la amistad. Propuse

inmortalizar el momento. Tintín, que era el especialista, sacó su cámara réflex, activó el temporizador y posamos en dos filas como un equipo de fútbol, empapados de agua, empapados de alcohol, empapados de rabia, empapados de la savia de Dios.

El cazador —siempre me gustó más el título original, no sé si por su fonética— la vi por primera vez con catorce años, y no dudé en reconocer la escena de cine que sería mi favorita por siempre jamás. Me estremeció y me hizo llorar. Hoy aún lloro si la veo de nuevo, diría que con más sentimiento, porque marcó aquel día en Otxandiano.

Es esa escena en la que Michael, Steven y Nick se juntan en el bar de John con Axel y Stan para *celebrar* su partida a Vietnam. Toman cervezas y juegan al billar; en la *jukebox* suena *Can't Take My Eyes Off You*, de Frankie Valli & The Four Seasons —ya he hablado de esta canción en otro contexto, uno de amor que, al contrario de este, no me gusta rememorar—. Es 1968 y el tema arrasa en las listas de éxitos, así que los cinco amigos no pueden evitar tararear la canción y moverse a su son; los acordes avanzan, Stan se levanta del taburete en la barra y recita ese *I want to hold you so much* sutilmente desafinado —lo justo para conmocionar al espectador—; la melodía endulzada por las sordinas anuncia el arranque del estribillo, un plano sobre Nick nos muestra a Christopher Walken vaciándose con el *I love you, baby!* y los amigos terminan cantando apiñados, extasiados, como feligreses en un sacramento agridulce. Aunque en Pensilvania desconocen el dicho, la sensación es que cantan igual que unos españoles espantando sus males, quizá temerosos de que el tiempo pasado sea para ellos mejor. ¿O quizá, sin más, cantan?

Cuando uno ve la película, no suele apreciar el detalle. Michael —Robert De Niro— no se une al grupo. Sigue jugando

al billar. Les sonríe, los mira, parece estar conectado, en sintonía con ellos, pero físicamente no está en esa piña; él se dedica a terminar la partida y continúa haciendo rodar las bolas sobre el tapete verde. En su día visioné empecinadamente la escena hasta descifrar los jeroglíficos sugerentes que lanza De Niro: Michael sí presiente los ecos desgarradores que el *Can't Take My Eyes Off You* impide oír a sus amigos.

En Otxandiano nos hicimos dos fotos. La segunda la saqué yo. Quería distanciarme del grupo; verlos, no estar; aplaudir, no actuar. Necesitaba recordarlos así. No porque presintiese nada concreto, era más bien un presagio difuso, egoísta; deseaba grabar el momento en mi piel como un tatuaje, no como una cicatriz. Era el verano de 1993; para entonces, ya había devorado cuatro veces *El cazador*. El clic de la cámara encendió mi *jukebox* personal y *Can't Take My Eyes Off You* quedó ligada a esa fotografía como los metadatos de una canción no diegética. Una fotografía que ya no conservo; la dejé en el lugar que merece, donde cobra su verdadero valor. De haberla tenido aún, derramaría lágrimas sobre el papel satinado recordando la escena de Michael, Steven, Nick, John, Axel y Stan, el más grande canto a la amistad nunca filmado. De haberla tenido aún, constataría que la tomé cuando Eliana todavía no había ingresado en el grupo. Tal vez no convenía mezclar las cosas, era una foto de buenos amigos «antes de irse a Vietnam». Los mejores compañeros que haya tenido jamás.

14

En un lugar solitario (In a Lonely Place)

NICHOLAS RAY, 1950

Llovía a cántaros; la cortina de agua no contribuía a enfocar con nitidez la imagen en blanco y negro del abedul con el tajo. Ederra llevaba un buen rato intentándolo.

—Esto es una gaita, ahora también se ha jodido el *zoom* —susurró.

El habitáculo bajo el talud permitía tan solo ponerse a gatas, y al entumecimiento de los músculos contraídos se sumaba la humedad implacable que ascendía desde el suelo hasta encharcar los tablones dispuestos como aislante; el espesor de la lluvia, además de desenfocar la cámara, menguaba la luz que se colaba a través de las mirillas y el respiradero sumiendo el ambiente en una vaporosa penumbra. Por un instante, sugestionado por tan gélida, umbría y claustrofóbica sensación, Ederra se imaginó en la celda de castigo de algún olvidado rincón del *Arjipelag Gulag*.

—Como se joda algo más de la cámara y aparezca el correo, voy a tener que hacerle un retrato a mano alzada, lo que yo te diga.

—No me hagas reír, cabronazo, justo ahora que estaba pillando el sueñecillo —musitó el Nipón recostado a su lado.

Ederra terminó de manipular la cámara.

—Ya está, joder, enfocado… ¿Cómo que el sueñecillo? ¿A ti te pagan por dormir o por vigilar? ¡Qué morro!

—Chsss… Chaval, te recuerdo que es tu turno.

—Y yo te recuerdo que en el tuyo te he dado palique como un buen compañero.

Entre las sombras y el vaho, advirtieron el blanco de sus sonrisas.

—¡Qué maricón que eres! Sin que sirva de precedente, te invito a uno de esos cafés que ponen en la cafetería de la esquina.

El Nipón se quitó un guante, estiró un brazo y palpó en las mochilas hasta dar con el termo.

—Vas a tener suerte, está helado —anunció con sorna.

—Suerte de cojones, y encima no puedo fumar; es lo que peor llevo, tío…

—Topera de Uno, topera de Uno —irrumpió Carvajal por la radio.

Aún quedaba mucho para el relevo y las normas eran estrictas: a la *topera* solo se llamaba en casos de máxima urgencia. Ederra cogió el *walkie*.

—Adelante, Uno.

—Desmontad todo. A las ocho y media pasa a recogeros Tintín.

—¿Qué coño dices, Tomahawk?

—Lo que has oído, que recojáis todo, tenéis casi dos horas. Levantamos el campamento, no os dejéis nada.

—¿Cómo que no nos dejemos nada…?

—Joder, pero ¿qué hostias os enseñan en Úbeda? ¿No sabéis obedecer una orden? ¡Que recojáis todo y dejéis eso limpio como una patena! ¡Se cierra la operación, tarugos!

15

Lo oculto (The Hidden)

JACK SHOLDER, 1987

A la oficina del Proa 5.6 yo la llamaba «el pasillo». Una expresión poco ingeniosa, pero muy gráfica: no era más que un pasillo en el que se disponía una hilera de mesas pegadas unas a otras con sus respectivas sillas; en el inventario, probablemente se describía como una serie de estaciones de trabajo sin solución de continuidad, pero, en un tono más reivindicativo, sin tapujos, podía definirse como un cuartucho estirado donde Carvajal y los guardias se hacinaban como sardinas en lata. La hilera de mesas con sus sillas apenas dejaba espacio para desplazarse entre la entrada y mi mal llamado «despacho», una prolongación del *pasillo* separada por un tabique con una puerta. Si uno pretendía acceder a su silla tenía que pasar por encima de las mesas, que iban de pared a pared, mediante maniobras muy variopintas, siendo la más cívica la de sentarse en una mesa —con papeles encima o no, era irrelevante— y girar sobre el culo con las piernas en alto. En el aspecto decorativo, pilas de archivadores sobresalían entre las máquinas de escribir y un ordenador solitario, un *cabezón* pariente cercano de los televisores de válvulas; y de las paredes colgaban trofeos de guerra —los *Bietan jarrai*[15] entre los más preciados—, dando un contrapunto de color al *collage*

de fotografías operativas en blanco y negro que con chinchetas se solapaban unas a otras. A propósito del *Bietan jarrai*, y al margen de la simbología atribuida a ese anagrama de ETA ideado por un *gudari*[16] del 36, adoptar como logo de una «organización» un hacha y una serpiente siempre me pareció una explícita —léase indecente— declaración de principios. Como sepulcro blanqueado de un cadáver tanto o más putrefacto, el diseño abstracto de la esvástica al menos supo guardar las formas.

Los de la *topera* tardaban más de la cuenta. Excepto ellos tres, todos estábamos en la oficina; algunos sentados en sillas, otros sobre las mesas, el resto esperaba de pie —no lo he mencionado: no había sillas para todos—. En vano fui buscando la mirada de cada uno: de Carvajal, del Grillo, del Txaku, de Viki, de Misko, de Peperolo, de Saka, del Txiki, de Mikel, de Maisi, de Eliana. Salvo ella, nadie quiso mirarme a los ojos —intuí que Eliana sí lo hacía y esquivé su mirada; sus meandros tropicales me habrían noqueado—. No me cupo ninguna duda. Ya conocían la noticia.

Se abrió la puerta del fondo y por fin llegaron los que faltaban. Tintín iba delante; aun con el pelo empapado, su peculiar tupé se erguía sobre su frente reivindicando orgulloso un alias inevitable.

—Vaya historia, jefe, sacar todo el material de la *topera* con la que está cayendo. —Se excusó por el retraso y fue a sentarse en el sitio que le había guardado el Grillo.

Ederra y el Nipón tuvieron que quedarse de pie; lo habrían hecho de todos modos, sus prendas de camuflaje rebozadas de barro habrían puesto perdida cualquier superficie.

—Estamos todos, mi teniente —me informó Carvajal.

Sinceramente, no sabía cómo empezar.

—Bueno… —Titubeé, no era un comienzo muy apropiado—. Supongo que la mayoría ya os habréis enterado por Carvajal. A

pesar de que le había pedido que no os contara nada. —Lejos de relajar el ambiente, la broma, que no lo era tanto, lo enrareció aún más—. No me andaré con rodeos: se ha decidido que el buzón lo trabaje la Policía, así que dejamos la operación, cerramos las carpetas y nos olvidamos de Urkia. ¿Preguntas?

Opté por no ofrecer argumentos, sabía que no iba a ser convincente. Pero debía dejar que al menos ellos se desahogaran; a mí, horas antes, no me habían dado esa oportunidad —la disciplina entre los oficiales es más resignada, tanto que corre el riesgo de desviarse y confundirse con servilismo; yo trataba de no hacerlo.

Carvajal, quién si no, rompió el silencio:

—Mi teniente, ¿cómo nos hacen esto? Llevamos casi tres meses en ese agujero controlando el buzón… Usted sabe lo duro que es, ha estado allí dentro, los chavales lo han dado todo, alguno hasta se ha cogido un principio de pulmonía… ¿Cómo nos hacen esto?

—Es una decisión política, Carvajal. «Nos hacen esto» los políticos, solo podemos obedecer. No sé qué más deciros… Sé que cuesta, pero hay que olvidarse de ello. Tenemos otras operaciones abiertas.

—¡Pero ninguna como Urkia de buena, *mecagüendios*! —explotó Ederra.

—Joder, y aunque fuera mala, con las horas que le hemos echado, ¡nos hemos dejado la piel! Y los *chapas* ya sabemos cómo trabajan, van a pasearse con americana al buzón, ¡lo van a *quemar*, jefe! —se lamentó Peperolo visiblemente tocado.

—Mi teniente, a mí lo que más me preocupa es la fuente. No tengo información de primera mano, hablo de oídas. Unos dicen que es un compañero infiltrado, otros que es una captación, pero todos coinciden en que está muy metido. Sea quien sea, se está jugando la vida, no sé hasta qué punto podría afectarle esto. Me preocupa, sinceramente. —Misko no hablaba

mucho y nunca lo hacía sin criterio; sus facciones anglosajonas templaban su discurso.

A mí también me preocupaba.

—Misko, yo creo que esto ha sucedido en gran parte por proteger a la fuente. Al gobernador le informaron de que tenemos a alguien metido, quiso saber más y, claro, no se le dijo nada. Es un político, no entiende el alcance ni la complejidad de una operación con fuentes. La Policía le ha presentado una operación judicializada, algo tangible que él puede justificar; nosotros, solo un fantasma. Un político debería temer más a un juez que a un fantasma. Pero si algo no sale bien al juez siempre le puedes culpar. A un fantasma, difícilmente.

«Esa era solo una parte de la verdad —habría continuado en *off* sobre la imagen de sus rostros desalentados—. El deber de preservar la identidad de una fuente era una responsabilidad que hasta el más negado de los políticos podía llegar a entender. Yo sospechaba que en algún despacho del ministerio, por miedo a no ser ascendido, alguien había mostrado cierta pasividad y la Policía había sacado la correspondiente tajada. Decía Napoleón que a los hombres nos mueven solo dos palancas: el miedo y el interés propio. En este caso, coincidían las dos».

—Una vez detuvimos a dos hermanos que llevaban trabajando once años para la banda —empezó a contar Carvajal—. Vivían juntos en el caserío con sus *aitas,* los ayudaban con el ganado y tenían una quesería, el negocio familiar. En esos once años, ninguno de los dos le contó nada al otro. Ni un comentario ni una insinuación… Se enteraron cuando los detuvimos. Joder, introducirse en una organización tan estanca y hermética es sumamente difícil. Si hemos conseguido meter a alguien, es un logro que está muy por encima de un simple buzón. —Se puso en pie—. Chicos, se ha

hecho lo correcto, había que proteger a nuestra fuente. Ya habéis escuchado al teniente, tenemos otras operaciones. Somos el 5.6. A trabajar.

Era el tipo de arenga que se espera de un suboficial. Salí del *pasillo* muy mosqueado. No era normal que el Grillo no hubiese abierto la boca. Menos aún, que no hubiese levantado la vista de la cuartilla en la que había estado garabateando durante ese rato.

Me contarían, después de que todo pasara, que apenas salí del *pasillo* arrugó la cuartilla hasta hacerla una bola y la lanzó a la papelera. Que tras la canasta intercambió con Tintín un gesto de complicidad. Y que entre los garabatos se distinguía algo así como un poste de teléfonos al pie de un camino. No era muy buen dibujante.

En mi relato de celuloide, los garabatos del Grillo habrían ocupado la pantalla. Sobre ellos, se habría fundido lentamente la imagen real de un poste de teléfonos al pie de una pista forestal enfangada. Se habría oído entonces un motor acercándose y, en una toma a ras de suelo, habría entrado en cuadro un todoterreno salpicando lodo a su paso. Después, cuadro vacío y silencio.

16

Un tranvía llamado Deseo
(A Streetcar Named Desire)

ELIA KAZAN, 1951

—¿Cola Cao?

—Cola Cao, sí.

—¿Todo junto? —solicitó la operadora.

—Da igual… Bueno, no, separado, póngalo separado, como el Cola Cao de los desayunos.

—Ah… Ya lo tiene. Se lo leo entero antes de enviarlo: «Me encantó hablar contigo. Podríamos quedar a cenar, si te apetece, mejor fuera de Bilbao, supongo que sabes por qué. Cola Cao». ¿Puedo mandarlo?

—Sí, por favor.

Sabía que me estaba metiendo en problemas. Un oficial no debía liarse, tener una aventura, mantener relaciones, como quiera llamarse, con una guardia. Si se encontraba a sus órdenes, menos aún.

«Hola, Cola Cao, espero no equivocarme sobre quién eres. Restaurante El Limonar, en Isla. Queda un pelín lejos, pero se come muy bien y si hace bueno tienen terraza. ¿El viernes a las 9?».

El busca temblaba en mis manos. No vibraba el mensáfono, no. Mis manos temblaban. No había tardado en contestarme ni

quince minutos. Joder, ya me había metido en el lío. Pero, qué coño, no era una guardia cualquiera. Ella era Eliana.

Por más que me esfuerce, no consigo acordarme de nada, excepto del principio y del final de la cita. Apenas bajé de mi Opel Calibra, entre limoneros y kiwis, ella salió de las sombras. La tensión me cortocircuitó al verla caminar hacia mí sonriendo, con sus piernas elásticas y esas caderas que le servían de vanguardia.

—Lo sabía. Sabía que eras tú.

Su andrógina voz disipó mis nervios de colegial. Y se transformaron en una amalgama de sensaciones entre la inseguridad biológica y la atrición sobrenatural. Qué esclavizante alquimia la suya. Ni qué cenamos, ni de qué hablamos, ni cómo era el restaurante. No conservo recuerdos. Aquella desconocida impresión formateó mi memoria.

Antes de arrancar el Calibra para acercarla a la casa que sus padres tenían no muy lejos de allí —me opuse a que volviera en taxi—, conversamos en el coche y en la radio sonó *Sea of Love*, terminaría siendo nuestra canción. Supongo que es ese detalle lo que disipa mi amnesia; a partir de ahí retengo imágenes sueltas y pensamientos dispersos que ofrecen pistas valiosas para reconstruir qué pasó. Deseaba besarla, jamás había sentido un deseo semejante. Pero no me atrevía… Qué paralizante pavor… Cuando, decidido a rubricar mi fracaso, me disponía a girar la llave del contacto, su mano bloqueó la mía. Cerré los ojos… y sentí su lengua en mi boca. Fue ella. Me besó ella.

Su alias era Gurene. En euskera, ‘deseo’.

17

La ley del silencio (On the Waterfront)

ELIA KAZAN, 1954

Después de consolar a viudas y huérfanos, diría que en la escala de la amargura venían las situaciones como aquella. Con todo, en el caso de Campesinos, aquel hombre menudo logró contagiarnos de su grandeza y consiguió que se invirtieran los roles: sentimos que él nos reconfortaba a nosotros. No quiso sentarse, así que Arturo y yo nos levantamos y nos quedamos de pie; fue, por nuestra parte, un gesto híbrido a caballo entre la conmiseración y la educación. Y aunque pareciese un trámite breve entre tres funcionarios reunidos en un despacho, no lo fue en absoluto. A un narrador ajeno a la escena se le habría escapado que en el aire pesaba una certeza: al cabo de muy pocas horas, uno de los presentes partiría hacia Alcalá Meco. La próxima vez que viésemos a Montesinos sería a tiempo tasado y tras una mampara de metacrilato.

—Es uno de los regalos de anoche; los muy cabritos dicen que se parece a mí. —Sonrió mostrándonos el guardia de goma que sostenía en las manos.

La noche anterior habíamos celebrado su despedida, si ese tipo de despedida podía de alguna manera celebrarse. Las normales, las que obedecían a un cambio de destino o un pase a reserva, eran multitudinarios cenorrios que concluían con

unas emotivas palabras del jefe y la réplica del despedido. Después, cuando ya todos teníamos los ojos vidriosos, se arrancaban los espontáneos con alocuciones aún más emotivas, salpicadas de vivas a la Guardia Civil, al rey y a España. Todo, con mucha piel de gallina. La despedida de Campesinos siguió a grandes rasgos el mismo guion, pero con menos vivas y sin ojos vidriosos, más bien rojos. De tanto sangrar la rabia.

Aparte de sonreír refugiándome en el muñequito de goma, no sabía qué hacer o decir; Campesinos podría ser nuestro padre.

—¿Hay novedades del ministerio sobre el indulto? —Lo preguntó Arturo. No solo era mucho más antiguo que yo, también maduro. Yo no tenía sus tablas.

—Más bien nada, vengo de hablar con el teniente coronel… Ya contaba con ello; he visto otros casos parecidos, siempre pasa lo mismo. Promesas de entrada y olvido después.

—Bueno, no te preocupes. Estaremos pendientes y haremos todo lo que esté en nuestras manos.

Nada estaba en nuestras manos. Arturo, que había afirmado con convicción lo contrario, lo sabía tan bien como yo. El indulto era una decisión puramente política sometida a la evolución de los sondeos electorales —esas encuestas que son a los estadistas lo que un gran meteorito a los dinosaurios—. Sin embargo, su comentario era necesario: me refiero a eso cuando hablo de tablas.

—Si en algo podemos echarte una mano a título particular… —fue lo único que pude añadir.

—Les agradezco todo, de verdad. Mi mujer va a trabajar de limpiadora, aquí, en La Salve. —La voz le había temblado—. El comandante se ha portado muy bien… No se preocupen, saldremos adelante.

Nos abrazamos en silencio. Antes de irse, se cuadró como un legionario.

—A sus órdenes, mis tenientes.

Nunca escuché un «A sus órdenes» tan innecesario. En su día, el guardia civil Antonio Campesinos Trenado no necesitó órdenes para exculpar a sus compañeros. Apechugó con lo suyo y con lo de todos. Nadie le pidió el paso al frente. Campesinos se llevó a su celda de Alcalá Meco un montón de preguntas sin contestar. De hecho, acabó entre rejas porque al Ministerio Fiscal no le gustaron sus evasivas. Para sus compañeros en el banquillo, los silencios de Campesinos durante el juicio fueron iguales a los que se intercalan durante un tiroteo. Si eres capaz de oírlos, es que aún sigues vivo.

18

Mesas separadas (Separate Tables)

DELBERT MANN, 1958

Tendríamos que vernos más en Bilbao. Con el tiempo, se nos hizo inviable mantener nuestras citas tan lejos. Santoña, Isla, Noja, incluso la fronteriza Castro Urdiales, todo nos resultaba demasiado apartado. A dar el paso ayudó mucho que Eliana se independizara; dejó su habitación del pabellón de solteras en el cuartel de Algorta y se alquiló un piso en el centro de Bilbao. Lo compartía con otra guardia, una chica gordita a la que su novio, un cachas del GAR, obligaba a hacer abdominales mientras él contaba las series tomando cervezas ante el televisor. Tenían turnos bastantes distintos, su compañera de piso solía hacer noches, lo cual nos permitía dormir juntos con relativa frecuencia y tranquilidad —una vez le cambiaron el turno y se presentó de improviso; omitiré los detalles rocambolescos de cómo me escabullí—. Nos olvidamos, pues, de las escapadas furtivas a parajes retirados. Ya teníamos un nidito secreto, nuestro piso franco de amantes proscritos donde pasar tardes, noches y amaneceres haciendo el amor, nutriéndonos a base de sándwiches, viendo películas de alquiler, mirándonos a los ojos. Perdimos la noción del espacio y del tiempo. Una cama se convirtió en el vórtice de nuestra galaxia.

Sin embargo, pronto aquella galaxia nos pareció insuficiente, y entusiasmados con la democratización de la telefonía móvil —analógica, hoy desaparecida por obsoleta—, nos encomendamos a nuestros terminales de MoviLine; aquellos artefactos podrían ayudarnos a desenvolvernos mejor en la clandestinidad. Un buen día nos apeteció ir juntos al cine y nos preguntamos: ¿por qué no? Llegaríamos por separado y nos reuniríamos dentro, en la oscuridad de la sala; si algo fallase, no teníamos más que llamarnos, ¡podíamos comunicarnos a distancia! Otro día se nos antojó ir a cenar a un chino en Indautxu. Nos sentamos al fondo, ella de espaldas a la entrada y yo, «siempre prevenido, nunca atemorizado», como rezaba el decálogo SYAP, con visual directa sobre la puerta para detectar la posible irrupción de «elementos terroristas», si bien en aquellas circunstancias me preocupaba más la aparición de algún guardia que pudiera identificarnos; ante tal eventualidad, Eliana se habría ido a los servicios evitando ser vista por nuestro inoportuno compañero y yo habría pagado la cuenta y me habría largado; luego, solo tras haber dejado pasar un buen rato, ella habría abandonado el local. Ese era el plan de «seguridad y autoprotección» de nuestras salidas secretas; por supuesto, de toparnos de bruces con algún conocido que nos hiciera preguntas impertinentes, lo habríamos negado todo, igual que un terrorista en caso de detención. ¿Estresante? No voy a negarlo. Pero infinitamente mejor que cenar en mesas separadas, como llegamos a hacer una noche en el Txarli por acallar los rumores y aparentar que entre nosotros no había nada. También nos dio por salir de fiesta a Las Arenas, éramos los mejores imitando el baile de Travolta y Uma Thurman en *Pulp Fiction*, el taquillazo de entonces; y a pasear por el Portu Zaharra, y a potear por los bares de Pozas. Y si el desenfreno nos asaltaba, recurríamos al primer hotelito que se pusiera a tiro.

Por entonces no disponía de mucho tiempo para leer. Pero lo hacía cada vez que conseguía robarme unos minutos de sueño al irme a la cama. Coincidió —una de esas casualidades que demuestran el atávico vicio del destino por travestirse de oráculo— que en aquellos días estaba leyendo *Gabriela, clavo y canela,* de Jorge Amado:

> La ilegalidad es peligrosa y complicada. Requiere paciencia, sagacidad, viveza y un espíritu siempre alerta. No es fácil mantener íntegros los cuidados que ella exige. Es difícil preservarla del descuido, que se hace natural con el correr del tiempo, y el aumento insensible de la sensación de seguridad. Al principio se exageran las precauciones pero, poco a poco, van siendo abandonadas, una a una. La ilegalidad va perdiendo su carácter, se despoja de su manto de misterio y, de repente, el secreto por todos ignorado pasa a ser noticia que corre de boca en boca. Fue sin duda lo que sucedió con Gloria y Josué.

19

Lo imposible

JUAN ANTONIO BAYONA, 2012

—¿No quiere más?

—Gracias. —Decliné poniendo la mano sobre mi plato.

Emilio siguió ofreciendo más sopa a los comensales y yo volví a centrar mi atención en el telediario. Las lluvias torrenciales habían causado considerables riadas e inundaciones en el País Vasco; no había que lamentar víctimas ni podía compararse con la tragedia de 1983, pero la situación empezaba a ser preocupante. Emilio apoyó la sopera en la mesa, el teléfono estaba sonando.

—Mi comandante, le llaman del Gobierno Civil.

El auricular quedó descolgado sobre el aparador, bajo el cuadro del árbol enorme en el triste campo de trigo. Santos enmudeció la televisión con el telemando.

—Dígame… Gobernador, a tus órdenes —respondió el comandante.

Fingiendo prestar atención a las imágenes de archivo del atentado de Aznar que pasaban por la pantalla, tratamos de descifrar el contenido de la conversación; durante un tiempo que nos pareció eterno, solo escuchamos un rumorcillo de voz al otro lado del hilo y, huelga decirlo, el comandante no dio pista alguna. Ni siquiera cuando, tras uno de sus carraspeos, se

despidió de su interlocutor:

—Por supuesto, gobernador, todo lo que tengamos. Nos ponemos a ello ahora mismo… Claro claro… A tus órdenes, buenas tardes.

Colgó el auricular y se sentó a la mesa para terminar su plato de sopa helada. Santos subió el volumen; el telediario se cerraba con planos del público que abarrotaba el estadio olímpico de Atlanta bailando bulliciosamente la *Macarena*.

Ya en los postres —manzana, de esas tan harinosas—, el comandante volvió a carraspear.

—La semana pasada se cargó el buzón.

Se me escapó un «Joder» totalmente reflejo. La mirada que el comandante me propinó con su bigote inmóvil no admitió réplicas.

—Y anoche se descargó. —Otra mirada, aún más severa, abortó en mis labios otro «Joder»—. La Policía no ha podido grabar nada, no han conseguido datos operativos para explotar. Cuando se cargó, porque todavía no les había dado tiempo a instalar las cámaras, fue justo al día siguiente de abandonar nosotros la vigilancia. Y ayer, cuando se descargó, por culpa de las inundaciones. Según me ha contado el gobernador, tenían cámaras simulando rocas y troncos en el claro y en la pista de acceso, pero con la riada se ha anegado toda la zona y no les ha funcionado ninguna. Había un palmo de agua; han encontrado el buzón de milagro, medio flotando.

—Entonces, no tenían gente dentro de la *topera*.

—No —le corroboró el comandante a Santos—. Confiaron la vigilancia a los medios técnicos; decidieron que por seguridad era mejor no meter a nadie.

«Joder, "por seguridad", claro, como no hay moqueta ni aire acondicionado en ese agujero…».

—El gobernador, ¿le ha dicho algo sobre la nota?

Ahora los bigotes del comandante sí se excitaron. Supe

captar su advertencia, siempre he pecado de vehemente.

—Habrá una cita con el comando dentro de dos meses. No sé más. —Aunque distrajo la mirada hacia el televisor, su comentario final fue dirigido especialmente a mí—: El gobernador quiere que le entreguemos a la Policía toda la información que tengamos sobre objetivos y vehículos vinculados con la operación Urkia.

—¿Para qué? Si dentro de dos meses se produce la cita, tendrán al comando, ¿no? —pregunté visiblemente alterado.

—Queralt… —Sonó a tarjeta amarilla por reiteración de faltas—. Dos meses es mucho tiempo para aguantar un comando, un fallo en la vigilancia podría tener consecuencias fatales. Alguien allegado a los sindicatos policiales ha insinuado que, de cometerse un atentado antes de la cita, quizá se señalara a la Guardia Civil por no haber puesto toda su información a disposición de la Policía.

—Joder, mi comandante, si sucediera algo antes de la cita, los responsables serían los que disparen o pongan la bomba. Es un argumento ruin, ¿cómo es capaz el gobernador de tragarse algo así?

El bigote del segundo jefe de la comandancia de Vizcaya reaccionó como una bola de pimpón porfiada.

—¿Va a querer café, mi comandante?

Llegué a creerme salvado gracias a la oportuna intromisión de la nariz de Emilio.

—Le llevas tú personalmente las carpetas de Urkia al comisario Vives —me ordenó—. Un cortado, Emilio, y apunta los cafés de hoy al teniente Queralt.

Segunda amarilla y roja.

Pagué los cafés y un pacharán que se tomó Farinós «a la salud del Cuerpo hermano», y me largué del comedor de oficiales doblemente jodido. Primero, por nuestra maldita suerte; después de tanto esfuerzo, el buzón se había cargado

justo al día siguiente de tener que pasárselo a la Policía. Segundo, porque no sabía cómo coño iba a dar la noticia al grupo —reconozco que me jodía más esto último.

No es de extrañar entonces que lo que sucedió a renglón seguido me causara una doble satisfacción.

20

Grupo salvaje (The Wild Bunch)

Sam Peckinpah, 1969

Cuando el ferrocarril alcanzó el Far Wild West, el mundo de los *cowboys* se tambaleó. De aquel artefacto humeante descendieron bien trajeadas la modernidad y la ley; a partir de ese instante, el código que regía la vida de las praderas, la libertad, dejaría de estar vigente. El lejano y salvaje Oeste no lo era tanto ya. Se encontraba al alcance del Este y bajo el imperio de su ley.

Grupo salvaje es un wéstern crepuscular, un subgénero del wéstern clásico —la épica aventurera de John Ford y John Wayne— que describe cómo los vaqueros afrontaron su ocaso rebelándose a no perder, por culpa del maldito ferrocarril, su derecho a sobrevivir si desenfundaban el Colt antes que su rival. En la cinta de Sam Peckinpah se plasma crudamente cuál fue la reacción más común de aquellos hombres desplazados por el supuesto progreso: la violencia. No descubro nada si afirmo que *Grupo salvaje* es una elegíaca deconstrucción de la violencia jalonada por 3.462 cortes, tres veces la media de una película —sostenía Hitchcock que los cortes son lo que aporta emoción a un metraje—. Tampoco si señalo que en los créditos de apertura se le anticipa al espectador de qué va la historia: el paso a caballo de los protagonistas —aunque visten el uniforme

del Ejército americano, son perspicazmente presentados como forajidos— llama la atención de unos niños mexicanos que, risueños, juegan a ofrecer un par de escorpiones a una marabunta de hormigas rojas de fuego —*Solenopsis invicta* es su escalofriante nombre científico—; cuando, poco después, los protagonistas cabalgan de vuelta otra vez por allí, los niños están dando fuego a los escorpiones y las hormigas. Todo esto ha sido ya observado por otros, yo solo quiero escarbar en esa delectación morosa de la violencia: bajo ella, se trenzan unos excepcionales vínculos de camaradería. Es un sello recurrente en el cine de Peckinpah, una visión poderosa de la amistad entre hijos de perra disimulada con nubes de polvo, efluvios de pólvora, prostitutas y lingotazos de whisky. «No importa que des tu palabra —le alecciona Dutch a Pike—, lo que cuenta es a quién se la das». Que se trate de lealtad entre ellos, la banda de forajidos —Pike, Dutch, los hermanos Gorch, Angel, Crazy, Buck y Sykes—, o de la lealtad de cada uno a la vida salvaje que no se resignan a que les arrebaten es indiferente. Los disparos por un amigo o por un ideal suenan igual.

ϒ

Al evocar mi incredulidad mientras veía en el monitor cómo pasaba el todoterreno por la pista forestal enfangada, no puedo evitar transportarme, una vez más, a esa digresión fílmica que tiendo a figurarme. La secuencia grabada era igual a la que mi imaginación fantasiosa habría superpuesto sobre los garabatos del Grillo, solo que tomada no a ras de suelo, sino desde lo alto del poste de teléfonos. El poste que dibujó en la cuartilla que nunca llegué a ver y terminó encestada en la papelera.

—Qué hijos de puta.

Disfruté con cada fonema que salió de mi boca; y apuesto a que ellos disfrutaron también: su teniente les había llamado

«hijos de puta» a la cara. A todos. Allí no faltaba ni uno, estábamos el Proa 5.6 al completo. Agolpados frente a un monitor conectado a una videocámara.

Entonces caí en la cuenta.

—Joder, por eso llegasteis tan tarde de la *topera*.

Tintín, el Nipón y Ederra me miraron como penitentes por fin redimidos.

—Mi teniente, la verdad es que no nos dio tiempo, lo dejamos a medio montar porque no teníamos bastantes baterías y tuvimos que volver por la noche… Una auténtica historia, la operación se acababa de pasar a los *chapas* y no sabíamos si ya habrían montado la vigilancia, si tendrían cámaras o gente desplegada…

—¿Cómo coño lo hicisteis?

—Aquí, el amigo —explicó Tintín señalando a Maisi— se nos disfrazó de *ninja*, reptó casi un kilómetro y trepó el poste enterito hasta arriba.

Estaba empezando a alucinar. Le pedí detalles a Maisi.

—Jefe, a mí de *nenico* ya me gustaba trepar por los *cejos*. Antes de venirme *paquí* fui al curso de montaña, pero me echaron, ya lo sabe, la lie por culpa de un *ejraciao, acho,* uno que se pasó una *pijá* conmigo y le di una *panzá* de hostias; que igual me pasé una *miaja,* lo sé… *¡Pijo,* que yo era un zagal, que estaba *rodrejo entavía!*

Huelgan explicaciones de por qué en los seguimientos tenía prohibido que abriese la boca.

—Y Ederra preparó unos nidos para ocultarlo todo —añadió Tintín.

—¿Nidos…?

—Nidos, jefe. De pájaro.

Nos descojonamos. Pero ellos no habían sido más que meros soldados. Igual que haría un fiscal sobre el reo, posé mis ojos en Carvajal.

—Yo me enteré anoche, le doy mi palabra.

Si no había sido él, solo podía ser…

—Fui yo, mi teniente. —El Grillo se adelantó a mis deducciones poniéndose en pie—. Se me ocurrió a mí la idea de colocar la cámara. No merecíamos que nos quitasen la operación. Nos habíamos dejado el alma. Usted sabe que la operación era nuestra, que la ubicación del buzón la había pasado una fuente de la Guardia Civil y que la historia de los *chapas* fue solo un puto ataque de celos con un montón de mentiras. No podemos depender de unos políticos que…

—Vale —le corté. Podría haber agregado que no podíamos depender del maldito ferrocarril. Pero nadie lo habría entendido.

—Asumo la responsabilidad —continuó—. Métame un huevo por lo que sea, lo acepto, pero no por esto. Ahora, si quiere, saco la fusca y pego un disparo al aire, decimos que estaba limpiando el arma y se me ha escapado un tiro. *Corríjame* con una falta muy grave por torpe. Pero no quememos lo que tenemos.

Vinieron a mi memoria las palabras de Carvajal. «No están acostumbrados a obedecer: solo a hacer lo que deben».

—Jefe, mire. —El Grillo reclamó mi atención sobre el monitor.

Rebobinó las imágenes hasta congelarlas sobre un fotograma del vehículo y lo amplió con el *zoom*. Era un Lada Niva blanco. Entre las manchas de barro que cubrían la carrocería, se intuía el inicio de la matrícula: «BI-…».

—Joder… ¿Habéis comprobado cuántos salen *por máquina*? —Empleábamos esa expresión para referirnos a las bases de datos.

—Nueve.

Una cifra así debería haber ido acompañada de algún signo de abatimiento; en la expresión del Grillo, sin embargo, no

había nada parecido al desánimo, más bien lo contrario. Obviamente, se me escapaba algo.

—¿Y cómo lo vamos a hacer? ¿Cómo vamos a controlar a los nueve? Os recuerdo que en el grupo somos catorce, conmigo quince, y tenemos siete vehículos, y que para seguir a un objetivo hacen falta mínimo tres coches y seis personas. Por no recordaros también que tenemos cuatro teléfonos intervenidos que hay que escuchar sí o sí, eso son dos hombres menos por día.

No me prestaron mucha atención, estaban pendientes del Grillo. Había ampliado más la imagen y señalaba un punto de la pantalla: junto a las letras de «Lada», se distinguía una pegatina de Gestoras.

A su modo, Eduardo Chillida fue un rey Midas. Trocaba en arte todos los materiales: tierra, piedra, madera, hierro, hormigón… Los convertía en aullidos, en paz, en silencio, en aromas de océano, en banderas de libertad. La naturaleza díscola que lo diferenció del resto de los artistas empezaría a fraguarse cuando, sin tan siquiera alcanzar la veintena, abandonó sus estudios de Arquitectura para lanzarse a dibujar como loco en el Círculo de Bellas Artes de Madrid. «Yo dibujaba bien…, rápido y con demasiada facilidad». Los profesores les presentaban poses de tres minutos, en ese tiempo los alumnos a duras penas conseguían terminar un bosquejo; Eduardo despachaba tres o cuatro. Dibujaba y dibujaba hasta que inundó su cuarto de láminas, tantas que una noche no pudo dormir, la pasó en vela observándolas y se dijo: «Esto no puede ser arte, es demasiado fácil». Notaba que su mano «iba demasiado rápido y dejaba detrás a la cabeza y a la sensibilidad, a la emotividad y a todas las cosas que tienen que acompañar al arte». Entonces se le ocurrió dibujar con la mano

izquierda. «Así mi mano tendría que ir más despacio que mi cabeza y mi emotividad».

El artista donostiarra apostó por la amnistía de los presos de ETA del periodo franquista cuando, en 1976, diseñó un logotipo para el embrión de lo que tres años más tarde se convertiría en las Gestoras pro-Amnistía de la banda terrorista. No es menos cierto que Chillida se significaría posteriormente por su público desacuerdo con ETA, cuyas acciones calificaría de locura. Se me antoja que Eduardo dibujó aquel icónico logo con su mano derecha. Y que gran parte del pueblo vasco aprendió, poco a poco, con el pasar de los años, a dibujar con la izquierda.

21

En busca del arca perdida
(Raiders of the Lost Ark)

STEVEN SPIELBERG, 1981

Hoy esa tarea se la ventilan en cualquier serie de Netflix con una búsqueda en Google, si es que no la obvian los guionistas porque no contribuye a hacer avanzar la historia y aburre a la audiencia. Para nosotros el proceso no era tan fácil y, desde luego, todo menos tedioso.

Empezamos por consultar la base de Tráfico y obtuvimos los titulares de los nueve vehículos. Luego analizamos sus antecedentes. Dos de ellos tenían vinculaciones con el entorno *abertzale,* pero eso no determinaba ninguna línea de acción, era un simple dato: dos de ellos tenían vinculaciones con el entorno *abertzale*. Nada más. Los siete restantes podrían tenerlas también y no constar en las bases de datos —los *marranos* creían que sabíamos absolutamente todo de ellos, que teníamos registrada la totalidad de sus movimientos en exhaustivos ficheros…; en fin, siempre es bueno que el enemigo te suponga más fuerte de lo que eres—. De hecho, los siete titulares restantes podrían también ser colaboradores de ETA porque la banda, cada vez más, enrolaba en sus filas a individuos *limpios*, sin antecedentes. Además, existía otra posibilidad: que quien condujera el Lada Niva no fuese su

titular. Era un *modus operandi* bastante frecuente: un miembro liberado de ETA solicitaba el coche a una *captación* —alguien cuyos datos habían llegado a la banda como persona dispuesta a colaborar— y esta se lo prestaba desconociendo la finalidad para la que el etarra se lo pedía; si el miembro de ETA era un *legal*, un activista no fichado, el dueño del vehículo ignoraba incluso hasta la pertenencia a la banda del susodicho. Estas y más contingencias nos obligaban a abrir nueve líneas de investigación paralelas, todas con el mismo grado de intensidad. De entrada, nada podía darse por sentado.

El siguiente paso era peinar la zona en torno a los domicilios para localizar los Ladas. Y lo lógico era tomar como referencia la dirección que constaba en la base de Tráfico. Ojalá hubiera sido así de sencillo. La dirección registrada no tenía por qué coincidir con la residencia real del titular del vehículo. Amén de otra miríada de variantes, la pesquisa podía conducirnos al domicilio paterno, a un piso alquilado o a una de las múltiples propiedades inmobiliarias del titular. Debíamos recurrir entonces a la consulta del censo, ofrecía mayor fiabilidad a la hora de determinar el domicilio más reciente de un individuo. Y ahí surgía un nuevo problema: no teníamos acceso al censo. La ley —así, en abstracto, como cuando se habla de la estupidez— no nos permitía consultarlo. La misma ley que sí se lo permitía, cual derecho intrínseco emanado de su legítima representación popular, a los partidos políticos. Es decir, la Guardia Civil no podía consultar el censo; Herri Batasuna sí. Hablo del partido político que jamás condenaría la violencia de ETA, que la homenajeaba en sus mítines, que incitaba a sus votantes a integrarse en la banda, que presentaba en sus listas electorales a *históricos* pistoleros, que vio cómo un buen puñado de su militancia terminaba entre rejas por colaborar con los terroristas; hablo del partido político para el que ETA pediría no pocas veces el voto, y que gracias al empeño de unos

sesudos guardias civiles, fiscales y jueces, fue finalmente ilegalizado en 2003 por el Tribunal Supremo para, justificaba el auto, «preservar la democracia en España».

Con todo, al final conseguíamos acceder al censo —siempre había personas *comme il faut* que ejercían la política por vocación, no por necesidad—. Entonces desplegábamos las pilas de papel continuo, aquella hoja doblada sin fin que escupían las impresoras de líneas, y nos dejábamos unas cuantas dioptrías comprobando a pelo los cientos de miles de registros. Así dimos con los, teóricamente, domicilios de los objetivos: Otxarkoaga, Deusto y Zorroza en Bilbao; Arrigorriaga, Ermua, Mundaka, Karrantza, Plentzia y Lekeitio en la provincia.

Localizamos los Lada Niva de Zorroza, Arrigorriaga, Mundaka, Karrantza y Lekeitio; ninguno tenía la pegatina. Dar con ellos nos llevó unos cuantos días sin pisar apenas La Salve, yo me dejaba ver algo más para que el comandante no sospechara; íbamos por parejas, conducíamos sin parar día y noche; cuando se te cerraban los ojos, el compañero te relevaba al volante y echabas una cabezadita en el asiento del copiloto o, si estabas de verdad roto, te dormías un rato en el asiento de atrás. La consecuencia de esa paliza de kilómetros, aparte de las ojeras cadavéricas del personal, fue que a la semana se nos había agotado el fondo de gasolina, el cupo que teníamos adjudicado por grupo. Casi nunca nos llegaba para el mes entero, se terminaba bastante antes, y entonces debíamos solicitar una ampliación que alcanzaba solo para unos días más, tras los cuales no nos quedaba otra que poner dinero de nuestro bolsillo —que es lo que nos tocó hacer para localizar los Ladas—; a veces, incluso, salíamos de servicio con nuestros vehículos particulares para que en los oficiales no se descuadrara excesivamente el kilometraje con el consumo de combustible pagado de nuestro peculio —que es lo que

hicimos, igualmente, para buscar los malditos Ladas—. Y mientras recurríamos a esas quijotadas, los políticos se rodeaban de micrófonos para lanzar soflamas a la ciudadanía: con énfasis, manifestaban que «el terror de “los violentos” no triunfaría porque el Estado estaba poniendo todas sus capacidades y esfuerzos al servicio de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad».

Nos quedaban aún cuatro Ladas por localizar. No aparecían, no había manera. Los motivos podían ser varios: una avería que mantenía al vehículo en el taller, un viaje, un error de la base de datos, a saber. En ese punto de la investigación necesitábamos la fotografía del titular. Solo así podíamos identificarlo, seguirlo y resolver el misterio de por qué narices su coche no estaba nunca en los alrededores de su domicilio; un misterio que por lo general tenía un desenlace prosaico, como que el coche dormía en un garaje; aunque no escaseaban las veces en que la explicación se prestaba al cotilleo, si quien usaba el vehículo resultaba ser, por ejemplo, la querida o el querido del titular —en una investigación se encuentra de todo, pues de todo hay en la condición humana, pero es virtud del investigador valerse únicamente de los datos que afectan al caso; doy fe de que este postulado deontológico nunca se vulneró—. El problema —van unos cuantos ya— era que tampoco teníamos acceso a la base del DNI, un monopolio exclusivo de la Policía. Si necesitábamos la fotografía de un objetivo, debíamos solicitarla oficialmente, y la experiencia nos demostraba que al cabo de un tiempo, *casualmente*, agentes del Cuerpo hermano se ponían a investigarlo en paralelo. Así que nunca hacíamos peticiones puntuales, por más que insistiesen desde el ministerio. Nuestras solicitudes solían ser listados de un par de folios, de los cuales solo una o dos personas nos interesaban realmente. En esa ocasión les mandamos un fax de tres hojas.

Ya con las fotografías del DNI, averiguamos, por fin, que el Lada Niva de Otxarkoaga pasaba sus noches en un garaje y sus días en un polígono de Zamudio, donde su titular trabajaba de 8:30 a 18:00 horas, y que el Lada de Plentzia no era blanco sino verde botella, a juego con la chaqueta austriaca del dueño —que un vehículo se registrase con un color no implicaba que ese fuera el actual; lo colegimos los novatos, los veteranos lo volvieron a recordar—. Ninguno de los dos tenía la pegatina. Solo nos quedaban el de Ermua y el de Deusto. En el domicilio de Ermua habitaba un anciano rodeado de gatos. Su edad avanzada no le eximía de nuestras sospechas; sí lo hizo el hecho de que comprase todos los días, religiosamente, *El País*. En Deusto, K. A. A., titular de nuestra última chance, se movía con una vespino que aparcaba frente al portal de su bloque, en cuyo garaje nos cercioramos hasta tres veces de que no había ningún Lada. Ni blanco ni verde botella ni de otro color.

—Jefe, lo tenemos. Dios, qué pegatina más bonita.

Era un sábado por la mañana, el primer sábado que pudimos seguirlo —después de casi un mes dispersos en la búsqueda de los nueve Ladas, ya centrados en un solo objetivo, por fin disponíamos de los suficientes recursos para someterlo a un control permanente—. Había cogido su vespino y se había subido a Artxanda. Allí tenía un pequeño huerto, uno de los muchos que tapizaban exóticamente la falda del monte; esos huertos eran el contrapunto apocalíptico al paisaje metropolitano de Bilbao. Guardaba el Lada bajo un chamizo techado con uralita, joder, qué cerca lo habíamos tenido siempre, desde allí se distinguían los tejados del cuartel de La Salve. En cuanto me llamaron, corrí a verlo, como un niño la cabalgata de Reyes. Solo tuve ojos para la pegatina. La contemplé absorto, deleitándome en el audaz diseño de

Eduardo Chillida. Me dio por pensar que las Gestoras pro-Amnistía eran afortunadas, tenían una razón de ser. Podían reclamar la libertad de sus presos. Nosotros, de habernos organizado igual de bien que ellos, habríamos fracasado. Unas Gestoras pro-Resurrección no habrían llegado muy lejos.

22

La vida de los otros (Das Leben der Anderen)

FLORIAN HENCKEL VON DONNERSMARCK, 2006

Alquilamos un piso en el barrio de Deusto, frente al portal donde vivía K. A. A. El contrato lo firmó la Nipona, la chica del Nipón. En Japón tal vez no pasaran por autóctonos, pero entre caucásicos sus miradas rasgadas desentonaban lo suficiente como para adjudicarles esos motes. La Nipona era bilbaína, de apellidos vascos, y se vistió adecuadamente para la ocasión, porque su estilo habitual era un tanto *borroka*, más propio de las *herriko tabernas*. La Policía llevaba un férreo control de los alquileres y ninguno del Proa 5.6 podíamos figurar como arrendatario, no habrían tardado mucho en darse una vuelta a olisquear. Por el mismo motivo, tampoco nos servían las documentaciones ful. La Nipona lo hizo muy bien. Tenía ese desparpajo natural de los de Bilbao.

—Soy fotógrafa, me gano la vida con *books* para modelos, eh…, muestrarios, muestrarios de fotos —aclaró al advertir el ceño interrogante de los dos ancianitos—. Bueno, modelos modelos no son, más bien futuros modelos; también hago reportajes de bodas, comuniones… Trabajillos de andar por casa, voy tirando; no me hago rica, pero no se preocupen, que para pagarles el mes me llega de sobra. —Sonrió y les hizo sonreír—. Necesito el piso para montar un pequeño estudio.

Ruido, ninguno, no se preocupen; el clic de la cámara mientras trabaje y después nada, me encanta el silencio, practico yoga, ¿saben? Y los muebles, por mí están bien; traigo muy poca ropa porque no soy presumida, para nada; lo único así, traeré mis cámaras y los equipos.

No nos quedó más remedio que firmar por tres meses y dejar uno de fianza, en eso la pareja de ancianos no dio su brazo a torcer. En otras circunstancias, lo habríamos pagado con fondos reservados que yo habría solicitado al comandante Fidel. En la coyuntura más bien clandestina de ese caso, la única solución era pagarlo de nuestros bolsillos. Nos la estábamos jugando. Yo sobre todo, que era el jefe.

Lo más complicado fue organizar los relevos. La media de edad de la comunidad de vecinos rondaría los setenta, por lo que un trajín de jovencitos entrando y saliendo del apartamento de la nueva inquilina habría dado rienda suelta a los cuchicheos: «Ahí trapichean con drogas», «Menuda fresca la fotógrafa esa»... La comidilla del ascensor habría ido *in crescendo* y, más pronto que tarde, una llamada anónima habría alertado a la Policía de «movimientos extraños en el 4.º derecha». Así que optamos por turnos de dos días, lo cual reduciría la frecuencia de los relevos, que se realizarían además bajo cobertura y a horas de poco tránsito de vecinos.

Al igual que cuando montamos el servicio de la *topera*, me metí en el primer turno. Y al igual que entonces, Carvajal insistió: «Un jefe no puede hipotecarse de esa manera, debe mantener su libertad de acción». Tenía razón. Pero no le hice caso. Si íbamos a estar un mes a piñón en el piso, yo tenía que comerme al menos un turno para calibrar la dureza del servicio y medir los esfuerzos. Los chavales del 5.6 —Carvajal me había pegado esa expresión tan bilbaína, ¡y yo era igual de crío que ellos!— eran como los buenos caballos, habrían galopado hasta reventar, sin un relincho, sin un solo resoplido. Era mi

obligación de buen mayoral evitarlo.

Entramos en el piso de madrugada. Los equipos estaban instalados desde la tarde anterior, así que fue llegar y sentarnos a mirar. Solo se trataba de eso: observar con las cámaras, anotar movimientos y avisar si K. A. A. salía o entraba de su portal. Al llegar la noche decidimos que la haríamos a medias, lo echamos a los chinos y me tocó relevar al Txaku a las tres. Disfruté de mi imaginaria. Allí abajo no se movía un alma. Me gustó esa paz, la quietud de las luces reflejadas en el asfalto mojado, la sensación de velar por un mundo más justo. Acompasé las vueltas en mi cabeza al ritmo de las vueltas a mis cafés.

Es como esos pasatiempos de encontrar diferencias entre dos imágenes aparentemente iguales. Primero, necesitas *dibujar* la vida del objetivo con trazos exactos y la máxima filigrana, para lo cual empleas la vista y el oído. De vista, íbamos más bien sobrados; los teleobjetivos nos permitían leer los nombres del portero automático del portal de enfrente; y la grabación permanente de vídeo nos permitía congelar, rebobinar y visionar cualquier movimiento que no encajara en la rutina del portal. De oído, en cambio, estábamos más sordos que un gato de porcelana. Una vigilancia debe apoyarse en la información de una escucha; un teléfono aporta datos preciosos sobre la agenda del objetivo, sobre sus movimientos, sobre sus relaciones. Sobre sus intenciones. Pero no podíamos solicitar una intervención telefónica —era una operación que nadie había autorizado, excepto yo, me repetía, no niego que acojonado—. Con vista de halcón y sordos como una tapia, también puede *dibujarse* la vida de un objetivo, solo que se tarda más; los dos sentidos a tope aceleran mucho el proceso, pero nosotros, insisto, solo disponíamos de uno, y de muy poco tiempo. En cualquier caso, una vez que el *dibujo* está terminado, hay que compararlo y comprobar si cada día es

igual o si presenta alguna diferencia, por pequeña que sea; de hecho, cuanto más sutil, más debe ponernos en alerta. Al igual que en los pasatiempos, las diferencias entre los *dibujos* eran las feromonas que nos disparaban la adrenalina.

La segunda noche el Txaku volvió a ganarme a los chinos y volvió a pedirse el primer turno. No sé qué coño pasó con la alarma de mi reloj, cuando me desperté eran casi las seis. El Txaku estaba sentado en su puesto observando los monitores. Acababa de prepararse un café.

—Buenos días, jefe, ¿quiere uno?

—Joder, Txaku, no he oído la alarma, ¿por qué no me has avisado?

—Usted habría hecho lo mismo conmigo, ¿no? Vigile un momento por mí.

Se levantó a ponerme un café. A *txakurra* leal no le ganaban. Era el más grande.

Tuvimos que contentarnos con un boceto a mano alzada. Y un boceto, como estadio preliminar de una obra perfeccionada, ofrece un sinfín de matices abiertos, rectificables, analizables. No fue fácil, no estábamos hechos al trazo de brocha gorda, éramos más de plumilla. Con todo, en muy pocos días nos percatamos de que no había diferencias entre los *dibujos* de K. A. A. Nuestro objetivo llevaba una vida monótona y aburrida. Joder. Constatar que era el paradigma perfecto del tipo gris nos puso a cien.

23

La noche del demonio (Night of the Demon)

JACQUES TOURNEUR, 1957

*N*unca había tenido nada serio con una mujer. Como si de una virtud ejemplar se tratara, me consideraba enamoradizo; lamentablemente, no era más que un romántico iluso, uno que confunde el flirteo con el amor. Lo que me sucedió con Eliana fue distinto. Era incapaz —lo sigo siendo— de llamarla por su alias, Gurene; lo encontraba muy sugestivo, pero algo me hacía llamarla Eliana, necesitaba sentir que ella era real… No voy a explicar en estas memorias atropelladas en qué consiste el enamoramiento. Para eso están los estudios de Ortega y Gasset, la didáctica de Ovidio, el abigarrado Oriente de Llop o los besos de Campari con aceituna verde de Delabroy-Allard. Para eso están el amor, las mujeres y la vida de Benedetti.

Fue el amor quien me susurró «Basta». Basta ya de entrar y salir separados de los restaurantes, de movernos como furtivos cada uno en su coche, de mirarnos con disimulo desde la acera de enfrente. Basta de ese síndrome de la Stasi. Teníamos que escapar de nuestro absurdo telón de acero. Cuando vi aquel maniquí en el escaparate, escuché ese «Basta». Crucé la acera, la cogí de la mano y la arrastré adentro. Era de esas *boutiques* en las que uno no pone los pies en la vida, salvo que esté enamorado hasta el tuétano y quiera regalarle a su chica el

vestido más bonito del cosmos. Salió de los probadores. No articulé palabra. Me decía, tan solo, que me casaría con ese ángel. Fuera, guarecido tras la vidriera, me pareció ver reflejado al demonio. Anochecía.

Pocos géneros cinematográficos soportan peor el paso del tiempo que el de terror. Y no porque nuestros miedos muten, no, no lo han hecho desde que Adán y Eva supieron de la presencia de la serpiente. La diferencia estriba en cómo nos lo presentan. Un susto de los años cincuenta no nos escalofría igual medio siglo después, ha perdido el *punch. La noche del demonio* es una excepción magnífica; como embalsamada por la bruma de su metraje, se diría que esta película apenas ha envejecido. El tema no es novedoso: el escepticismo de un sicólogo frente al paradigma más irracional de lo oculto: el demonio. Pero la aproximación de Tourneur a este clásico es sensacional. Igual que una elipsis lisérgica, envuelve al espectador en un mar inquietante de miedos, esos que de niños nos hacían dormir con la luz encendida.

Y ha resistido en el *top* de las listas de películas de terror pese al testarudo capricho de sus productores, empeñados en mostrar de entrada al demonio, lo que chocaba con la idea del cineasta francés de hacerlo aparecer solo fugazmente al final de la cinta, de manera que su existencia quedase suspendida en el aire —no es otro el pavor que el príncipe de las tinieblas suscita—. El demonio —bufo, por otra parte— hizo su aparición estelar, pues, a los pocos minutos del filme. Aun así, Tourneur logró mantener el mágico clima de misterio que rezuma su obra.

Sospecho que el guionista de mi película quiso hacerle un guiño a Tourneur. Personalmente, habría preferido ver a mi demonio solo al final.

—Dos en el piso y seis en los tres coches en zona, ocho; más un coche de apoyo con otros dos, diez; luego están los dos de escuchas que hay que dejar en el *pasillo,* eso hacen doce. Quedan dos; uno tú, jefe, pero tú no cuentas, te puede llamar el *pito* en cualquier momento. Así que solo queda uno para atender las otras operaciones del grupo.

«Pito» quería decir comandante, del mismo modo que «carpeta» se usaba por capitán, «técnico» se empleaba en lugar de teniente y «sardo» significaba sargento. En el País Vasco no podías arriesgarte a que una palabra oída al azar te vendiese. Chorradas como esa habían terminado en el ataúd.

—Jefe —continuó el Grillo—, llevamos con esto apenas una semana, hasta la cita nos quedan aún tres. No podemos seguir así, vamos a terminar machacados y hay un montón de curro desatendido. Deberías contárselo a otro *técnico,* yo creo que a Santos, te llevas muy bien con él, ¿no? Necesitamos más gente.

—Pon otros dos, Fermín.

El Txarli estaba animado, era noche de Champions. Me preocupaban los comentarios del Grillo, por supuesto, pero no entraba en mis planes enmarronar a nadie más en aquello. Después de otro día sin nada que reseñar de K. A. A., dando vueltas por Deusto encerrado en el coche junto a la chimenea de puritos de Carvajal sin poder sacarme de la cabeza aquel demoníaco reflejo, yo estaba definitivamente a otra cosa.

—Y cóbrame todo.

Al fondo, Tintín, Peperolo, el Txiki y Ederra se batían a los dardos. Nos acercamos a verlos jugar.

—Acabo esta y le dejo mi sitio. Soy un *negao,* a mi pareja la tengo *cabreá* como una mona —me dijo el Txiki fracasando en su enésimo intento de no evidenciar su dicción andaluza.

—Si es que con esa cara de crío no le tenían que dejar jugar a los dardos, esto es un juego de adultos. Mírelo, el *txikillo* de Córdoba, ¡un flamenquín cordobés! —se guaseó Peperolo.

Sonreí, aunque no pude evitar que se me escapara un bostezo. Me moría de sueño. Trabajaba de sol a sol, igual que ellos. Pero de noche yo dormía muchísimo menos. Y no tenía que ver con K. A. A. Más allá, donde el local se oscurecía, el capitán Tirado, de Especiales, le soltaba su retahíla de chistes picantes a Eliana.

ϒ

Pasada la medianoche, Eliana trató de excusarse; al día siguiente madrugaba.

—¿Sabes por qué los capitanes tenemos tres estrellas y los tenientes solo dos? Porque follamos mejor.

Como un flexo de intenciones babeantes, Tirado encorvó su desgarbada y enjuta figura sobre ella. Convencido de que había sido otra más de sus gracias, la observó esperando una carcajada. No llegaba a plantearse, ni por asomo, que había soltado una grosería, que podría haberla humillado. Su postín chabacano estaba hecho a soeces conversaciones de pago; más que la risa de Eliana, probablemente esperase un «¿Por qué no lo comprobamos?».

—Tengo que irme…

—Te sentaba muy bien ese vestido, mejor incluso que al maniquí… Pero yo te habría comprado algo de lencería —susurró impregnando los rizos de Eliana de un aliento pastoso a cerveza caliente.

—Buenas noches, mi capitán.

Los de Especiales tenían su base en Madrid, pero siempre estaban *arriba*. Llevaban las fuentes y las operaciones al *otro lado* —también empleábamos la misma expresión que ETA para referirnos al país vecino—; sobre el papel, eran sus cometidos.

Su verdadera misión, sin embargo, no era otra que enterarse de todo. Sí, a eso se dedicaban en «la Unidad» —abreviación que ellos preferían a la sigla USE, Unidad de Servicios Especiales—. Y tan inabarcable misión los obligaba a pasarse la vida en Intxaurrondo, La Salve y la avenida Galicia, en Pamplona, ese era su orden de preferencia —Sansomendi, en Vitoria, solía quedarse en pernocta o mera visita de paso—. Viajaban en parejas, de lo poco en que respetaban la ortodoxia de la Guardia Civil, pero últimamente, evidenciando que prefería la soledad a la compañía del bueno de Miguelón, Tirado venía solo a Bilbao. Era de esos charlatanes graciosos que caen bien; a mí nunca me inspiró confianza. Demasiada chanza para un drama tan próximo y cotidiano.

Cuando Eliana me contó lo sucedido esa noche en el Txarli, confirmé que era él: mi demonio. No sé qué habría pasado de habérmelo dicho antes. Me lo escupió a gritos huracanados —como su éxtasis— bastante tiempo más tarde, una noche de luna rotunda en la playa de Bakio. Para entonces, el derrumbe de mi castillo de naipes era ya irreversible. Terminaría por sepultar a mi reina de corazones.

24

Luz que agoniza (Gaslight)

GEORGE CUKOR, 1944

Me venía a la mente la imagen de Campesinos jugueteando con su guardia de goma en las manos. Por hacer lo que él creyó «su deber» había terminado en la cárcel. El deber, ¿quién lo dictaba? ¿La ley? ¿Qué ley? ¿La que arranca aplausos en un parlamento o la que rige en silencio la conciencia del hombre? Yo me debía a mi comandante, mi deber era contarle todo antes de que la operación se me fuera de las manos, a sabiendas de que implicara su cierre; sin entrar a considerar la bronca que me caería, o algo bastante peor. También me debía a mis guardias, sentía que a toda costa había que continuar con la operación; de alguna manera, a este compromiso se agregaba la memoria de los compañeros caídos. Si en una sesión de terapia tuviese que hablar de ello tumbado sobre un diván, diría que tenía que ver con pulsiones románticas, una revolución desde abajo, un 2 de mayo copado por pechos humildes de guardias civiles ofreciéndose generosamente ante las bocachas etarras; una gesta que ningún Goya de la época tuvo el coraje de eternizar. Supongo que la historia está llena de páginas como esas, de grandes lienzos en blanco y enormes piedras sin esculpir, y supongo que me seducía la idea de abrazar una causa sin obras maestras en los museos ni estatuas

coronando las avenidas.

Dudaba. En mi condición de oficial —«de West Point», solía apostillar Carvajal mitad con sorna, mitad con cariño—, proceder sin permiso del mando suponía faltar a la lealtad que desde 1844 apuntalaba el armazón de la Guardia Civil. ¿Habría aceptado que mis guardias actuasen a mis espaldas como yo lo hacía a las de mi comandante? ¿En qué momento una deslealtad «con la mejor intención» deja de serlo?

—Que no tenemos nada, Carvajal. He llegado a pensar que todo ha sido casualidad, que este tío pasaba por allí con su Lada justo el día en que se descargó el buzón, ya está, pura coincidencia. Deberíamos planteárnoslo seriamente… Este no tiene nada que ver con ETA.

—Joder, jefe, diluviaba; nadie pasa por esa pista con un tiempo así a no ser por una razón muy concreta. ¿Qué venía, de coger setas? Le recuerdo que aquello se estaba inundando.

—¿Y si no conducía él? ¿Y si solo le dejó el coche al comando?

—Entonces se comerá colaboración con banda armada; cinco añitos en el mejor de los casos. Este tío es infraestructura de apoyo del comando Bizkaia, créame, he visto un montón como él, tiene todas las papeletas. Si no llegamos a tiempo y los *chapas* terminan *cubriendo* la cita y logran pillar al comando, se pondrá nervioso e intentará huir. Ahí es cuando lo detenemos. Así de sencillo.

—¿Y qué le diremos al comandante? ¿Que hemos trincado a un tío porque se ha puesto nervioso? Si al final vamos a detenerlo, habrá que contarlo todo, desde el principio. Nos tocará blanquear toda la operación. Con lo cual, llegamos al punto de partida. Es mejor hacerlo ahora, Carvajal, tengo que decírselo al comandante. No hay otra.

Lo dejé en la barra del Txarli. Sobre su cabeza parecía flotar un bocadillo en forma de nube conteniendo su inconformismo: «Usted manda».

Fue uno de los peores silencios de mi vida. Duró lo que el ritual del pitillo. Sacarlo de la cajonera, dejarlo sobre la mesa, anotar el correspondiente palote —era el segundo del día, me preguntaba cómo afectaría a su reacción un nivel tan bajo de nicotina en sangre—, encenderlo con el fósforo e inaugurarlo con la ceremoniosa calada. Mientras procedía con su liturgia, llegué a oírle los pensamientos: «Qué falta de lealtad, no sé qué coño les enseñan en la academia, pero, desde luego, no lo fundamental. Tanto Derecho y tanta Criminalística, y de valores, nada de nada».

—¿Qué se supone que tengo que hacer ahora contigo?

—*Corregirme,* mi comandante —no dudé en responder acatando su autoridad para arrestarme.

Pausadamente, apoyó el cigarrillo en el cenicero.

—Se me ocurren varios artículos en el régimen disciplinario donde encajaría —añadí.

—En el Servicio de Información no *corregimos* a nadie. Si la cagas, te vas.

Un escalofrío me estremeció. El sueño de mi vida, Información en el norte, echado a perder. Por no hablar del escarnio profesional. Pasaría el resto de mi carrera, allá donde fuera, con una equis pintada en la espalda, como un apestado del que todos se apartan.

—Desmontad ahora mismo el piso y retirad los coches que tengáis en la zona, paradlo todo. ¿Me has entendido con claridad o vais a dejar otra vez una cámara camuflada en a saber dónde desobedeciendo mis órdenes?

Me costaba mantenerle la mirada. Hacerlo con firmeza y

sinceridad era, no obstante, la única forma de expresarle que podía seguir contando conmigo.

—Y bájame ahora mismo todo lo que tengáis. Informes, fotografías, cualquier cosa que tenga que ver con la operación… ¿Cómo la habíais llamado?

—Farol.

—Farol…

—Una chorrada, mi comandante… Después de haber tenido que pasarle el buzón a la Policía nos sentimos como…, como que nos habíamos quedado a oscuras… La grabación del Lada nos pareció un farol que nos alumbraba otra vez; ya le digo, una tontería.

Estrujó el cigarrillo en el cenicero con movimientos de cámara lenta.

—En cuanto me bajes las carpetas, voy a pasarle toda la información a Vives. Tu operación Farol —remarcó el nombrecito— es parte de Urkia, y Urkia es una operación de la Policía, te lo recuerdo. Lo ordenó el gobernador civil de Vizcaya. Las órdenes hay que cumplirlas, mi teniente.

—A sus órdenes, mi comandante.

Salí del despacho reparando en que no había movido el bigote en ningún momento. Ni un solo pelo. Y en que, aparte de la calada inicial, no había tocado su cigarrillo. En la piedra de Rosetta de sus particulares hábitos, semejante conjunción de señales solo podía traducirse como «gran decepción».

25

Sospechosos habituales (The Usual Suspects)

BRYAN SINGER, 1995

Para las 8:00 la mayoría de los vecinos ya había salido. El más tempranero, el del 2.º C, abandonaba el portal sobre las 6:50 en dirección a su oficina de la Babcock & Wilcox en el puerto de Bilbao. El menos madrugador, el abogado del bufete de Colón de Larreátegui, con su fedora lloviese o no, lo hacía alrededor de las 9:10; también era el que regresaba más tarde, nunca antes de las 20:14. K. A. A. solía salir de su domicilio entre las 7:41 y las 7:49, e iba caminando a un taller de artes gráficas en la calle Jon Arróspide, donde trabajaba como diseñador; permanecía allí hasta las 16:30, media hora arriba, media hora abajo; de vuelta, a veces pasaba por el Eroski a por lácteos, fruta, pescado fresco y pipas, era un devorador compulsivo de pipas. Aparte del trajín de las amas de casa —colegios y compras—, no había muchos más movimientos. Era toda una suerte que en el bloque no hubiese ningún dentista o despacho profesional, porque la clientela habría complicado la vigilancia. El cartero pasaba días alternos; los de Bilbogás de vez en cuando para reponer bombonas, y algunas mañanas un chavalito buzoneaba propaganda —de Telepizza, de un telechino y del Círculo de Lectores.

Nuestro dispositivo se centraba en los movimientos de K. A.

A. Pero no descartábamos nada. ETA era una organización estructurada y hermética que paradójicamente se valía de canales de comunicación desestructurados y, *a priori*, permeables a la acción policial. Nada más alejado de la realidad: esos canales eran una nebulosa tan evanescente como impenetrable.

El mejor paradigma de esta singularidad era la forma de pagar el denominado «impuesto revolucionario», eufemismo que ETA empleaba en lugar de «extorsión». En las cartas que remitían a los empresarios les indicaban que para abonar a la banda la suma exigida debían dirigirse a «los círculos *abertzales* habituales», con discreción extrema y absteniéndose de informar a la Policía. Y ¿qué eran «los círculos *abertzales* habituales»? Buena pregunta. Un abogado de Gestoras, un liberado de LAB, el camarero de una *herriko*, todos podían serlo en potencia. Cualitativamente, cualquier allegado al MLNV. [17] Cuantitativamente, unos doscientos mil sujetos: *grosso modo*, la masa de votantes de Herri Batasuna y sus herederas.

ETA también empleaba esa nebulosa como vía alternativa para comunicarse con los comandos cuando daban los buzones y los enlaces por *quemados*. Un caso ilustrativo era la huida a Francia de terroristas que tras una operación policial se *chapaban* en el piso de un colaborador; preparar el paso al *otro lado* desde allí, encerrados a cal y canto, con toda su infraestructura caída, sin posibilidad de comunicarse con la dirección de la banda, era una complicada tarea para la cual no pocas veces recurrían a «los círculos *abertzales* habituales». Cómo explicarlo, funcionaba como eso que los físicos denominan «el caldo cuántico», una maraña de partículas que, bajo un caos de órbitas, desvanecimientos y apariciones, esconde un propósito. Ese carácter impredecible del funcionamiento de ETA nos obligaba a no descartar nada. Nunca.

Llamó a varios pisos en el portero automático hasta que alguien le abrió, y entró y salió del portal en apenas un par de minutos. No era el chico que solía buzonear propaganda. Era bastante mayor, de unos treinta y pico.

—¿Has visto a ese? —le preguntó Eliana al Txaku.

—Estaba recogiendo las cintas de vídeo…

—¡Baja corriendo a ver si lo pillas, ha entrado y salido muy rápido! Llevaba una cazadora vaquera…, rebobino y te paso detalles. Aviso por radio para que no desmonten aún.

En cuanto el Txaku salió a la calle, barrió con la vista la acera de enfrente, después la suya. Ni rastro del tipo. «Cazadora vaquera y pantalón negro, pelo corto moreno, bastante alto; ha salido hacia Sarriko», le informó Eliana por el auricular. Observó durante unos segundos los vehículos aparcados. Nadie dentro de ellos. Cruzó la calle y abrió con llave el portal —por supuesto, teníamos varios juegos de copias —, fue hasta los buzones y abrió el de K. A. A. —teníamos llave también—: un folleto del Círculo de Lectores y un sobre cerrado sin remitente; en su anverso, escrito a mano: «Lada».

> *Kaixo, lagun*:
>
> Tienes que avisar urgente que el b. está quemado, cancelamos la entrega.
>
> La retrasamos una semana, misma hora pero cambiamos de sitio, donde la primera vez.
>
> GORBEIA
>
> *JO TA KE IRABAZI ARTE!*[18]

Sentí la fotocopia pegada a mis dedos, el sudor frío me encolaba al papel como un bucanero a su cofre. Frente a mí, el Txaku se encogió de hombros y arqueó las cejas; a la misma expresión, Eliana añadió el sonrojo de sus mejillas. Me miraban igual que unos niños satisfechos de su travesura.

Bajé a zancadas las escaleras y enfilé a la carrera el pasillo de

la plana mayor de la comandancia. Llamé a la puerta y no esperé ninguna respuesta para irrumpir en el despacho del comandante Fidel.

—Perdone que me presente así —me disculpé jadeando.

Justo estaba colgando el teléfono. Las carpetas con la documentación de Farol que le había bajado a primera hora habían desaparecido de su escritorio. ¿Llegaba tarde? Me lanzó una expresión de pocos amigos.

—Mi comandante, mire esto.

Sostuvo la fotocopia en el aire y la leyó. Me observó. La releyó. La apoyó en la mesa y me apuntó inquisitivamente con los bigotes.

—Estábamos desmontando el piso… Di la orden esta mañana, en cuanto salí de este despacho, palabra —aclaré antes de que desconfiara; motivos le había dado—. Mientras lo recogíamos todo, Eliana se fijó en un tío que entraba y salía muy rápido del portal…

Le expliqué cómo el Txaku se hizo con el sobre y se lo llevó a nuestro piso, y allí, entre él y Eliana, lo abrieron con vapor de agua y una navaja —ninguno tenía formación especializada en censura de documentos; les sonaba de haberlo visto en películas de espías, explicaron tan panchos—. Y cómo luego hicieron una copia con la fotocopiadora portátil que nos habían dejado los del GAR, introdujeron el original en el sobre, lo cerraron con un poco de goma arábiga —no supe explicarle de dónde narices la habían sacado— y lo depositaron de vuelta en el buzón de K. A. A.

—No he conseguido hablar con Vives, está en una reunión en Madrid… —me informó el comandante—. Acabo de mandar a los de Incidencias a la Jefatura de Policía para que entreguen las carpetas de Farol a su segundo. Sal corriendo y que los avise el COS, que vuelvan inmediatamente. Por si acaso, manda tú un coche a Indautxu. Rápido, no vaya a ser que no oigan la

radio.

Efectivamente, los de Incidencias no oyeron los mensajes que les reiteraron desde el COS —para llevar unas carpetas desde el cuartel de La Salve a la comisaría de Indautxu, quién necesitaba encender la emisora, en fin—. Pero Mikel los cazó a mitad de camino. Sobre el asfalto, Mikel Schumacher no tenía rival.

26

La sombra de una duda (Shadow of a Doubt)

ALFRED HITCHCOCK, 1943

Tras la euforia, llegó el bajón. Si habían dado el buzón por *quemado* —como nos veníamos temiendo desde la *performance* de los Manolos—, toda su infraestructura relacionada estaba *quemada* también. En ese aspecto, ETA exhibía una disciplina extrema y, ante un incidente de seguridad, invariablemente se protegía con profusos cortafuegos cautelares. *Ergo*, el Lada Niva debería de estar *quemado* también. ¿Por qué habrían recurrido entonces a intentar comunicarse con el comando a través de K. A. A., el propietario del Lada?

Antes de pasar al *interior* —expresión de la banda para no mancharse los labios pronunciando «España»—, el responsable del aparato militar solía acordar con los comandos algún mecanismo de comunicación alternativo, al margen de correos y buzones, ya fuera por inoperatividad de estos o por razones de urgencia —sin necesidad de acudir a «los círculos *abertzales* habituales» que siempre estarían ahí como última opción.

Uno muy socorrido era el diario *Egin*. En su sección de clasificados Merkatu Txikia y sus Agurrak,[19] a menudo se intercambiaban mensajes entre los comandos y la dirección etarra mediante frases en clave prestablecidas; por ejemplo, los tristemente conocidos *txoria askatu*, libera al pájaro, y *txoria*

bota, dispara al pájaro, que debían haberse publicado para ordenar al comando Gohierri la liberación o el asesinato de Ortega Lara —su rescate por la Guardia Civil tras 532 días de cautiverio en un zulo, otro malabar léxico de ETA, este para sortear la palabra «mazmorra», ahorró la tinta de uno de esos mensajes a las rotativas de *Egin*.

En la operación Farol nuestros analistas rastrearon el *Egin* infructuosamente. La hipótesis que cobró peso entonces fue suponer que la dirección de la banda había agotado sus canales de enlace: por eso recurrían a K. A. A. La jugada de ETA era ingeniosa: no solo advertían del peligro tanto al comando como a K. A. A., también se aseguraban de que el mensaje le llegase al comando sin ponerlo en riesgo. Efectivamente, era probable que K. A. A. tuviese a la *txakurrada* tras él, pues su Lada se había empleado para ir al buzón *quemado*, pero la banda podía dormir tranquila, nuestro objetivo no tenía acceso inmediato al comando —los contactos se establecían de arriba abajo, una manida pero eficiente medida de seguridad—; en otras palabras, a través de K. A. A. la *txakurrada* difícilmente podría llegar a los terroristas. Sin embargo, a pesar de no poder contactar directamente con el comando, K. A. A. se las arreglaría para entregarles la nota… a través de «los círculos *abertzales* habituales».

Así que, aunque intervenimos su teléfono —lo hicimos con carácter de urgencia; en la Audiencia Nacional contábamos con la ayuda irremplazable de dos enlaces, Faustino y Hernando, unos auténticos *cracks*—, sabíamos de sobra que K. A. A. no emplearía la línea telefónica para transmitir el mensaje, sino la nebulosa desordenada e impenetrable. Así fue.

Al día siguiente de recibir la nota en su buzón, nuestro objetivo no regresó a casa después del trabajo. Pasó de largo su domicilio y fue paseándose ría abajo hasta el Casco Viejo. Allí entró en la sede de Gestoras y salió a los veinte minutos. Por si

hiciera falta explicarlo: esa era la oficina postal de «los círculos *abertzales* habituales».

Nos encontrábamos en un punto muerto del que se desprendía un desalentador corolario: sabíamos que iba a realizarse una entrega de material al comando Bizkaia, sabíamos incluso la fecha, pero no sabíamos dónde. ¿Moriríamos en la orilla?

El comandante Fidel decidió que el Proa 5.7 nos apoyara. «Hasta el rabo todo es toro, Queralt», me animó constatando su extraordinaria perseverancia. Me vino bien la inyección de moral, no había que tirar la toalla, seguiríamos a K. A. A. hasta agotar la más remota de las posibilidades. El refuerzo del 5.7 nos ayudó muchísimo, estábamos extenuados, y permitió que el personal descansara alguna tarde que otra. A la primera ocasión que se presentó, el Grillo propuso ir al gallego de Otxarkoaga, un tugurio donde servían un ribeiro muy turbio.

—Tengo un mosqueo de la leche, jefe.

Ya me había percatado. El Grillo no había tocado las tablas de pulpo y lacón y solo había dado un par de sorbos a su *cunca de viño.*

—Yo también.

Si Misko se sumaba, la cosa pintaba muy seria.

—¿Y tú, Viki? —lo interpelé; temía ser el único al que se le hubiera pasado por alto alguna obviedad.

—Yo solo me mosqueo con la parienta.

Sonreí y rellené las *cuncas*.

—Bueno, contadnos de qué va —pregunté erigiéndome en portavoz de la parte ignorante.

Misko y el Grillo intercambiaron miradas negociando quién disparaba primero.

—Es sobre el seguimiento del otro día, ¿verdad?

El Grillo asintió.

—El buzón está *quemado*. —Misko buscó mi confirmación—. O sea, que nuestro amigo también debería estarlo, y eso tendría que saberlo él, que para eso es *malo*. Y si sospechas que estás *quemado*… —invitó al Grillo a cerrar el enunciado.

—… no te paseas por la ría tan tranquilo con las manos en los bolsillos. Joder, jefe, no se paró ni una vez. Ni un rodeo, ni un vistazo atrás. Desde su trabajo hasta Gestoras, se cruza medio Bilbao, cuarenta minutos andando y no hace ni una pirula.

—Jefe, si crees que estás *quemado* no te mueves así: tomas medidas de contravigilancia —apostilló Misko.

—A no ser que seas un lelo —respondí.

—O no las necesites —me rebatió el Grillo, metió mano al lacón y vació de un trago su *cunca*.

27

La cosa (The Thing)

JOHN CARPENTER, 1982

No hacía falta que abriesen la boca, a simple vista distinguías al poli bueno del poli malo. Solo que, en su caso, no representaban ningún papel.

—Pon otra ronda, Fermín, y cóbrate.

El capitán Tirado dejó un par de billetes sobre la barra.

—La próxima es mía entonces —fue la réplica amable de Miguelón, superlativo no tan ligado a su corpulencia como a la rima con bonachón.

Antes de coger el dinero, Fermín preguntó:

—Puedo cambiar de canal si les molesta… —Aludía a un reportaje sobre la fuga de Roldán y su detención en Tailandia que en ese momento arrancaba en *Informe Semanal.*

—Para nada, Fermín —respondí al instante—. Ese ni fue guardia civil ni mucho menos nos representa.

—No podemos contarte más, Manel —retomó la conversación Tirado—. No hasta que el coronel llame a tu jefe; cuando él se lo adelante, te contamos el resto. Tranquilo, lo llamará esta misma noche.

Era muy típico de Tirado dejarte en ascuas. A los de Especiales les iba lo de jugar al misterio, les encantaba aureolarse de intriga; envolver con papel de regalo cada noticia

que daban formaba parte de su trabajo. No obstante, aquello me parecía de veras un pelotazo. El mutismo de Miguelón durante el secreteo que Tirado mantuvo conmigo fue más que elocuente —cuando este se iba de la lengua, el otro capitán solía interrumpirlo con chorradas; luego, por una vez, Tirado se había ajustado al guion sin hablar más de la cuenta—. En ese momento entraron Peperolo, Maisi y Tintín. Y Eliana. Nos saludaron y pasaron al fondo del Txarli. Miguelón agarró el pacharán y se fue con ellos.

—Esa guardia está contigo, ¿verdad?

—Está en mi grupo, si es a lo que te refieres.

—Qué buena está… Mira, mira qué culo.

Hice como que la miraba, bebí de mi copa y traté de evadirme echando un vistazo al reloj.

—Joder, qué tipazo tiene la tía, fíjate… ¿Te la estás follando?

—¿Qué coño dices?

Me desafió con una sonrisa taimada.

—Venga, tío, os vi el otro día en una tienda muy pija. Lo sabe todo el mundo.

—No sé qué «sabe todo el mundo», la gente se monta películas.

—Entonces, no te importará si le echo los trastos, tiene pinta de irle la marcha en la cama. Joder, se me está poniendo morcillona.

Me largué.

—¡Manel, no te pongas así!

Preferí no volverme por no partirle en dos la sonrisa.

Al día siguiente nos reunimos en el comedor de oficiales. Por parte de la comandancia, el teniente coronel, el comandante Fidel y los siete tenientes; por Especiales, los dos capitanes. El

teniente coronel nos explicó brevemente su conversación telefónica con el coronel García y cedió la palabra a la USE. Miguelón era el más antiguo, pero casi no habló; ajustándose una y otra vez las gafas, que insistían en deslizarse por su nariz, se limitó a matizar algún comentario mal calibrado de su compañero. Del embarullado preámbulo con el que arrancó Tirado, solo nos quedó claro que llevaban mucho tiempo trabajando con una fuente, me pareció oírle «años», en plural, y que habían llegado a detectar una entrega de material para el comando Bizkaia, de la cual, «entonces» —repitió varias veces —, los pocos datos que se extrajeron no eran explotables. Era la misma fuente que nos había facilitado la ubicación del buzón, explicó; y añadió, después de un suspiro histriónico, que había vuelto a dar frutos. Acto seguido, el capitán Tirado nos miró, uno a uno, asegurándose de apilar en torno a su efigie el nivel de suspense adecuado.

—Mi teniente coronel —anunció arrastrando un papelito por la mesa hasta situarlo delante del jefe.

Reconocí la nota al instante.

Sobre el primer plano del papelito, empezó a sonar un tictac. Y me olí que iba a estallarme en las manos. Sospechando que hubiese filtrado a Especiales la nota interceptada en el buzón de K. A. A., el comandante me fusiló en silencio —aún seguía pagando mi peaje por haberle fallado—. No esperé a protocolos, debía salvar mi pellejo inocente.

—Mi capitán, qué casualidad: nosotros tenemos la misma nota.

Tirado no reaccionó. Miguelón volvió a subirse las gafas, esta vez enérgicamente, presionando la montura contra el nacimiento de la nariz. Yo resumí todo lo sucedido y, al concluir, en mi mente saltó un *flashback* de esos que en un filme setentero se habría proyectado con un filtro borroso y voces en *off* con eco metálico: «Jefe, si crees que estás *quemado*

no te mueves así: tomas medidas de contravigilancia… A no ser que seas un lelo… O no las necesites. O no las necesites. O no las necesites…».

Joder. ¡¡K. A. A. era la fuente!!

No lo reconocieron. Eso nunca se reconoce. La identidad de una fuente es sagrada. Los titubeos visuales cruzados entre unos y otros nos ahorraron un parloteo fútil y tácitamente se soslayó el asunto. El comandante Fidel se atusó los bigotes y formuló la única cuestión procedente:

—Nosotros sabemos cuándo. Pero no dónde.

Los ojos de Tirado se hincharon. Como los de un gerifalte venido a más.

—Mi comandante, en la Unidad lo sabemos todo.

ϒ

En 1956 Louis Prima tuvo la idea genial de mezclar dos de los éxitos de la época, *Just a Gigolo* y *I Ain't Got Nobody*. Este *medley* alcanzaría un éxito tan rotundo que provocó la creencia popular de que eran una misma canción. La letra original de *Just a Gigolo* habla de la decadencia de un oficial de los húsares austriacos que, tras su derrota en la Gran Guerra, acaba malviviendo de sus servicios de *gigolo*. Lejos quedan los tiempos de gloria, lejos quedan las cargas blandiendo su sable, lejos queda el orgullo de su uniforme entorchado y su chacó. Al ocaso de este oficial, *I Ain't Got Nobody* añade el lamento de un cantante de melodías de amor que termina sus días en soledad. El acorde *jive* de la pieza invita a la diversión, pero, si uno cierra los ojos y se sumerge debidamente, es inevitable apreciar un poso de amarga melancolía.

Salimos a celebrarlo. Después de tantas vueltas y

contratiempos, ese último giro en la trama nos entregaba al comando por fin. En bandeja. Bebimos y bailamos hasta las tantas, cerramos todos los pubs de Mazarredo. Tirado arrastró todavía a Miguelón, quería tomarse la espuela en el Velas. Nosotros nos retiramos.

Al llegar a la cuesta de La Salve sonó la canción. Enloquecido, el Grillo tiró del freno de mano y puso el volumen a tope. Los del coche de atrás se bajaron y se vinieron al nuestro. Aún no sé cómo, nos metimos diez en un Fiat Tipo. Subimos las ventanillas para amortiguar el escándalo y cantamos a voz en grito los coros de Louis Prima: *And there's nobody, there's nobody, there's nobody, there's no one, there's no one…* Sentí que se quebraban nuestras cuerdas vocales de tanta rabia que habíamos acumulado, de la impotencia, del deseo crudo de atrapar a esos bastardos, del ardor de sentir que hacíamos un poquito de historia, ahí, unos encima de otros, enmarañados en un ovillo de brazos, piernas, cabezas, como un ente bizarro de otro planeta formado con porciones de Carvajal, del Grillo, del Txaku, de Ederra, del Nipón, de Peperolo, de Tintín, de Saka, de Eliana, de mí mismo y de todos los que faltaban… *Stasira vuo'?, 'o vineddu, nobody, no, no one, nobody, nobody, nobody, nobody, nobody cares for me*.

Antes de montar mi cafetería en Cap Salou tanteé varios negocios. Entre otros, llegué a barajar la opción de trabajar como puto. Como una desviación mesiánica, pensé que venderme expiaría nuestras flaquezas, especialmente mis cobardías; me rondó la mente de manera fugaz, no fue más allá, nunca ejercí —detalle trivial que no alivia mi consumada degradación espiritual—. *What, what will they say about me? When the end comes, I know, they'll say "just a gigolo", as life goes on without me*.

Oficial caído, soñador despechado, poeta reconcomido, puto abortado. Qué buen currículo.

28

Adiós, muchachos (Au revoir, les enfants)

LOUIS MALLE, 1987

—A mí hay algo que aún no me cuadra. Si los de Especiales balizaron el Lada y de ahí sacaron el lugar de la entrega, deberían de haber sacado también la ubicación del zulo o donde guardasen el material, y de ahí el comando, ¿no?

—Te has hecho la misma pregunta que yo cuando me lo contó el *técnico* —le respondió el Grillo al Txaku entusiasmado de comprobar que razonaban como mentes clonadas—. Parece ser que poco después de salir del cementerio la *almeja* empezó a fallar; el registro de la señal tiene bastantes interrupciones. —Inspirados por el mismo símil que llevó a los etarras a denominar *lapas* a sus artefactos adosados, *almeja* era, en nuestra jerga, la baliza que adheríamos a los bajos del vehículo de un objetivo; obviamente, las *almejas* solo facilitaban que lo siguiéramos, no lo hacían saltar por los aires—.

—¿Tú has visto el *tracking* de la *almeja*? —preguntó sorprendido el Txaku.

—Me lo han enseñado de extranjis, es la hostia, tío. La traza empieza en el *parking* del Eroski de Txurdinaga, que es donde el comando le pidió a la fuente que les dejase el Lada con las llaves en el tubo de escape; va por la carretera de Arrigorriaga y en Basauri se desvía al cementerio; ahí la señal se detiene una

media hora, el tiempo de encontrarse con los de Francia y pasarse el material de un coche a otro.

—Imagino que además del Lada fueron con otro coche, porque en un Lada tampoco es que puedan cargar mucho.

—Se supone, claro… Para regresar, cambian de camino y vuelven por la carretera de Orduña. Y por esa zona la señal empieza a perderse; el último punto que marca la *almeja* es a la altura de Aperribai. Por eso no sacaron ningún dato más, ni zulo ni nada.

—Joder, mucho Especiales y mucha hostia y luego no les funciona la *almeja* —soltó el Txaku contrariado.

—Tío, no es culpa de ellos, es un tema de la señal del satélite. Hoy por hoy, el GPS no es que sea la panacea.

El chisporroteo de la emisora se entrometió en la conversación; en el asiento del copiloto, el Txaku bajó el volumen.

—Pero es una putada, sí —continuó el Grillo—. De no haber fallado, habríamos sacado el zulo; pero no nos quejemos, un dato pírrico en su momento como es el lugar de la entrega ahora nos puede dar el comando. Por cierto —añadió con tono de confidencia—, me ha soplado el *técnico* que en el *parking* del Eroski sacaron fotos a una tía subiéndose al Lada, pero que Especiales no nos las pasó por seguridad. Imagínate si se filtra una. A nuestro amigo le limpian el forro.

—Ya te digo. ¿Nos movemos un poco? Llevamos aquí un buen rato.

El Grillo arrancó el coche y empezaron a callejear.

—¿Qué tal Gotzone? Tiene que estar a punto, ¿no?

—Pasado mañana sale de cuentas, no veas qué nervios.

—Habréis preparado ya la maleta para salir corriendo…

—Sí sí, pero estamos a un paso, vamos a la Maternidad de Basurto, de casa a Basurto es solo un momento.

—¿Y habéis decidido de una vez el nombre o estáis aún

dándole vueltas?

—Iker. Al final hubo acuerdo.

—Vamos, que ganó Gotzone.

—Como en todo. Oye, ¿qué tal si pillamos unos bocatas?

—Qué tal si pillas unos bocatas. El otro día fui yo.

—Qué cabrón, no se te escapa una.

El Grillo aparcó en doble fila y el Txaku bajó del vehículo. Se encontraban muy cerca de los Salesianos de Deusto, le sonaba que en la paralela había un bar. Se acercó y pidió dos bocadillos de lomo, uno con pimientos y otro con queso, y dos cervezas, una con y la otra sin. Esperando la comanda, la voz del Grillo le advirtió a través de la *perla* disimulada en la oreja —era nuestra forma de referirnos al auricular inalámbrico—: «Tío, hay una *manifa* en la calle de abajo, se va a liar, ten cuidado al volver». El Txaku marcó el recibido con dos golpes del pulsador oculto en su manga.

Cuando salió del bar con los bocatas, le dio por repasar el cambio: vaya, le habían cobrado de más. Una detonación distrajo su atención de la calderilla. Siguieron otras detonaciones y un vocerío, los *beltzas* habían empezado la carga. Dudó si regresar al bar o largarse, y cuando finalmente optó por guardarse las monedas en la cartera, frente a él una avalancha de colegiales dobló la esquina. Uniformados con chaquetas de punto verde Oxford, corrían alborotados y divertidos por la algarabía que se estaba montando con la *manifa*. Se le echaron encima. Consiguió esquivar a unos cuantos, pero el encontronazo con un pecoso de unos diez años fue inevitable. Lo ayudó a levantarse a la vez que le preguntaba si estaba bien. El crío, rehuyéndole la mirada, musitó un tímido *Eskerrik asko* y continuó su carrera intentando dar caza a la desbandada de compañeros que se alejaban acera abajo. El Txaku se quedó con un *Agur* en los labios; las acentuadas arrugas de su rostro se enconaron aún más; una sensación

indeterminada lo merodeaba, como esa racha de viento que hincha las velas y súbitamente cae dejando la nave atrapada en la calma chicha. Recogió de la acera la bolsa con los bocatas, las monedas y su cartera, que había quedado entreabierta mostrando la placa del SIGC, y pensó que debería comprarse otra, ahora en Valdemoro vendían unas bastante mejor acabadas, con un aire más profesional. Al llegar a la altura de la *manifa*, se cercioró de que la nube de botes de humo y pelotas de goma, de un lado, y las piedras y bolas de rodamiento, del otro, no lo alcanzasen. «Estoy volviendo», murmuró como un aspirante a ventrílocuo. Igual que en el pandemonio urbano que bullía a su espalda, había algo de familiar en ese niño; la sensación indeterminada volvió a inquietarlo.

Por aquel entonces, jamás había oído hablar de Gautier. A buen seguro, el Txaku tampoco. Mucho menos, había leído *La croix de Berny*, novela epistolar escrita a ocho manos publicada por entregas en *La Presse* en 1845. Bajo el seudónimo de Edgard de Meilhan, Gautier escribió en esa obra: «*Le hasard, c'est peut-être le pseudonyme de Dieu quand il ne veut pas signer*». [20] No encuentro otra explicación. Aquel día, a Dios no le apeteció firmar.

29

La gran belleza (La grande bellezza)

PAOLO SORRENTINO, 2013

Dicen de *La grande bellezza* que es una antífrasis de *la grande brutezza*, en alusión al retrato fiero de la aristocracia romana que Sorrentino satiriza en este *capolavoro*. Con su acostumbrado alambique fílmico y bajo el narcotizante sonido *dancehall* del *Far l'amore* de Raffaella Carrà, el director napolitano nos cuela en la fiesta de cumpleaños de Jep Gambardella —Toni Servillo, su actor fetiche— para mezclarnos entre una patética fauna de personajes que restriegan sus pelvis deseosos de poseer, da igual qué; es la caricatura de una caterva tan decrépita como la *soubrette* que surge de la tarta en forma de Colosseo luciendo sobre sus ubres un 6 y un 5, la edad de Jep. Sin embargo, el cineasta no nos presenta de entrada tal semblanza de la frivolidad y la decadencia, y sospecho por qué. Muy poco antes, tras la *cannonata* del obús del 105 que marca el mediodía romano y abre oficialmente el filme, Sorrentino se ha recreado mostrándonos el Gianicolo y ha comenzado, no es casual, por el monumento a Garibaldi y la inscripción que reza a sus pies: «*Roma o morte*». No, no es casual. Como no lo es que haya escogido la octava colina romana, la que domina mejor la ciudad.

Roma, *la grande belleza.* O la muerte.

Nos encantaba ir a las escaleras del Portu Zaharra. Nos hacía sentir que éramos una pareja más, que formábamos parte de ese pijerío de vaqueros desgastados aposta, jerséis de marca atados a la cadera, cinturones Moschino y pieles doradas de surf. Nos sentábamos entre ellos, mimetizados, compartiendo nuestro *katxi* de clara. Como el rito iniciático de unos personajes ninguneados que tratan de ser aceptados por una audiencia indiferente y despreocupada.

—Te pasa algo. —No solía preguntar. A Eliana le iba más afirmar.

—Nada.

Me observó con los ojos de un perro al que han llevado hasta un paraje sin referencias y en la actitud esquiva de su amo presiente algo horrible.

Un guionista no debe abusar de recursos como la voz en *off*. Las acciones de sus personajes tendrían que bastar para transmitir con claridad sus sentimientos, sus motivaciones, sus metas. Entre los puristas del cine, la explicación, el relato o la acotación de un narrador no gozan de aceptación y tienen cabida solo en casos tasados. Uno bien conocido es aquel en que la imagen de la pantalla no es congruente con el mensaje en *off*, buscando mediante la contradicción una reacción vehemente del espectador.

«Yo te quiero, Eliana, pero es tan complicado… Ni encajamos aquí, entre estos pijos de Algorta, ni entre los uniformes verdes. Nos hemos enamorado en un mundo sin sitio para nosotros. Habrá otros Tirados, más murmullos, codazos al vernos pasar… No sé si podría hacerte feliz… Quizá me falte valor. Te quiero. Pero necesito centrarme. Ahora tengo un deber, una carrera ante mí… Te quiero como nunca he querido ni querré a otra

mujer. Si he de escoger… Si he de escoger… Siento miedo. Eliana, es tan complicado… Me falta valor. Perdóname».

Sobre un primer plano de mi mano enamorada en la suya, mis pensamientos cobardes habrían sido un perfecto monólogo en *off*.

30

Sexo, mentiras y cintas de vídeo (Sex, Lies, and Videotape)

STEVEN SODERBERGH, 1989

En los días sucesivos me tocaría compartir mucho mantel y barra de bar con Miguelón y Tirado. Como oficial responsable de la operación Farol, debía asegurar el enlace e intercambio de información entre la comandancia y la USE, y este cometido solía desarrollarse en escenarios al margen de los despachos.

El domingo en que, según la nota en poder de la Policía, el comando tendría que haber recibido la entrega, me llevaron a cenar a un asador en Laukiriz. Había más gente de Especiales que no conocía y un par de oficiales de Intxaurrondo, uno muy locuaz y avispado y otro con mostacho castrense, más reservado. Pasé la cena observándolos de soslayo, admirando sobre sus coronillas los laureles ganados en la *caída* de Bidart —el frío instante en que ETA, al mirarse al espejo, admitió aterrada que envejecía: era mortal—. Me congratuló la camaradería. Tirado era un astuto camaleón que sabía crear para cada ocasión el ambiente adecuado. Hablamos sobre el operativo que en esos momentos estaría montando la Policía, a la espera de una cita entre el comando y un vehículo cargado de material proveniente de Francia que nunca tendría lugar. A todos nos habría gustado ahorrarles el esfuerzo y, sobre todo,

evitarles la posterior decepción. Pero compartir nuestra información con ellos habría supuesto comprometer a la fuente.

En la sobremesa se entró en harina. Tirado llevó la batuta y expuso lo acordado en Madrid. El SIGC de Vizcaya se haría cargo de las diligencias —hasta ahí nada nuevo— y la USE dirigiría la operación con la premisa de, a toda costa, salvaguardar a la fuente. «O sea, me como los marrones que haga falta para proteger a la fuente, los firmo y doy la cara por ti en la Audiencia Nacional». Qué va, no dije eso, yo aún no sabía tanto ni tenía tantos huevos. En cambio, propuse un brindis:

—¡Por los que, bajo el manto de la Virgen del Pilar, defendemos la unidad de España!

Los de Donostia se volvieron a Intxaurrondo en cuanto acabó la cena; los de Especiales se retiraron también, a excepción de Miguelón y Tirado, que me llevaron al Velas. Yo lo veía venir. Era de esas noches en que el gris arbustivo de Tirado necesitaba color. Al llegar, nos encontramos con Santamarina *on fire*. El sargento era el mejor escribiendo atestados, desbordaba sagacidad; decían que era capaz de romperte los dientes de una patada y denunciarte por haber intentado robarle el zapato a mordiscos. Supongo que ese mismo ingenio le había hecho triunfar en el Velas, donde gozaba de las prebendas de un auténtico *boss*. Esa noche su número consistía en disponer a las mulatas en fila con los traseros en pompa cada vez que Brasil metía gol —ni idea de qué se jugaba—, y para celebrarlo recorría la hilera de nalgas dando cachetes. Apenas entramos marcó Rivaldo, y Tirado se lanzó a festejar el tanto al alimón con Santamarina. Miguelón y yo nos hicimos un hueco en la barra en forma de dónut; en la atmósfera coexistían sombras, humo y ambientador barato. Nos pareció

que había más clientela de la habitual.

—Oye, ¿quién es ese? Está siempre ahí, como firmando recibos… ¿Qué hace, controla a las chicas que pasan adentro?

Me sonreí.

—No, no son recibos ni controla a las chicas, Miguel. Son cheques. Es el secretario del gobernador civil.

Miguelón se quitó las gafas y se masajeó con incredulidad los ojos.

—La primera vez que vine aquí me lo presentaron y a los cinco minutos ya me estaba firmando uno. «¿Qué es esto?», le pregunto, y me pone una mano en el hombro y me dice: «Cógete a la que más te guste y pásalo bien, píllate dos si quieres, por ser tu primer día».

No a dos, me las habría cogido a todas. Eran esculturas de ébano apenas maduro especializadas en hacer perder la cabeza a guardias y policías; uno apostaría a que estaban encuadradas en algún subrepticio aparato de ETA. Lo que el secretario del gobernador ignoraba es que pagar por follar siempre me ha parecido muy deprimente, pinchó en hueso conmigo. Y que te pagaran el vicio con fondos reservados era ya el acabose, una auténtica aberración. No soportaba ese antro.

—¿Sabes que la pasma la lio aquí con el anterior gobernador?

—No jodas, ¿qué pasó?

—La peña se encoña, ya sabes cómo va eso, y empezaron a abusar de los cheques. No eran muchos, un grupito de *chapas* y guardias, pero hacían ruido. Nosotros les dimos el toque a los guardias y se quitaron de en medio, pero a los *chapas* nadie les dijo nada; sus jefes pasaron del tema o no se enteraron o les contaron una milonga, a saber. —Di un trago a mi copa—. Total, que cuando les empezaron a cortar el grifo de los cheques, los *chapas* amenazaron al secretario con denunciarlo por malversación.

—Joder, también ellos se salpicaban, ¿no?

—Les daba igual, cuando estás encoñado no piensas precisamente con la cabeza. Jugaban con el miedo del gobernador, lo tenían cogido por los huevos. Nadie iba a creerse que el secretario andaba tirando de fondos reservados sin que lo supiera su jefe. Y al final, no te lo pierdas, el comisario Vives, mi *amigo*, defendió a sus chicos.

—Lo tendrían cogido por los huevos también.

—Ni lo dudes. —Señalé las cortinas de felpa granate que daban a los picaderos—. Habría sido tan gilipollas de pasar ahí adentro con el cheque en una mano y la otra en el culo de la mulata.

—Igual hasta lo grabaron y chantajearon con hacer público el vídeo.

—Ni lo dudes tampoco… En estas cosas siempre tengo la sensación de que no somos más que unas moscas bobaliconas; nos posamos sobre la llaga sin ver el cadáver henchido de larvas que yace debajo. Bueno, ahora ya sabes por qué el anterior gobernador barría para nosotros y se puso de nuestra parte con el buzón.

Terminamos la copa y miramos en torno. Ni rastro de Tirado y Santamarina. Brasil había ganado 2-0.

—Oye, cuánta gente tenéis hoy, ¿no? —le comenté al camarero al pagar.

—De Madrid, nacionales, que habían venido a no sé qué y no les ha salido.

31

Una historia verdadera (The Straight Story)

DAVID LYNCH, 1999

Los acontecimientos inverosímiles que se sucedieron aquella noche arrancaron con la explosión de un coche bomba sobre las 22:30, a solo unos cientos de metros de mi habitación de La Salve. Doy fe de cómo retumbaron los cristales, sacudidos por la onda expansiva de cincuenta kilogramos de amosal ocultos en el maletero de un Renault 21 que, por fortuna, no estalló al paso de los de Incidencias. Sí, el coche asesino estaba emplazado para dar buena cuenta de la patrulla que diariamente rastreaba la falda del monte Artxanda buscando lanzaderas de *jotakes* acechantes en la maleza y dirigidas contra la comandancia. Esas granadas caseras eran el buque insignia de la iconografía etarra; las fabricaban artesanalmente en el *otro lado*, al amparo de un sótano disimulado bajo una trampilla que se accionaba girando un enchufe. Todo muy propio de la guarida de un supervillano, el malvado antagonista de Pazman. Siguiendo las instrucciones de unos planos facilitados por sus compinches del IRA, el canalla de la serpiente y el hacha llevaba décadas manufacturando *jotakes* para hacerlas volar, como letales murciélagos, contra las casas cuartel de la Guardia Civil. Tal era la euforia que desataban esos ataques que las hordas *abertzales* acabarían por adoptar

como grito de guerra el cargante y hostil *Jo ta ke irabazi arte!* Cada día, pues, los desalmados podían plantar sus *jotakes* apuntando al hogar de nuestras familias; así que, cada día, los de Incidencias debían peinar los alrededores del cuartel de La Salve. Por cojones. Fue esa rutina ineludible la que propició que el coche bomba les aguardase; y la electrónica defectuosa de un temporizador, la que les salvara la vida.

Un atentado es como recibir un puñetazo en la niebla, reaccionas aguzando el oído y la vista. Como un boxeador rabioso. Eso hacíamos nosotros: oír y ver más. Nos encasquetábamos bien los auriculares en el gabinete de escuchas y desplegábamos en la calle a todos los grupos operativos.

A Maisi y al Txiki les tocó darse una vuelta por el Casco Viejo. Aparcaron el Citroën AX cerca de la estación de Atxuri y, apostados en el coche, aprovecharon para hacer las preceptivas llamadas a sus familias, estarían preocupadas por la noticia de la explosión; era lo habitual en cada atentado: especialmente a las madres, había que tranquilizarlas. Aún no se habían despedido —de su madre uno, de su novia el otro— cuando observaron a tres tipos en «actitud sospechosa», esa socorrida expresión policial que en este caso se traducía en que dos de ellos, típicos mochileros, parecían vigilar el entorno dando cobertura a un tercero agachado junto a un vehículo. Si había dejado algo en sus bajos, no podían comprobarlo en ese momento, pasarían el aviso a los de Incidencias. Una mosca enorme se posó detrás de la oreja de los guardias del Proa 5.6.

Los tres sospechosos subieron a un Ford Escort y abandonaron el Casco Viejo. El AX los siguió. Maisi al volante, el Txiki de copiloto. Pasaron la placa por radio sin resultado, las bases estaban caídas. Eso complicaba mucho las cosas, no

tenían ni idea de a quién estaban siguiendo. Era ya medianoche. El Escort superó la Universidad de Deusto y tomó el camino de Ugasko. En el semáforo antes del desvío, Maisi y el Txiki intercambiaron una mirada, la cosa pintaba muy mal, o muy bien, no necesitaban palabras para hacerse cargo. Conocían el camino de Ugasko, K. A. A. salía a veces a correr por allí: no tenía salida. Olía a encerrona. Mejor no entrar. Si te cruzas de cara con el objetivo, te *quemas*, se acabó el seguimiento. Se quedaron en la avenida del Lehendakari Aguirre, estacionados sobre la acera, e informaron por radio de la situación. El Escort tendría que volver por el mismo sitio por el que había entrado. Por narices, no había otra. Esperarían. Apagaron las luces del coche y respiraron hondo. Debían compensar la aceleración de sus pulsaciones.

ϒ

Esperamos unos minutos, no sabría cuántos, solo que se nos hacen eternos. Vemos por el retrovisor un coche que regresa por el camino de Ugasko y se incorpora a la avenida. Circula despacio. Maisi me sonríe.

—Hala, Txiki: entrégate a papi.

Le gusta hacerme esa coña antes de abrazarnos para hacernos pasar por una pareja dándose el lote; a mí, por mis pelos, siempre me toca el papel de la chica. El coche nos rebasa, es el Ford Escort. Son ellos. De repente, se nos cruza delante del AX, se abre la puerta del copiloto y baja un tío apuntándonos con una pistola. Brilla. Pienso que la pistola es plateada, pero no, no lo es. Son destellos de disparos. Plateados, como si fueran balas de plata y nosotros el hombre lobo. Al mismo tiempo, se abren la puerta del conductor y una de atrás y salen dos tíos más. A partir de ahí todo es muy rápido, se mezclan imágenes con sensaciones.

Los disparos continúan, nosotros nos gritamos: «¡Fuera, fuera, fuera!», cojo la pistola de debajo de la alfombrilla; la llevo ahí porque veníamos del Casco Viejo, y allí si echas pie a tierra vas siempre a pelo, sin pistola y sin transmisiones. La cojo y la monto y abro la puerta y salgo agachado hacia la parte trasera del coche, me dan en la pierna, siguen los disparos, el ruido es brutal, gritamos: «¡Guardia Civil!», Maisi aparece por su lado y se junta conmigo, estamos pegados al culo del AX, disparamos, estoy recibiendo impactos, no sé cuántos, no sé cuántos, tengo al tío de las balas de plata muy cerca, su imagen es como un *flash*, todas las imágenes son como *flashes*, retrocedo hacia el coche aparcado detrás del AX y me caigo, la pierna no me aguanta, creo que está partida, la apoyo y se dobla, me da por pensar que es de plastilina, plastilina muy dolorosa, pierdo la pistola al caerme, Dios, mi pistola, más impactos, no sé cuántos llevo, mi pistola, el estruendo no cesa, no veo a Maisi pero le oigo gritar, le oigo llamarme: «¡¿Txiki?! ¡¿Txiki?!», mientras yo gano metros arrastrándome y gateando hasta que me resguardo detrás de una esquina… No he recorrido más de ocho o diez metros desde el AX, y me ha parecido una eternidad, como si se hubiese parado el tiempo: «Igual ha sido porque me acerco a la muerte», pienso. Entonces me doy cuenta. No hay más disparos.

Se ha hecho el silencio.

Subo unos escalones a rastras, saco fuerzas, estoy en la avenida Ramón y Cajal, sigo arrastrándome, saco más fuerzas y cruzo la calzada, veo un restaurante, el Gallastegui, está abierto, reúno las fuerzas que me quedan y empujo la puerta con la cabeza, la abro así porque solo puedo avanzar clavando los codos sobre la acera… Noto una humedad caliente que empapa mi ropa. Es sangre. La clientela se asusta y se levanta de las mesas corriendo, desde el suelo les digo: «Tranquilos,

Guardia Civil, necesito ayuda», y una señora se acerca y me mira en silencio, como espantada, detrás de ella oigo: «¡Déjenme, soy médico! —Y la misma voz grita—: ¡Trapos, necesito trapos!».

Estoy boca arriba, en medio del restaurante, es pequeño, siento la sangre saliéndome de la cintura, está muy caliente, me abren el pantalón, el médico me tapona una herida con servilletas que le ha traído la señora espantada, le pide más y que llamen a una ambulancia, «¡Rápido!», y le ordena a otro hombre que tape otra herida que tengo entre el pecho y el hombro, me sale muchísima sangre por todas partes. Entra alguien. Una silueta me encañona con una escopeta y pienso que vienen a rematarme, que es el final, pero grita: «¡Policía!», le distingo el chaleco antibalas, siento alivio, serán compañeros. Más sangre. *Flashes. Flashes* de ropa empapada de sangre. Le digo: «Soy guardia civil», y me pide que me identifique, tengo que sacarme la cartera del bolsillo trasero del pantalón, joder, te estás desangrando, te tienen encañonado y te piden que te identifiques, siento la sangre por todas partes, muchísima sangre, entonces veo por fin un rayo de luz, una cara conocida, por fin, es Saka, ahora sí han llegado los compañeros, más sangre, saco fuerzas, es Saka, el de la escopeta le dice algo en euskera, Saka tiene la cara blanca, me pregunta que cómo estoy, por su cara tan blanca debo de estar fatal, yo solo respondo:

—Eran ellos, eran ellos, corred y buscadlos, van en el Ford Escort, eran ellos…

Llega gente de urgencias con una camilla, me abren la ropa, empiezan a taponarme y apretarme con vendas todo el cuerpo repitiendo constantemente: «¡Nos vamos, nos vamos!, ¡tenemos que llevarlo!, ¡nos vamos!». Y me veo dentro de la ambulancia, hay caras del 5.6, saco fuerzas, saco fuerzas, los del 5.6 no paran de darme ánimos: «¡Vamos, venga!, ¡vamos, Txiki!».

Uno de los camilleros me tiene apretada la mano.

—¿Me voy a morir? —le pregunto.

Y me contesta:

—Hoy no. Conozco la cara de los que se mueren. No es la tuya.

Hay movimiento, mucho ajetreo, me noto cansado, flojo, me duermo, pero los que van en la ambulancia conmigo no paran de hablarme, no quieren que me duerma, está claro, saco fuerzas, me van haciendo de todo, me quitan ropa, me taponan heridas, veo tubos, siento pinchazos, me van contando qué hacen, está claro, es para que no me duerma, saco fuerzas, se me hace eterno, otra vez el tiempo parado… Pero no vi el túnel ni la luz, a lo mejor es porque no creo en eso; sí tuve un montón de recuerdos de toda mi vida: de mis padres, de mi hermana, de mis amigos… *Flashes.*

El ruido dentro de la ambulancia es horrible, oigo pitidos de máquinas, paquetes que se abren, estoy casi dormido, algo pasa, saco fuerzas, noto nervios y aceleración entre ellos: «¡Enciende la máquina!, ¿cuánto queda?, ¡cinco minutos!, ¡vamos, corre, vamos!». Entonces la ambulancia se para. Ya no hay *flashes*. Solo luz. Mucha luz. Y mucha gente a mi alrededor. El techo se mueve hacia atrás, muy rápido. Saco fuerzas. Alguien me coge la mano y me anima y me habla y me repite: «No te duermas, no te duermas»; es un señor mayor.

Lo he conocido esta tarde. Es uno de los médicos que me han operado.

ϒ

En la mañana de un lunes de 1978 Aurelio Salgueiro López fue abatido a tiros en una plazoleta de Mondragón cuando regresaba de recoger la correspondencia en Correos. Dos individuos con barba poblada le descerrajaron tres balazos por

la espalda y a quemarropa. Ya en el suelo, le dispararon otro. En la cabeza. Su hijo de catorce años, con quien Aurelio se había encontrado minutos antes, lo presenció todo. Un cuarto de hora permaneció el cabo del Servicio de Información de la Guardia Civil de Guipúzcoa, un cuarto de hora, desangrándose boca arriba en la acera, con un montón de sobres y cartas desparramados sobre su cuerpo que lentamente se teñían de rojo. Ni un vecino se dignó a socorrerlo. La crónica no reporta la agonía de Aurelio buscando la mirada de su hijo, como no reporta los gritos desgarrados del muchacho, lo doy yo por hecho. Como doy por hecho —es un espeluznante ejercicio tratar de visualizarlo— las manos cómplices y cobardes de veinticinco mil mondragonenses tapándose los oídos. Finalmente, un alma caritativa trasladó a Aurelio en su coche. Tarde, ingresó cadáver en el hospital. También tarde para su hijo. El síndrome de estrés postraumático lo postró, de por vida, con una incapacidad permanente en su máximo grado: gran invalidez.

El Txiki tenía tres años entonces. Pero en el SIGC de Vizcaya había leído muchas diligencias, incluidas las del atentado contra el cabo Aurelio. Doy por hecho también que en su subconsciente una voz le decía que, si no sacaba fuerzas de donde no las había y se arrastraba como fuese en busca de ayuda, terminaría desangrándose en aquella acera de Deusto.

> Una terrible confusión entre policías camuflados causó el fatal incidente. En la madrugada de ayer, un coche camuflado de la Guardia Civil observó en el Casco Viejo bilbaíno la presencia de otro vehículo ocupado por individuos que infundieron sospechas, sin pensar jamás que pudieran tratarse de agentes de la Ertzaintza. Los miembros del instituto armado siguieron al vehículo camuflado de la Policía autonómica y al llegar al barrio de Deusto sospecharon mutuamente que eran activistas de ETA.

Las mismas fuentes de Interior que dieron esa nota de prensa achacaron el fatal incidente a «la sicosis originada por la explosión de un coche bomba una hora y media antes en las cercanías del cuartel de la Guardia Civil de La Salve».

El Juzgado de Instrucción n.º 5 de Bilbao, encargado de la investigación del tiroteo, halló indicios de un presunto delito de imprudencia. El auto exponía que, tras un seguimiento por las calles de la capital, ambas dotaciones policiales, sin distintivos, sospecharon una de otra y se enfrentaron a tiros «sin que pueda precisarse quién utilizó antes las armas. No se adoptó precaución alguna, ni por los policías autonómicos que eran seguidos, que no solicitaron a la base información del vehículo que les seguía», ni tampoco «por parte de los guardias civiles que, sospechando de un vehículo, deciden seguirlo, piden información sobre el mismo, no la obtienen y continúan el seguimiento». Además, subrayaba la juez, el uso de las armas debe ir precedido de «identificaciones previas como agentes de la autoridad», y, si la agresión continúa, «deben efectuarse disparos al aire o al suelo», y solo en última instancia «sobre partes no vitales del cuerpo».

—Solamente pueden verlo los cirujanos, aún no se han autorizado visitas.

—Muy amable, *eskerrik asko*. —Carvajal sonrió a la recepcionista y regresó con nosotros.

En silencio, arqueó una ceja. Después lo hizo el Grillo. A continuación yo.

Cuando el Txiki se despertó —en una habitación compartida con un desconocido, no en los aposentos adecentados a los que lo trasladaron con ocasión de la visita de su excelencia el ministro—, debió de pensar que todavía se hallaba bajo los efectos de la anestesia, porque lo primero que vio al pie de su

cama fue a Carvajal, al Grillo y a un servidor vestidos de cirujanos. No sé qué le extrañó más, si nuestros pijamas y gorros o nuestros rostros al borde del llanto.

Sus ojos negros eran pura impaciencia, la misma de un niño antes de soplar las velas de su tarta de cumpleaños.

—¿Los hemos *pillao*?

Por Navidades me sigue llamando. Le va bien. Es feliz, vive arropado con el cariño de una bonita familia; por fortuna, los años pasados *arriba* no les destrozaron la vida a todos.

«Me va bien», intercala aquí y allá como una muletilla de oxígeno; después me desliza que por las mañanas, al mirarse desnudo al espejo, con el rumor de la radio anunciando más acercamientos de presos o el homenaje a otro *histórico* de la banda que ha salido a la calle, se pregunta el porqué y, sobre todo, el para qué de todas sus cicatrices.

El día en que grabé su relato en el hospital las conté. Movido por un legítimo escepticismo, fui posando mi dedo de santo Tomás sobre cada uno de los orificios de bala de mi guardia resucitado.

Catorce.

Bienaventurados los que no vieron y, sin embargo, creyeron.

32

Shakespeare enamorado (Shakespeare in Love)

JOHN MADDEN, 1998

Al llegar a la barra nos dimos cuenta de que no nos apetecía tomar más café. Pedimos dos botellines de agua y nos sentamos a una mesa en la esquina, de espaldas a la pared y controlando la entrada; estábamos en la cafetería del hospital, pero no se sabía nunca. No quería imaginar cómo tuvieron que ser los años de plomo, los ochenta; por bastante menos, nuestra moral se estaba resquebrajando. El corazón de quienes vivieron aquella masacre diaria debió de acabar por endurecerse como esas maderas tropicales que, de tan densas, se hunden.

—Manel…

Si el Grillo me llamaba por mi nombre, el asunto podía ser muy serio o muy divertido. Tenía libertad para hacerlo —ya lo he afirmado antes, era el mejor amigo que haya tenido jamás —, pero él nunca me tuteaba en público, y en privado, como un torero con sus mejores pases, sabía dosificarse. Por cómo jugueteaba con la vista fija en el crucifijo de su cadena, presagié que no iba a contarme nada gracioso.

—Tío… —Habíamos conversado ya hasta la saciedad sobre el tiroteo. Esa forma de empezar no podía hacer alusión más que a una cosa.

—Vas a hablarme de Eliana.

Iba a hacerlo. Su primera reacción fue mirarme.

—Voy a hablarte como a un hermano. Supongo que eres consciente de que todo el mundo sabe que estáis liados…

—¿Perdona?

—Vale, perdona tú, que estáis saliendo, no me he expresado bien. Lo saben hasta los de la USE, todo dios… Manel, la gente es muy mala, hay oficiales que van jodiéndote a tus espaldas; para mí, que hasta se lo han contado ya al *pito*.

—Joder, ni que fuese un puto delito. Estoy saliendo con una chica, ¿qué pasa si es una guardia?

—Pasa, lo sabes. O te la follas y la escupes, o te casas con ella. Pero salir o pastelear o como lo quieras llamar solo va a traerte problemas. A ti y a ella. Si me apuras, de los dos, no sabría a quién más. Mejor no te digo cómo la llaman entre los guardias…

—Mejor.

Bebimos agua a la vez.

—No voy a escupirla, Grillo. No sabes cómo la quiero.

—¡Cásate entonces con ella, hostia!

Reaccioné con incredulidad.

—¿Me tengo que casar para que la gente deje de apuñalarme con chismorreos? ¿A ti te parece normal?

—No es lo que me parezca, Manel, es lo que hay. ¿Cuántos oficiales de academia conoces en tu situación? Te van a machacar la carrera, hay mucho cabrón por ahí, y a ella ni te digo, el sambenito ya no se lo quita nadie; en su lugar, yo pediría destino y me largaría muy lejos, a Canarias, yo qué sé, a tomar por culo de aquí. —Resopló como liberado de un peso —. Perdona que te hable así, ya sabes cómo soy. Yo no te digo las cosas que quieres oír.

Dolía mirarlo a los ojos. Pero sabías que eran *sus* ojos. No tenía otros. Los pulsos brillantes de sus pupilas, mediante una suerte de morse espontáneo y sincero, parecían recitarme a

Shakespeare: «Si no recuerdas la más ligera locura en que el amor te hizo caer, no has amado». Desposarla o escupirla. A su modo, ambas alternativas podían considerarse locuras.

33

El resplandor (The Shining)

STANLEY KUBRICK, 1980

Sucedió rápido, como si la secuencia intentara sincronizarse con el ritmo cardiaco del Txaku al salir corriendo por la puerta del hospital de Basurto. Gotzone había pasado la noche con contracciones, todas falsas alarmas, así que se la jugó, por veinte minutos no cambiaría la cosa. Qué cabeza la suya, olvidarse la videocámara en casa. Nada, siete minutos de ida, tres o cuatro para subir al piso y cogerla, y otros siete de vuelta. Veinte como máximo. Con el tiempo que llevaba pensando en grabar el parto. Joder con los nervios.

Rebasó los pabellones modernistas del hospital; sus cubiertas inglesas y los mosaicos de las fachadas relucían al sol. Seguramente no iba pensando más que en arañar algunos segundos mientras atajaba en zigzag por las hileras de coches en dirección a su Seat Toledo morado —él habría preferido un color más discreto, pero por llevarse el morado le hicieron un buen descuento—. Seguramente el resplandor del sol sobre el capó de un vehículo gris llamó su atención. Seguramente advirtió que estaba en doble fila con el motor encendido y el conductor lo observaba embutido en la capucha de una sudadera. Seguramente eso le hizo llevarse la mano al interior de su cazadora vaquera y agarrar la pistola.

Murió empuñando su arma.

Dos tiros. En la nuca. Abatido ya en el asfalto, sacudido por estertores, la puntera de una bota volteó su cuerpo. Un tercer disparo en la frente. Ese que los asesinos etarras llamaban «de gracia» y que no era otra cosa que rematarte como a un perro sarnoso. Como a un *txakurra*. El más grande. Y de Rekalde. ¡La hostia!

Sin correr, el *gudari* se subió al vehículo gris. Los terroristas abandonaron el aparcamiento del hospital forzando el disimulo, obligándose a ser respetuosos con las señales de tráfico. Hasta se detuvieron cívicamente para ceder el paso a un grupo de celadores que terminaban el turno.

En una guerra convencional, no habría sucedido. En una guerra convencional sí hay reglas. Y se respetan. A la espera del Txaku en el aparcamiento, los pistoleros se habrían percatado de las cruces formadas con tejas esmaltadas en las cubiertas del hospital. En la contienda, servían para identificar los edificios que no se podían bombardear.

Nada más llegar al piso de la calle Zabalbide, encendieron la televisión con avidez de noticias, y en el primer avance informativo que anunció el atentado brindaron con unas cervezas por la *ejecución*. Al narrar cómo asesinaron al Txaku, he tenido que suponer algunos detalles; en su día no quise saber más. Lo de las malditas cervezas lo sé a ciencia cierta.

Me dio por calcular los tiempos. Estimé que cuando brindaban, en ese instante preciso, nacía Iker Huezo Berriartua, un *txakurrita* precioso. Que se jodan. Ellos y toda su descendencia.

34

Bailando con lobos (Dances with Wolves)

KEVIN COSTNER, 1990

El Grillo y Ederra estaban *en zona* y se hicieron cargo del aviso por radio; al resto nos pilló en el hospital de Cruces pendientes del Txiki. Cuando llegaron, la Ertzaintza ya había acordonado el aparcamiento de Basurto. No hizo falta que bajaran del coche para adivinar lo peor. La visión del Toledo morado desencadenó un tsunami de dolor y furia: «¡¡Hijos de puta!!, ¡¡hijos de puta!!, ¡¡hijos de puta!!». Las lunas del coche reverberaron. Fuera, todos se volvieron hacia el vehículo recién llegado, todos sin excepción: los *ertzainas*, los municipales, los de la DYA, los médicos, las enfermeras, los curiosos. Dentro, dos guardias civiles de veintiocho años lloraban como dos críos.

—Vámonos, Grillo, arranca. Aquí no pintamos nada.

Los ojos del Grillo se desfondaron. Nunca le habían visto llorar. Y no por falta de buenas razones.

—¿Dónde vas, tío? Vámonos, joder.

El Grillo se bajó del coche y Ederra corrió tras él.

—Tío, vuelve aquí, nos estamos *quemando*, ¡nos van a machacar a fotografías!

Hizo caso omiso a los ruegos desesperados, se zafó de su compañero con malos modos y siguió avanzando. Al llegar al

cordón, un *ertzaina* intentó detenerlo; sin alterar apenas el paso, el Grillo mostró su placa apartando al agente de su camino. Los *ertzainas* intercambiaron miradas entre ellos, mejor dejarlo. Se acercó al deslumbrante bulto en el suelo —ajeno a las miserias humanas, el sol hacía resplandecer el aluminio que cubría el cadáver— y se arrodilló ante él. Tembloroso, plegó por un extremo la manta térmica. El rostro de Imanol Huezo González quedó al descubierto. La muerte había borrado sus arrugas, como si las urgencias de su piel se hubiesen demorado por siempre. A modo de lágrimas ominosas, regueros de sangre partían de sus ojos abiertos.

El Grillo se abrazó al Txaku.

—Mi amigo, mi amigo, mi amigo, mi amigo, mi amigo…

Permaneció así, ante un sobrecogido corro de espectadores, repitiendo esas dos palabras al oído del cuerpo sin vida. Era el mantra de un lama que ha comprendido que jamás alcanzará ya el nirvana.

Me confesó el Grillo mucho después —cuando ya nada de lo que me confesara pudiera mantenerse en secreto— que *Bailando con lobos* fue la única película que le había hecho llorar. En su última escena, el teniente Dunbar y En Pie Con el Puño en Alto abandonan el campamento de invierno ante la compungida mirada de su *familia* siux. Es un final duro, pero obligado. La presencia del oficial en la tribu supone un permanente reclamo para el Ejército de la Unión; alejándose de ellos, los alejará del peligro. La oscarizada música de John Barry añade a esa partida un plus de palpitación que, de golpe, se ve interrumpido por un grito en *off*: «*Sunkmanitu tanka owaci!*». Bailando con Lobos —Kevin Costner— alza la vista y en lo alto de la montaña divisa a Cabello al Viento. Montado en su poni —«como el perfecto guerrero», reza el guion—,

enarbola su lanza. Los gritos en lengua lakota del jefe siux, ininteligibles para el espectador, son gritos de ira, de tristeza, de lealtad. Jamás se escucharán otros así en la gran pantalla. Supongo que el Grillo debió de pasarlo fatal. Había ido al cine con una chica; lo imagino en la oscuridad de la sala, disimulando sus lágrimas mientras intentaba leer los subtítulos.

—¡¡Bailando con Lobos!! ¡¡Bailando con Lobos!! ¡¡Soy Cabello al Viento!! ¡¿No ves que soy tu amigo?! ¡¡Soy tu amigo!! ¡¿No ves que siempre seré tu amigo?!

—Mi amigo…

Una mano se posó en el hombro del Grillo, todavía arrodillado junto al cadáver del Txaku. Entonces sí, obedeció a la mirada llorosa de Ederra. Fue él quien me lo contó todo. El Grillo jamás hablaría de esto.

Fui incapaz de vaticinar que ese silencio solo podría concluir con un estallido. Era el rayo silente que avisaba del trueno. Cada día me lo restriego por la cara.

35

La noche se mueve (Night Moves)

ARTHUR PENN, 1975

Relatar algo así y que no se me note la excitación sería imperdonable. Vayan pues por delante mis sensaciones: anhelo, tensión, fe. Y que me exceda con detalles prolijos sería asimismo un error: trataré de pasar por alto cuestiones de índole técnica, para no aburrir, y otras que sí suscitarían interés, pero que, por su condición de procedimientos operativos, ni siquiera hoy puedo revelar.

A las 21:43 un Renault 19 gris, con matrícula francesa del departamento de los Pirineos Atlánticos, llegó al cementerio de San Miguel de Basauri. Lo detectamos viniendo del norte, procedente de la AP-8 Bilbao-Behobia o de la N-634, rutas naturales para llegar desde Francia hasta esa localidad vizcaína. Evidentemente, ese vehículo no traía el material. En primer lugar, porque su maletero no tenía capacidad suficiente para transportar los cientos de kilos de explosivo, los subfusiles, las pistolas, la munición, las granadas y los temporizadores que formaban un envío estándar del aparato logístico. En segundo lugar, porque la altura de la carrocería respecto a las ruedas no era la de un vehículo excesivamente cargado —la práctica de reforzar los amortiguadores era más típica de los coches bomba—. En tercer lugar, porque en

operaciones de ese calado ETA solía emplear *lanzaderas,* coches que abrían el itinerario y avisaban de la presencia de controles policiales en la carretera. Tocaba esperar. En diez o quince minutos, por el mismo camino, aparecería el vehículo con el material.

Así fue. A las 21:59, rozando una puntualidad suiza, hizo su aparición una furgoneta Ford Transit blanca, con matrícula francesa del departamento de las Landas. Esa era nuestra chica. Estacionó frente a la puerta del cementerio, en la cara este, donde la *lanzadera,* el R-19, aguardaba con el motor y las luces apagadas. La Transit hizo lo propio. Nadie se bajó de los vehículos.

A las 22:10 la noche estaba ya bastante cerrada —las horas de las entregas no se fijaban al azar; había que conjugar la inestimable ayuda de la oscuridad con evitar franjas horarias intempestivas en las que cualquier movimiento atrajese la atención policial—. Diez minutos exactos, ese fue el margen de seguridad que se dieron los dos miembros del comando Bizkaia —sobre la marcha los bautizamos Alfa y Bravo, y luego supimos que sus nombres reales eran Ander y Beñat, casualmente coincidían en las iniciales—. Transcurrido ese lapso, y no detectando nada extraño que les hiciera sospechar que el convoy trajese *rabo* —que lo siguiera la *txakurrada*—, decidieron que podían empezar. Emergieron de los arbustos donde habían permanecido ocultos y caminaron en dirección sur hacia la puerta del cementerio. Del R-19 se bajó un individuo que les salió al encuentro.

—*Kaixo,* vengo de parte de Gorbeia.

—*Kaixo, laguna,* somos los del Lada.

Luz verde. La Transit fue hasta la cara norte del cementerio, la más resguardada de todas, donde el Lada Niva y una Citroën C15 esperaban aparcados desde las 21:36. A las 22:33 ya habían terminado de traspasar el material.

Para *deshacer* la cita, primero salió el comando: Ander al volante del Lada, Beñat de la C15. Eran las 22:37. Ocho minutos más tarde, después de echarse un pitillo, emprendió la marcha el convoy francés. Los dejamos partir sin más, no podíamos seguirlos desde allí sin comprometer a la fuente; de acuerdo con lo planeado, pasamos los datos de los vehículos a Intxaurrondo, ellos los engancharían a su paso por Donostia.

El comando se separó apenas abandonó el cementerio. El Lada tomó la BI-625; la C15, la BI-3723. El seguimiento del Lada fue como la seda, seguir a un vehículo con *almeja* es coser y cantar. El de la C15 fue todo menos coser. Otro cantar.

Los primeros minutos, es decir, el tramo de su itinerario hasta llegar a La Peña, transcurrieron con absoluta normalidad. En carretera, un dispositivo de seguimiento puede distanciarse del objetivo y a este no le queda mucho margen para hacer perrerías —léase maniobras de contravigilancia—. Pero en un entorno urbano, las reglas del juego cambian. Hay que acercarse al objetivo más, bastante más, porque llegas a cruces donde la ruta presenta varias alternativas, o a semáforos que pueden dejarte clavado —con el mayor respeto a los guionistas de Hollywood, nadie se salta un semáforo en un seguimiento; es lo último que se haría, porque sería lo primero que el *malo* detectaría por el retrovisor—. Además, en la ciudad hay rotondas que son como vidas extra para el objetivo; le bastaría con empezar a dar vueltas y contar divertidamente cuántos coches lo siguen. Todo ello aderezado con mucho tráfico: conductores que van a lo suyo, taxistas que no perdonan ni una, repartidores que se la juegan y autobuses que te bloquean, por no hablar de peatones que cruzan la calle de golpe o que, en pleno paso de cebra, reconocen a un viejo compañero de la EGB. No son excusas, ni mucho menos —los del GAO[21] que habían venido desde Madrid para hacerse cargo de los seguimientos podían codearse con el Mosad—, mas, con la

perspectiva de la distancia, no puedo evitar echar mano de esa frase que se atribuye a Napoleón al ser informado sobre las excelencias de un general: «Sí, ya lo sé, pero ¿tiene suerte?».

Cuando Beñat se quiso dar cuenta, era tarde. No había salido apenas de la rotonda y le recorrió un sudor frío. A unos cincuenta metros, las luces prioritarias de la Udaltzaingoa anunciaban el maldito control. «*Munipas*, quizá sea una alcoholemia», debió de tranquilizarse a sí mismo. Pero no podía arriesgarse. No podía jugarse todo a la carta de que no lo parasen, porque si no acertaba, si lo paraban, las posibilidades de que no levantara sospechas eran escasas —conducía el vehículo de otra persona; su titular era un *laguntzaile*, literalmente 'ayudante', un colaborador no fichado—. Y si levantaba sospechas, la probabilidad de que no le pidieran ver qué transportaba en la furgoneta era todavía menor, y entonces no le quedaría otra que liarse a tiros, una situación con remotas perspectivas de salir vivo. Hacer la pirula para dar media vuelta tampoco parecía un buen plan, lo detectarían desde el control y los coches patrulla saldrían lanzados tras él. Miró a un lado y a otro buscando una escapatoria. Ni una bocacalle por la que escabullirse. Pensó a toda velocidad. Habría unos seis o siete vehículos entre la C15 y el control, suficiente como para bajarse de la furgoneta y largarse sin llamar la atención. Levantó la alfombrilla del copiloto, cogió una granada de mano y un subfusil MAT y los metió en su mochila; dejó el motor en marcha y las luces encendidas; respiró hondo y echó pie a tierra.

No merece la pena hacer cábalas sobre qué es lo que vio. Apuesto a que fueron paranoias suyas, el estrés debió de jugársela y empezó a imaginar *txakurras* por todas partes. El caso es que, después de recorrer unas cuantas calles saltando de

acera en acera y parándose de golpe ante escaparates para comprobar si a su espalda sucedían cosas extrañas, Beñat echó a correr. El equipo de seguimiento trató de aguantar su carrera sin delatarse hasta que lo vieron plantarse en medio de la calzada, empuñar el MAT y detener un coche para robarlo encañonando a su conductor. En ese momento se activó el plan B.

—¡¡¡Alto a la Guardia Civil!!!

Causaba el mismo efecto que gritar a un endemoniado «¡El poder de Cristo te obliga!». A partir de ese aviso, un etarra sabía que solo tenía dos caminos: la condena en la tierra o en el infierno. Beñat eligió la segunda. Falleció unos días más tarde, en el hospital de Basurto, a consecuencia de los cuatro impactos de bala que recibió al abrir fuego contra los guardias civiles. Ninguno de los cuatro disparos fue efectuado por la espalda ni a bocajarro; la autoridad judicial, con el fin de esclarecer el ajuste de la conducta de los agentes a los principios de congruencia, oportunidad y proporcionalidad, se cercioraría de ello milimétrica y concienzudamente.

Para entonces, Ander estaba llegando a la calle Zabalbide. Metió el Lada en una bajera, bajó la persiana y la cerró con candado; habían decidido procrastinar las tareas que seguían a la entrega: descargarían y distribuirían el material al día siguiente. Caminó con aire confiado hasta un portal cercano, llamó al portero automático, dijo algo al interfono y le abrieron a los pocos segundos. En el piso había, al menos, un terrorista más.

Así era. En el 3.º D lo esperaba la Pelos, se ganó ese apodo media hora después, en cuanto vimos su permanente; le daba un aire provocativo —«una loba aburguesada», la describió Carvajal por radio—, ciertamente, una imagen muy distinta al

flequillo *borroka* que lucía dos años atrás, cuando cayó el anterior comando Bizkaia y tuvo que huir a Francia por haber pasado informaciones sobre *txakurras*, políticos del PP y un militar de Mungia. En la clandestinidad férrea y espartana del *otro lado*, coincidió con Ander, huido del comando Nafarroa; no había mucho donde elegir entre los aspirantes a pistolero, pero la castidad no es muy llevadera, así que terminaron dándose alivio de mutuo acuerdo. Todavía seguían haciéndolo.

—Qué rápido…

—Ya. No había mucho tráfico.

Se dieron un beso. Ander soltó algún comentario banal sobre la entrega; el conductor del R-19 hablaba español con mucha dificultad, y de euskera ni idea, su marcado acento del Sud Ouest francés le había recordado los días de confinamiento en los *taldes* de reserva. De fondo, el escáner mantenía sintonizada la emisora de la Ertzaintza; era, por así decirlo, el hilo musical de los liberados, los asesinos a sueldo de ETA.

Abajo, en la calle, ya habíamos cerrado la zona; y en La Salve se trabajaba a ritmo frenético para obtener un mapeo del bloque y sus seis plantas, información sobre cada vecino y, lo más importante, un plano del 3.º D para la UEI. Fue entonces cuando nos llegó la noticia del tiroteo. Joder. Ante la tardanza de Beñat, arriba se pondrían nerviosos y se les abrían dos alternativas: huir o *chaparse*.

Efectivamente, en el piso la frecuencia de los vistazos al reloj aumentó, eran ya alrededor de las 23:30 y Beñat aún no había regresado. La Pelos y Ander se pegaron al escáner. Sus rostros se helaron cuando en los entrecortados mensajes de las patrullas empezó a repetirse *tiroketa*.[22] Ander se enmascaró entre las cortinas y se asomó a la ventana. Su respiración se aceleró por momentos, parecía hiperventilar; ofrecía una imagen más bien lamentable. Ella impuso la calma:

—Aparta de la ventana y siéntate ahí —le ordenó al tiempo

que apagaba la luz—. Si Beñat ha caído, tarde o temprano la *txakurrada* dará con nosotros —analizó en voz alta dando vueltas por el salón—. Beñat es duro y aguantará —«no como tú»*,* se leía entre líneas—, pero al final cantará.

Sí, todos lo hacían. Pero no debían precipitarse. En caso de *caída*, tenían instrucciones sobre cómo afrontar los interrogatorios, debían resistir lo bastante como para dar tiempo a huir al resto del *talde*. Eso les proporcionaba un colchón de unas horas para largarse del piso y ponerse a salvo en el *otro lado*.

—Pillamos la pipa y dinero y nos cogemos un autobús a Donostia. De ahí pasamos la muga, ya pensaremos cómo. Mierda, a estas horas no hay autobuses.

Si tenían que permanecer esa noche en Bilbao, les convenía separarse. Ander asentía como un autómata, seguía bloqueado.

—El que gane elige, ¿pares o nones?

—Pares —escogió él pensando en su par de huevos, tenía que reaccionar, saldría de esta.

—Nones. Me voy. *Agur, maitia.*[23]

Echó al bolso un fajo de billetes doblados, se metió la Browning debajo de los vaqueros, le dio un beso exprés a Ander y salió por la puerta. Con un par de ovarios.

—Mira qué pelos tiene esa —dijo alguien por radio.

—Esa es *mala*. Hay que seguirla —sentenció Tirado enseñándome la fotografía de marras, la que habían sacado en el *parking* del Eroski de Txurdinaga: la mujer que acababa de abandonar el portal y la que en la foto estaba subiéndose al Lada eran la misma.

Cogió un taxi. Yo no tenía nada claro adónde podía ir, pero supe que ella sí. Los segundos fugaces en que capté su mirada antes de montarse en el taxi bastaron para revelarme su

determinación.

Pasó la noche en un piso en Portugalete, cerca del Puente Colgante. Fue sencillo atar cabos. Teníamos abierta una operación en el mismo edificio; desde la desarticulación del anterior Bizkaia estábamos escuchando el teléfono del novio de I. Z. B., una huida. Bastó aplicar el sentido común y cotejar algunas fotografías: I. Z. B. era la Pelos. Convenientemente *agrisada*, socialmente estandarizada, pero ella, sin duda. En su mente analítica, la Pelos debió de haber concluido que no podía arriesgarse a ir a casa de ningún *laguntzaile* porque la infraestructura del comando terminaría cayendo como una fila de fichas de dominó. ¿Adónde ir entonces? ¿Dónde podría cobijarse sin temor a un asalto de *txakurras* de negro con láseres rojos en mitad de la noche? En casa de alguien que no fuera un familiar directo —esos siempre estaban bajo control— y con quien no hubiese tenido contacto desde que había *entrado* como liberada del comando Bizkaia: su novio. No su antiguo novio, sino el actual. Nos constaba a través de la escucha telefónica, por indiscreciones deslizadas a un amigo de esos que se usan como pañuelo, que seguían queriéndose con locura; de alguna manera, habían conseguido intercambiar cartas de amor durante todo ese tiempo —de nuevo, gracias a los «círculos *abertzales* habituales»—; sospechábamos que incluso llegaron a verse antes de que ella lograra pasar al *otro lado* después de la *caída* —cita que se anotaba en nuestro debe, ya que no fuimos capaces de detectarla.

Apenas despuntó el alba, desde la otra orilla del Puente Colgante, el teleobjetivo avizor de Tintín los cazó. Las persianas subidas del dormitorio nos permitieron presenciar su dramático beso de despedida.

Al capitán Tirado se le dilataron los ojos de gerifalte cuando

terminé de darle las novedades sobre la Pelos. Habría jurado que se irrigaron de sangre, como el vampiro que olfatea un cuello donde aplicar sus caninos.

—Te voy a mandar un grupo para que os releve.

—No hace falta, mi capitán, estamos con las pilas a tope, de verdad.

—No me has entendido.

Nos bajamos del coche. La conversación necesitaba la brisa fresca que ascendía desde la ría.

—A ver, Manel… A partir de ahora, la Pelos pasa a ser nuestro objetivo. De la Unidad. Si no estás de acuerdo, llamamos al coronel. —Alargó el brazo tendiéndome un móvil.

—¿Qué se supone que tiene que hacer entonces la comandancia con los veintitrés guardias que tenemos tras ella ahora mismo? —le pregunté lo más desafiante que pude.

—Vete a Zabalbide, vamos a reventar el piso dentro de veinte minutos. Habrá que explotar los papeles que vayan apareciendo y hacer más detenciones. Te harán falta esos guardias.

—Ya iba camino de Zabalbide. Me he desviado solo para darte novedades. Y sé perfectamente lo que es explotar una detención. En La Salve tenemos listos a más de cincuenta guardias.

Tirado te soltaba obviedades como si fueras idiota. Es la desesperante estrategia de los mediocres.

A las 4:00 la Unidad Especial de Intervención de la Guardia Civil irrumpió en el piso de Zabalbide. Volaron la puerta con explosivo plástico y aseguraron los 59 metros cuadrados en siete segundos. Cuando nos dieron vía libre para entrar, Ander todavía se estaba vistiendo. Con el tembleque, no acertaba a calzarse las botas; nos observaba en silencio, desconcertado,

con la impotencia de un abducido que de golpe se encuentra rodeado de seres verdes. Entre sus muchas perplejidades, debía de plantearse por qué todos llevaban pasamontañas si él era el único terrorista.

Nada más empezar el registro, reparé en unas llaves sobre una mesita en el recibidor. No sabía si preguntar, así que agarré del brazo a Miguelón y señalé discretamente el manojo. Él sabría si convenía o no preguntar.

—¿De qué son estas llaves?

Con las manos esposadas a la espalda, Ander se hizo el sueco. El secretario judicial intervino:

—Te ha preguntado que de qué son las llaves.

—De una bajera.

—De una bajera, dónde.

—Ahí abajo…

—Ahí abajo, ¿dónde? —insistió Miguelón.

—En el 26.

—¿Y estas otras de coche?

—De un coche pues. Está en la bajera.

Dos horas y dos minutos más tarde, los testigos firmaban el acta de entrada y registro y el secretario daba por finalizada la actuación judicial en el 3.º D del número 19 de la calle Zabalbide de Bilbao. Ahora tocaba ir a la bajera. Mientras bajábamos las escaleras hasta el portal, me adelanté con Miguelón; necesitaba aclarar algo.

—Oye, entonces, ¿da igual que encontremos el Lada? —le pregunté por lo bajinis.

—*Queremos* que lo encuentren, tío. Después te lo explico.

36

El desvío (Detour)

EDGAR G. ULMER, 1945

La Salve era un hervidero. La caravana para bajar a Madrid se fue disponiendo en la explanada situada debajo de la autovía; una vorágine de coches y guardias del SIGC, del GAR, de PJ, de la USE se desplazaban en torno a mí como los electrones de un metal incandescente. Mi móvil sonó. Era Tirado: «Bájate a Madrid a Ander y los que tengáis por ahora. Olvídate de la Pelos, todavía estamos tras ella».

—¿Qué pasa, jefe? —me preguntó Carvajal.

—Nada… ¿Cuántos detenidos tenemos entonces? ¿Seis?

—Siete si al final la USE *tira* de la Pelos. Y si salimos ya, claro, porque esta tarde caerá alguno más. Hágame caso, vámonos cuanto antes, hay que ir adelantando trabajo en Madrid. Aquí se quedan los tenientes Arturo y Tellado a cargo de la explotación. Usted, como instructor, ya tendría que estar en la Dirección preparándolo todo para las diligencias, los interrogatorios, los forenses, ¿sabe cómo le digo? Al final nos faltará tiempo, en cuanto lleguen los detenidos tenemos que estar listos para tomarles manifestación. Cinco días se pasan volando, créame.

El Grillo llegó subiendo las escaleras y se incorporó jadeante a la conversación:

—Putas escaleras… Mi teniente…

Me entregó un fax. La Audiencia Nacional confirmaba la incomunicación de los detenidos durante cinco días a partir de su detención.

—Tomahawk, te buscan abajo, nadie encuentra las carpetas, hay que llevárselas a Madrid —le dijo el Grillo ya respirando mejor.

—Qué tarugos sois. Les he dicho a Viki y a Maisi que las llevasen al ZX, tienen que estar ahí. Las de Urkia y las de Colgante.

—Las de Colgante casi que las podemos dejar. Me da que la USE no va a *tirar* de la Pelos —replicó el Grillo.

—Ya estás con tus pajas mentales… La van a trincar en cualquier momento. Antes de esta noche, te digo que *tiran* de ella.

—¿Por qué te da eso, Grillo? —quise saber; tenía muy buenos contactos en la USE y seguramente manejaba información más fresca que nosotros.

El Grillo suspiró arqueando las cejas. Iba a contestarme cuando tras él, en un ángulo, sorprendí a dos guardias de la reserva zarandeando a un detenido al introducirlo en un furgón celular. «¡*Gudari* de mierda, te vas a cagar…!».

—¡Eh! —los increpé. Me fui hasta ellos y les advertí de forma tajante—: Si al llegar a Madrid tiene un solo rasguño, lo hago constar en las diligencias con vuestro DNI como responsables de su traslado. Aquí cada uno se come lo suyo.

Me asomé al furgón. Lo reconocí por los pantalones de chándal rojos. Era el *laguntzaile*, el dueño de la C15; al detenerlo en su ferretería a primera hora de la mañana, el rojo Adidas me había llamado la atención. Un hombre engrilletado y encapuchado, sentado en la penumbra de un furgón celular maloliente y mugriento. «Aquí cada uno se come lo suyo», me repetí.

Hasta que ultimaran la caravana con los detenidos podrían pasar todavía unas horas, así que seguí el consejo de Carvajal y decidí salir hacia Madrid sin más dilación. En el Txarli nos pertrechamos de bocadillos y Coca-Colas; no pararíamos ni a comer. Llegaríamos con tiempo para dar novedades al coronel, instalarnos en algún despacho prestado, pasar por la sobria residencia del Tercio a dejar nuestras cosas, ducharnos —la última ducha hasta ir a la Audiencia cuatro noches después— y cenar algo en La Llama —nuestra última cena decente—. Cuando llegasen los detenidos, estaríamos frescos y preparados; lo tendríamos todo a punto.

El comandante Fidel nos deseó suerte y serenidad —una despedida tan parca como apropiada; en cierta manera, nos disponíamos a jugar una mano salvaje de póker contra un perverso tahúr—, y nos dejó su coche oficial, el 505. Aunque un pelín demodé, en aquellos días un Peugeot 505 no dejaba de ser un *carraco* y Santos se pidió conducirlo; más que por disfrutar del vehículo, me temo que no se fiaba de mis despistes viales. Iba a ser mi secretario en las diligencias, el comandante me había nombrado instructor a mí, y pasamos el viaje bromeando sobre ello; me tranquilizaba contar a mi lado con un leal e incansable buldócer como él. En el asiento de atrás venían Santamarina, para amarrar las tomas de manifestación, y Carvajal, como mejor interrogador de la comandancia. Nos seguían el Grillo, Tintín, Ederra, el Nipón y Mikel —al volante, cómo no—; los cinco en el ZX. Su morro se pegaba impacientemente al 505. Suele ocurrir cuando 113 caballos de tiro intentan marcar el ritmo a 75 potros bravíos.

Fue quitarle la capucha y esconder la mirada. La mantuvo gacha, clavada a mis pies, no osó elevarla ni un grado. Quién sabe, quizá temiera que su rostro no estuviese lo bastante

tumefacto y alguien quisiera completar la faena. Los hematomas se concentraban más bien en un lado, el mismo donde una costra de sangre reseca cruzaba su labio. Un salvavidas. Que le hubiesen dado en el mismo lado casi todas las hostias era una suerte bendita; llegado el caso, cuadraría mejor con un *accidente*. Bajo las embarradas perneras del chándal rojo, se advertía el temblor de sus piernas.

—Dadle algo caliente, un café, lo que sea. Y que descanse —ordené.

Salimos de los calabozos. En el aparcamiento de la Dirección General de la Guardia Civil no había un alma.

—Me cago en mi puta vida —murmuré encendiendo un cigarro. Di una calada profunda y repetí, esta vez ensañándome en cada sílaba—: Me-ca-go-en-mi-pu-ta-vi-da.

Santos me observaba negando con la cabeza, tampoco aceptaba la situación.

—Tenemos que decírselo al comandante.

—Llámalo tú… Yo voy a hablar con el coronel.

Antes volví un momento a los calabozos.

—Aquí no entra ni Dios sin mi permiso. Ni de la USE ni de su puta madre. Ni el coronel. Ni el puto juez de la Audiencia Nacional. Al que deje entrar a alguien sin mi permiso, me lo follo. —Señalé el libro registro de detenidos apoyado sobre la mesa—. Y ese libro lo quiero perfectamente cumplimentado en tiempo real.

Tan pronto como cerré la puerta, Mikel y Ederra tiraron al suelo sus cigarrillos a medio fumar. Yo recuerdo muy bien mis palabras, en ningún momento les había prohibido fumar en los calabozos.

Deambulé cavilando cómo abordar la conversación con el coronel. Cuando me quise dar cuenta, estaba en la otra punta del aparcamiento; no era un aparcamiento al uso, más bien un gran Tetris en el que sacar un coche requería la visión espacial

suficiente para identificar los vehículos que había que desencajar y encajar, por lo cual, sujetas bajo los parabrisas, unas fotocopias plastificadas recordaban al personal la obligación de dejar puestas las llaves.

El móvil interrumpió mi abstracción.

—¿Qué pasa, chaval?

Tirado sabía cuánto me jodía lo de «chaval». Era una expresa declaración de intenciones del talante de su llamada.

—A la orden, mi capitán… Ya sabes qué pasa.

—Oye, acabo de hablar con el coronel, ya se lo he contado todo y va a llamar a tu jefe: no pasa nada.

—¿Que no pasa nada? Paráis un convoy con un detenido que está bajo mi custodia como instructor de unas diligencias, cogéis al tío, os lo lleváis al monte y me lo devolvéis hecho un cristo. ¿Y no pasa nada? ¿Vas a firmar tú esto en las diligencias? No, ¿verdad? Voy a firmarlo yo, y en la Audiencia Nacional soy yo quien va a poner cara de gilipollas al juez, y soy yo quien va a terminar en el trullo. ¡Pero no pasa nada, no! ¡Claro que no, tus putos huevos…!

—¡Chsss, chsss…! Tranquilito… Te digo que no-pa-sa-na-da, esto es normal. No eres el primero al que le pasa algo así…

—«¿Al que le pasa algo?». ¿A mí? ¡A mí no me ha pasado nada! ¡Vosotros habéis hecho que me pase algo, que es muy distinto!

Tirado soltó un profundo suspiro.

—Mira, chaval, ahora no tengo tiempo para explicarte nada, pero todo lo que se hace tiene un porqué. Todo tiene un porqué. Ya hablaremos. Tú lo que tienes que hacer ahora es justificar en las diligencias lo que ha pasado.

—¿Qué…?

—Atiende: el *laguntzaile* se estaba quejando porque quería ir al baño, nos hemos parado para dejarle hacer sus necesidades, lo hemos bajado del furgón, le hemos quitado los grilletes y se

ha escapado corriendo, hemos salido tras él y cuando lo hemos pillado ha habido que reducirlo a la fuerza.

—Joder… —No daba crédito a lo que oía—. Todo el mundo sabe que los detenidos se cagan y se mean en el furgón, que nunca se para. ¿De verdad crees que alguien se va a tragar eso? ¿Tú le has visto la cara al tío? ¿Con qué valor le digo al forense que esa cara es de «reducirlo a la fuerza»?

—Si no te convence, siempre puedes contar que antes de salir de Bilbao se cayó por las escaleras de La Salve. Pero esa historia ya se ha usado más veces. No creo que cuele.

Le colgué.

«Aquí cada uno se come lo suyo».

—¡¡Me cago en mi puta vida!!

Le hacía *arriba*, siguiendo a la Pelos, y se encontraba a tan solo unos metros de mí, en la Dirección. Mientras hablábamos por teléfono, me había estado observando desde el despacho del coronel.

—Ya lo ha oído, mi coronel. —Tirado chasqueó la lengua enfatizando artificiosamente su desengaño—. Esto le viene grande, muy grande; tenían que haber mandado como instructor a alguien con más experiencia. —Corrió las cortinas del ventanal y fue a repanchingarse frente al escritorio del coronel—. Este se pasa el día detrás de las guardias. No se dedica a otra cosa.

Con gesto grave, el coronel García guardaba silencio.

—Volviendo a la Pelos, ¿le parece entonces que demos ya la noticia?

Los párpados del jefe del SIGC asintieron. Se anunciaría entonces: I. Z. B. había escapado al operativo desplegado por la Guardia Civil. «Oficialmente», pasaba a engrosar la lista de huidos del comando Bizkaia.

37

El signo de la cruz (The Sign of the Cross)

CECIL B. DEMILLE, 1932

Cuando pisabas los antiguos calabozos de Tráfico te preguntabas si, fruto de una antojadiza casualidad, Jorge Valdano no se habría pasado por esas sórdidas dependencias en 1986, poco antes de acuñar en *La Revista de Occidente* la famosa expresión «miedo escénico». En honor a la verdad, confesó más tarde el futbolista argentino, el par de palabras con las que logró condensar el «factor cancha» de las remontadas europeas del Real Madrid lo tomó prestado de un artículo de Gabriel García Márquez publicado en *El País*. Efectivamente, en su edición del miércoles 3 de agosto de 1983, bajo el título «No se preocupe: tenga miedo», el nobel colombiano, al repasar los grandes miedos de la vida, afirmaba que «para muchos uno es el peor: el miedo escénico. Es decir, ese terror de hablar en público, que solo quienes lo padecemos sin remedio conocemos hasta qué extremos de confusión puede conducir». El concepto nació, pues, en un contexto bien diferente del que le hizo famoso y, como las mutaciones de un virus incontrolado, terminó replicándose en un sinfín de situaciones igualmente distintas. Por citar una, para nosotros familiar, entre la militancia de ETA se asociaba a los calabozos de la Dirección General de la Guardia Civil en Madrid.

Añadía Valdano, ahondando en el funcionamiento del concepto, que «a los jugadores del Real Madrid nos euforizaba y a los del equipo contrario los acobardaba». Ese es el quid, su más genuino atributo: el miedo escénico opera en doble sentido. A unos los envalentona, a otros los acojona. Es lo que sucedía en los antiguos calabozos de Tráfico.

—Jokin, ¿sabes por qué estás aquí?

El *laguntzaile* negó con un movimiento casi imperceptible de la cabeza.

—Jokin, ¿sabes por qué estás aquí? —insistió Tomahawk.

Jokin enarcó las cejas. En el pasamontañas de Tomahawk, un resoplido se escapó por el hueco de la boca.

—Jokin, ¿sabes dónde estás?

Más silencio como respuesta.

—Está bien, está bien, te lo diré yo: estás en Madrid, en los calabozos de la Guardia Civil. ¿Has entendido esto?

La mirada de Jokin no se apartaba de las bridas que sujetaban sus muñecas, y la mesa impedía ver sus piernas, pero uno apostaría a que ni un pliegue de su pantalón rojo Adidas se movía. Ni rastro de su anterior nerviosismo.

—Jokin. Mírame.

El *laguntzaile* deslizó la vista por la mesa hasta toparse con su interrogador: llevaba un pasamontañas idéntico al de los dos *txakurras* que tenía a su espalda; los vio al entrar en la sala, ahora solo los oía moverse y carraspear.

—Te estoy preguntando si has entendido que estamos en los calabozos de la Guardia Civil de Madrid.

Por fin asintió.

—Vale, lo has entendido. Entonces te lo preguntaré de nuevo: ¿sabes por qué estás aquí?

Musitó un «no».

—No lo has entendido entonces. No has entendido aún dónde estás.

—No, no lo ha entendido —oyó Jokin tras él—. No lo entiende el pobre chaval.

—A ver, te lo voy a explicar. Vas a estar aquí cinco días. Uno, dos, tres, cuatro y cinco. Y lo que no has entendido es que aquí los días se hacen muy largos, *molto lunghi,* como decía Juanito. —Su tono era afable, llegaba a desconcertar—. Pero yo te voy a ayudar, Jokin. Te voy a dar a escoger, yo siempre doy a escoger. Te ofrezco dos opciones. Opción A: cantar. Opción B: cantar con hostias. Tú eliges. Nos lo cuentas todo como un campeón y luego te pasas los cinco días comiendo y durmiendo como un pachá, y esto se te hará corto; o te haces el machote como un buen *gudari,* te cae la del pulpo durante cinco días, terminas contándonos todo y esto se te hace más largo que un día sin pan. Personalmente, prefiero la A. Pero los dos que están a tu espalda están deseandito que escojas la B.

El pasillo de los calabozos apestaba a moho y tabaco. Consciente de contribuir a espesar el hedor, acepté un Ducados de Carvajal.

—No debería fumar, jefe.

—No me ofrezcas entonces. ¿Cómo va?

—Va, no se preocupe.

—Ya. Pero ¿dice algo o no?

—Aún no. Pero no se preocupe.

Torcí los labios, no muy convencido.

—Yo creo que no miente. Este tío solo les dejaba la C15; no ha participado en nada. Ni en la *lapa* de La Peña ni en el ataque al cuartel de Gernika. Mucho menos en lo del Txaku. Es un pobre diablo.

Quien ahora hizo una mueca de recelo fue Carvajal.

—Jefe, ¿no se ha preguntado por qué cuando entramos ahí dentro nos ponemos el pasamontañas?

«En mi caso, para que no se descojonen de mi cara de crío», pensé a bote pronto.

—No sé si te sigo… Para que no nos reconozcan, es obvio, ¿no?

—No. Joder, qué frío hace aquí. —Se abrochó la camisa vaquera que llevaba abierta sobre una camiseta interior blanca —. Piense, ¿no sería más cómodo ponerles a los detenidos una capucha y nosotros ir sin pasamontañas? Tampoco nos reconocerían. Así que esa no es la razón, la verdadera razón…

Se quedó en silencio. Lo examiné confundido, no parecía tener intención de seguir hablando.

—¿Qué pasa, jefe? Está tratando de leer la expresión de mi cara, ¿verdad? Intenta descifrar en mis gestos por qué he dejado a medias la frase, qué pasa por mi cabeza, ¿no? No se puede interrogar sin ver la cara de la persona. Yo apenas escucho cuando responden; hago el trabajo mientras pregunto, observo cómo reaccionan a cada una de mis palabras. Cuando estás preguntando, es cuando ellos preparan el relato de la respuesta. Ahí es donde los pillas. Antes de que un tío abra la boca, ya sé si va a decir la verdad. Las mentiras son silenciosas.

—Y la cara de este ¿qué te dice?

—Que miente como un bellaco.

El Grillo se acercó a nosotros.

—Jefe, déjeme entrar.

—Vamos afuera —respondí tras dudar un segundo.

En el patio, Carvajal volvió a ofrecer sus Ducados.

—Prefiero del mío —declinó el Grillo sacando una cajetilla de Winston.

Esperé a que encendiesen sus cigarrillos, yo estaba saturado de nicotina.

—Grillo, estás procesado. Es una temeridad que te metas ahí.

—Jefe, sé lo que me hago. Usted firma estas diligencias y no voy a enmarronarle. Me conoce, tiene mi lealtad. No puedo decirle más.

Busqué la mirada de Carvajal.

—Piensa en Campesinos, tío —le aconsejó.

De vuelta en los calabozos, opté por dejarlos a solas. Si de verdad confiaba en ellos, era lo más apropiado.

—Me quedo aquí —anuncié, y me apoyé en la mesa donde Viki repasaba el registro de detenidos—. Vamos a echar un vistazo a ese libro.

Mientras atendía las explicaciones de Viki, los seguí con el rabillo del ojo. Justo antes de entrar a la sala de interrogatorios, en el mismo umbral, el Grillo besó el crucifijo de su cadena.

Añadía García Márquez en su artículo que «alguien que le tenía miedo al avión —como tantos viajeros de hoy— contó que el más intenso de su vida lo había sentido en la cabina de una enorme nave trasatlántica. Lo había invitado el piloto, que en esa forma trataba de demostrarle que la seguridad y el método rutinario de la tripulación eran la vacuna más eficaz contra el terror del vuelo. La demostración fue muy convincente, hasta el instante en que el avión se colocó en la cabecera de la pista y la torre de control dio la orden de despegue. Entonces, tanto el piloto como el copiloto hicieron una pausa instantánea en su trabajo y se santiguaron al unísono».

ϒ

Le preguntaron por el asesinato del Txaku: quién había pasado la información.

—Si *sabría*, ya diría.

Eso fue alrededor de las once de la noche. Pasadas las nueve de la mañana, me llamaron al móvil. Le pedí a Santos que lo cogiera él porque estaba sonando el teléfono de sobremesa; debía de ser de la Audiencia, esperaba una llamada de la forense.

Un par de minutos más tarde colgamos casi a la vez.

—«Si sabría, ya diría» —me dijo Santos con su cortante sarcasmo—. Se ha pegado la noche así. «Si sabría, ya diría; si sabría, ya diría…». Y estos: «Que vale, que nos lo digas…». Hasta ahora, tío: diez horas así. Acaba de cantar, el muy cabrón.

«El público tenía una fe un poco insensata». Che, Jorge, ¿no sabés que la fe es siempre insensata?

38

El secreto de sus ojos

JUAN JOSÉ CAMPANELLA, 2009

El estruendo la despertó. ¿Qué había sido eso? ¿Una explosión? ¿De gas? Lo que fuera había explotado en su casa o en la del vecino, muy cerca. Había sido ensordecedor. Sacudió el hombro de su marido, aún se estaba despabilando.

—Juanma, Juanma…

—¿Karmele…?

Karmele vio un punto rojo sobre la frente de Juanma. Se volvió. En la penumbra adivinó dos siluetas de negro, forzó la vista para distinguirlas mejor. Parecían dos *geypermanes*, sus armas despedían sendos filamentos de luz roja. Directos a ella y a su marido.

—Guardia Civil, manos a la cabeza.

Emplearon un tono templado, se diría que andaban con tiento de no despertar a los vecinos. Contra todo pronóstico no gritaron. Lo hizo ella:

—¡¡Jontxu, mi hijo!!

Diez minutos más tarde, Juanma ya se había vestido, lo habían engrilletado, le habían informado de que lo detenían por un presunto delito de colaboración con banda armada según el artículo 576 del Código Penal, por lo cual estaba incomunicado, y le habían leído sus derechos.

—¿Puedo despedirme?

Los agentes de la UEI que lo custodiaban buscaron la mirada de su jefe. Desde el fondo del pasillo, los ojos azul hielo del teniente dieron el OK. El detenido se acercó a su mujer y su hijo. Karmele aferró los hombros de su marido y Jontxu se apretujó contra la barriga de su papá. Así, fundidos en uno, lloraron los tres. Juanma se agachó entonces, con dificultad, las manos engrilletadas a la espalda casi le hicieron perder el equilibrio. Besó a su hijo en la mejilla poblada de pecas y lo miró fijamente.

—Todo irá bien. *Ez kontatu inori gure sekretua*.[24]

No haría falta que lo guardara. Un par de horas antes, Jokin, el *laguntzaile*, lo había desvelado por él.

Cuando Jontxu regresó a su habitación para ordenar las cosas que habían revuelto los guardias de negro, lo primero que recogió del suelo fue su uniforme del cole. Habían dejado hecha un ovillo su chaqueta de punto verde Oxford.

Dos pisos más arriba, en el 4.º A, la viuda reciente de un guardia civil se desesperaba intentando calmar con su calostro el llanto de otra inocente criatura.

39

La furia (The Fury)

BRIAN DE PALMA, 1978

—¿Sabes qué es eso?

—Una guía.

—¿Y sabes para qué sirve?

—Sí pues.

—¿Pues?

—Ya sabes tú.

—Qué.

—Que pegáis con eso.

—Que pegamos con eso…

—Sí. Porque no deja marcas.

El *txakurra* del pasamontañas estiró el brazo y cogió de la mesa la guía de teléfonos.

—Hombre, pegar, lo que se dice pegar… —explicó haciendo una U con la guía—. Es blandita, ¿ves?, muy flexible. Yo la he probado y no duele tanto. Es más la impresión del ruido. —Volvió a dejarla sobre la mesa, a una distancia equidistante de ambos—. Mira, Ander, llevamos aquí casi un día y no te veo colaborar. ¿Te explico otra vez lo de la opción A y la opción B? ¿O te acuerdas? Jokin se la aprendió rápido, pero tú…

Ander se encogió de hombros. Las voces tras él reaccionaron ansiosas:

—¡Bañera!

—¡No, no, mejor bolsa!

—¡Déjate, electrodos, tío, electrodos!

—¡Ya está, ascensor, potro y después el elefante!

—¡Sí sí, el elefante, le hacemos el elefante!

—¿Y bien? —retomó su interrogador.

—Me acuerdo, me acuerdo.

«Ha agachado las orejas como un corderito», me informó Carvajal sobre Ander; había subrayado con dudas el «como». Era lo habitual, que el miedo escénico nos facilitase el trabajo. Se derrumbaban solos. Solían ser pusilánimes. «Este lo parece, la agitación de sus párpados lo sugiere, pero no se fíe, hágame caso», apostilló. A sus temperamentos frágiles, se añadía la situación anímica intrínseca a toda *caída*; ETA debió introducir ese vocablo en su argot, en detrimento de otros sinónimos, porque conlleva la aceptación de «caer» en manos del enemigo. «Ya están bastante cagados, no hay que asustarlos más, solo desbloquearlos. Cuando entro ahí, mi objetivo es que me vean como a un sacerdote, ¿sabe cómo le digo? Si uno comete un pecado, se confiesa, ¿no? Yo les ofrezco la absolución. Para muchos es un alivio soltarlo todo y descansar por fin. El problema son los *ateos*, los que no creen en Dios ni en su Iglesia, que soy yo, y entonces me toca vestirme de inquisidor. La cara y la cruz de la religión».

—Jefe —me advirtió apagando su cigarro contra la pared—, si de verdad quiere entrar ahí conmigo, prepárese para un descenso a los infiernos: este tío no es lo que aparenta. «Guardaos de los que vienen vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos», Evangelio según san Mateo. ¿Sabe que estudié en un seminario? Nadie lo cree, pero tengo más de cura que de guardia civil. Es mi ventaja competitiva sobre los demás

interrogadores.

Ander lo contó todo. La misma historia que todos contaban pero, como dicen ahora, «customizada». Su captación cuando trabajaba de camarero en la *herriko* de la Rochapea; las informaciones que elaboró y pasó —de unos policías que poteaban en el bar de un tío suyo en Mendillorri y de un guardia que vivía por Conde Rodezno y tenía un descapotable—; su huida tras la *caída* del Nafarroa —nos aportó una descripción muy detallada de un caserío por Etxalar donde estuvo *chapado* dos meses—; su periplo en el *otro lado*: las casas por donde fue pasando, el cursillo de formación, la despedida del comando a modo de bendición paterna antes del paso de muga… También reveló que el jefe del aparato militar era una mujer; ya lo sabíamos.

Luego, antes de desgranar su etapa como liberado del comando Bizkaia, nos aclaró la duda que aún nos quedaba por resolver. Por qué, si dieron el buzón por *quemado* al detectar a la Policía —los Manolos—, no dieron también por *quemado* el Lada de K. A. A., que era el vehículo que empleaban para ir al buzón. Nos explicó que en un principio sí descartaron su uso, pero que al pasar más de un mes y ver que a K. A. A. no lo habían detenido, y además él les aseguraba que no lo estaban siguiendo ni había notado movimientos extraños —mensaje que intencionadamente Especiales dictó a K. A. A.—, el comando cambió de idea y volvieron a usar el Lada para la entrega de material en el cementerio de Basauri.

Finalmente le preguntamos por su participación en las *ekintzas* —el más crudo de todos los eufemismos de ETA: a los atentados les llamaban «acciones»—. De su narración, nos impresionó la sangre fría, los detalles prolijos que su mente atrofiada había registrado y ahora afloraban espontáneamente.

Se me antojó un alma descarriada que, a las puertas del infierno, glosa sus maldades al diablo con la cabeza bien alta.

—Jokin nos deja la C15, ese día él no puede venir porque sus *aitas* son muy mayores y hace turnos con sus hermanos para cuidarlos. La lanzadera la tenemos ya preparada, en la bajera, la preparamos con Jokin, ahí sí que estuvo y nos ayudó, él sabe, los fines de semana trabajaba de albañil en Berriz, *oyes*, nos vino muy bien para hacer el cemento y eso, no es fácil, no creas. Cargamos en la furgoneta y, hostia, vemos que pesa un montón y tenemos que pasar por una gasolinera a inflar las ruedas, por si revientan del peso, la liamos si revientan, una de Petronor en el mismo camino a Gernika, nos acojonamos un poco, que te reconozcan, ya sabes. Voy con Idoia, conduce ella. Atrás lo tapamos todo con mantas y cacharros, una bici vieja, una Orbea, hostia, maja, bueno, el chasis oxidado pero maja, y cubos de plástico y herramientas y así, como chatarra. Si nos paraban, decíamos que estábamos vaciando un local, que era basura para tirar.

—Si pesaba tanto la *lanzadera*, ¿por qué no vas con Beñat?

—¿Dices por fuerza? Qué va, no conoces a Idoia, tiene más fuerza que un tío. Y más mala hostia, *¡mecagüendios!*

—Sigue.

—Pues…

—Vais con la *lanzadera* de camino a Gernika.

—Ya… Pues nada, llegamos, dejamos todo, ponemos el temporizador y nos vamos.

—¿Teníais ya estudiado dónde colocarla?

—Idoia sabía, había estado mirando antes. Conocía Gernika porque un primo suyo es de allí, uno que es pelotari, de campeonatos. Idoia decía que era muy bueno.

—¿No sabíais que había niños en el cuartel?

El pasamontañas de Tomahawk se volvió hacia mí. Era la primera vez que yo abría la boca. Los pasamontañas anulan el

lenguaje no verbal de los rostros hasta dejar los ojos como únicas claves que descifrar. Las de Carvajal eran diáfanas: «Jefe, no hay que entrar nunca en eso, solo queremos datos objetivos, lo moral no nos interesa, no se puede explotar policialmente». Mis ojos le respondieron con claves igualmente fáciles de interpretar: «Lo sé, Tomahawk, lo sé. Pero voy a seguir. Debo hacerlo».

—¿No me has oído? Te he preguntado si no sabíais que había niños en el cuartel.

Se encogió de hombros.

—Saber… Se supone.

—Y te parece bien.

—Ni bien ni mal. Qué quieres que te diga.

Sus ojos oscuros se escabullían como cucarachas al encenderse la luz.

—Tú accionaste el temporizador. Fuiste tú, ¿no?

—Sí sí, te digo… Pero que no está ni bien ni mal, *oyes*, nosotros lanzamos granadas contra el cuartel, ya está, si vosotros estáis con niños o con la familia pues… Es… No es nuestra culpa. Me parece, ¿no?

Mi silencio enconado debió de conminarlo a seguir:

—Si me preguntas a mí, te digo que no quiero que mueran niños y eso, ¡soy de ETA, no soy un monstruo, la hostia! Pero también te digo que si tendría que vivir en un cuartel, yo no viviría con la familia, la familia la dejas en el pueblo, con los *aitas* o donde sea, en el cuartel es… como si los llevarías a la guerra, *oyes*, y si es una niña pequeña pues ni te digo. Los padres ya saben, yo si tendría una niña pequeña no haría como ellos.

Sentí la atracción de la guía de teléfonos, parecía llamarme desde la mesa. Me vi agarrándola, yendo hacia él y tumbándolo de la hostia que le sacudía en la cabeza. «Esta por la pequeña Itziar. Una, solo una, qué menos».

No hice nada de eso. No habría sido un buen ejemplo para nadie, no digamos para el Grillo. No. No le hice vomitar por la boca su alma inmunda. Eso habría sucedido en mi otra vida, la de ¡luces, cámara, acción! en la que me evadía de mis cobardías.

Salí del calabozo apretando los dientes —apretar los dientes es de cobardes, supongo.

Y llegamos al asesinato del Txaku. Ander empezó a evadir más la mirada, a juguetear con los dedos. Su redención no alcanzaría tanto, era consciente. Podríamos perdonarle todo menos eso.

—Disparó Beñat. Yo esperaba en el coche.

El Grillo le hizo a Tomahawk un gesto discreto y salieron los dos. Fue cerrarse la puerta y empezar de nuevo las voces a la espalda de Ander:

—Qué bien, nos dejan solos con él.

—¿Qué le hacemos, tío?

—Este hijoputa quiere que el atentado del Txaku se lo coma Beñat —le susurró el Grillo a Carvajal en el pasillo—. Ya hemos visto esto otras veces, si hay un muerto en el *talde*, le encaloman los asesinatos.

—Grillo, él no sabe que Beñat está muerto. Antes de que le detuviéramos pudo haberse enterado del tiroteo, pero no de cómo acabó, y desde entonces ha estado incomunicado. No va a ser tan gilipollas para arriesgarse a acusar a Beñat de la muerte del Txaku si en la sala de al lado Beñat pudiera estar acusándolo a él de lo mismo. Está convencido de que le estamos creyendo, lo último que quiere es que empecemos a dudar, que pensemos que miente. No quiere estopa, ni olerla.

Todo lo que tiene de hijo de puta lo tiene también de *cagao*.

—Que no, Tomahawk, te digo que miente. Déjame a mí.

Cuando regresaron al calabozo, las voces en la nuca de Ander se lamentaron:

—Vaya, ahora que teníamos listos los electrodos…

—Joder, qué poco tiempo nos dejan. Bueno, para la próxima ya los tenemos a punto.

Tomahawk y el Grillo volvieron a sentarse enfrente de Ander, cada uno en su sitio. Esta vez tomó la palabra el que antes había permanecido en silencio.

—Oye —se arrancó el Grillo—. Vuelve a contarme lo del guardia en Basurto.

—Ya os he dicho…

—Quiero que me lo cuentes a mí.

—Yo esperaba en el coche, fue Beñat… No sé qué más quieres que te cuente.

—Solo una curiosidad… Eso, ¿cómo lo decidís? ¿Lleváis un turno o cómo hacéis?

—¿Decidir el qué?

—Quién hace la *ekintza*.

—No… —Se rio. Se rio como la hiena que encuentra divertida la súplica de su víctima—. Cómo vamos a hacer un turno para eso… No sé, comentamos.

—¿Y qué comentasteis?

Tardó más de lo normal en dar su respuesta:

—Pues…, como era con la pipa, pues… era distinto, ya sabes. No era como poner la *lapa* del guardia en La Peña; ahí llegó Idoia, abrió el coche y ya está; es de noche, vas con cuidado y no te ve nadie. Pero la pipa, pues… no es igual. Comentamos que Idoia no, porque es más fácil que la identifiquen después. Ella quería, ¿eh?, pero Beñat dice que no,

que un hombre mejor, que los testigos se fijan menos, que a ella le van a mirar el culo. Idoia lo mandó a la mierda, pero es verdad, a una mujer la miras más… Idoia tiene buen culo, ya os habréis fijado.

Esperó en vano que le riésemos la gracia.

—¿Entonces?

—Lo echamos a suertes.

—A suertes.

—A la carta más alta. Beñat sacó una sota y yo un rey. —La hiena volvió a sonreír—. Quien perdía disparaba.

El Grillo respiró hondo y deslizó las manos sobre el pasamontañas, igual que si se peinara sus aprisionadas melenas.

—Me estás tangando.

«Uy, uy, uy, tangada, tangada», saltaron las voces tras el detenido. «Menos mal, ya era hora de que mintiese, joder, qué aburrimiento hasta ahora», siguió solo una. «A ver si nos dejan hacer algo por fin», añadió otra. «¡Tangada, tangada…!», repitieron como quien anima a su equipo en el estadio.

—El que ganaba disparaba.

Las palabras del Grillo sonaron inapelables.

El rostro de Ander no reflejó ninguna reacción. Ahí su frío disfraz falló.

—El que ganaba disparaba —repitió—. ¿Sí o sí?

—¡Que te estoy diciendo que disparó Beñat! ¡La hostia! ¿Qué quieres, que te jure o qué?

—Mira, hijo de puta, ¿adónde crees que hemos ido antes?, cuando hemos salido, ¿adónde crees? Beñat está ahí al lado, en la otra sala. Le hemos preguntado. Si quieres, lo traigo ahora mismo. Lo agarro de los pelos y lo arrastro hasta aquí y le dices a la cara que fue él quien disparó.

En los primeros pasajes de la película *Banderas de nuestros padres*, la voz en *off* de uno de sus protagonistas rememora sus días en Iwo Jima mientras pasea entre los ataúdes de su funeraria:

> Hay muchos imbéciles que se creen que saben lo que es la guerra, sobre todo aquellos que nunca han estado.

Yo estuve en una. Sé cómo es la guerra. Y descubrí la más aterradora de las verdades: la verdad de los hombres.

—Quince años o así, no voy a estar más en el maco. Cuando salga tengo cuarenta, como un chaval… Voy a pillarme una pipa y voy a ir a por ti. Te voy a picar el billete como al de Basurto. Vas a temblar en el suelo delante de mí igual que hacía tu compañero.

El cordero se había transfigurado en lobo.

Lo llevaron de vuelta a su calabozo. Se imponía una pausa. De momento, lo mejor era olvidarse de él y tomarse un descanso. Eran casi las cinco de la mañana, Tomahawk los citó a las ocho. «Duchaos con agua fría antes de volver».

Peperolo se quedó de guardia custodiando a los detenidos. Sacó sus *Veinte poemas de amor y una canción desesperada,* una versión facsímil de la primera edición de 1924, la de Nascimento; la llevaba a todas partes en su riñonera junto a una Walther PPK del 7,65, «un matagatos» según Carvajal, más propenso a calibres intimidatorios *per se*, a lo que Peperolo le replicaba: «Las pistolas tienen que ser ligeras como la poesía; si no, son artillería pesada, y eso ya es prosa: escribir a cañonazos es fácil».

De entrada, lo último que podías imaginar es que fuera culto y sensible, pues la naturaleza le había marcado con una

molesta voz de cazalla que su acento a olivar jienense terminaba de apuntillar. «La primera vez que vi un portero automático tenía catorce años, el campo no perdona», solía decir. Saberse de memoria todos y cada uno de los poemas no suponía una excusa para no releerlos; al contrario, le generaba una especie de mono difícilmente explicable. Dispuesto a evadirse con la paz que acompaña a la madrugada, se encendió un pitillo y abrió el libro al azar. «Poema 11». Vaya, una bonita casualidad: el ventanuco a su espalda enmarcaba una discreta luna menguante.

Casi fuera del cielo ancla entre dos montañas la mitad de la luna…

La puerta se abrió frente a él. Era el Grillo. Peperolo apoyó el poemario sobre el libro registro de detenidos.

—Qué pasa, macho, ¿vienes a hacerme compañía? —lo recibió sonriente.

No tardó en percatarse de la grave expresión de su compañero.

—Vete a dormir, anda. —Su voz era aún más grave que su expresión.

—¿Qué…?

—Que te vayas a dormir, que te relevo.

—Tío, termino a las ocho, no necesito que me releves. Vuélvete con los otros, que tú sí que no has dormido, llevas tres días del tirón sin pegar ojo.

Las facciones del Grillo se endurecieron como el pellejo de un verdugo.

—Pepe, vete a dormir. Te estoy dando una orden.

—¿Qué coño dices?

—Soy cabo y tú guardia: es una orden, te estoy dando una puta orden.

—Grillo, se te ha ido la olla, vete a la cama, anda.

—¡Joder! ¡¿No entiendes qué es una orden?!

Peperolo no daba crédito. Observó estupefacto cómo su compañero apartaba el poemario y cogía el libro registro, consultaba el reloj, escribía un par de líneas y leía en voz alta:

—«Entrada a las seis y siete minutos: el cabo Rengel releva al guardia Torres González. Relevo ordenado por el cabo Rengel».

—Grillo…

—¡¡Me cago en la hostia!! ¡¡Que te largues!!

—Voy corriendo a avisar a Carvajal, se te ha ido la puta olla, totalmente.

—Avisa a quien te salga de la polla.

Apenas Peperolo salió de los calabozos a la carrera, el Grillo descolgó un manojo de llaves de una alcayata y cerró la puerta con dos vueltas. Luego encaró el pasillo buscando entre las llaves la número dos. Antes de abrir el calabozo, se detuvo. Llevó el crucifijo de su cadena a los labios y cerró los ojos.

«Mi amigo…».

Ander se incorporó en el catre. Al ver las lágrimas en el rostro descubierto de su captor, no tembló. Ni replicó los estertores del *txakurra* en Basurto antes de rematarlo en el suelo. Le fue imposible. El miedo le tenía ocupado en desatar el esfínter de su vejiga.

40

El tercer hombre
(The Third Man)

CAROL REED, 1949

Llovía. Después de cinco días de calabozos, uno anhela un sol memorable, pero el universo tiende a ser indolente con los deseos de uno. Siempre previsor, Santos había traído un paraguas. Nos guarecimos bajo la lona negra, pasamos de largo la cafetería Riofrío y dejamos la Audiencia Nacional a nuestras espaldas. En la plaza de la Villa de París había alguien apoyado sobre el capó del 505. Sin paraguas. Era Tirado.

—¿Qué tal ha ido la cosa? —Su pelo estaba empapado, los cuellos de su gabardina subidos.

—Todos para dentro, menos uno en libertad con fianza —respondí.

—Nueve al trullo. Ni tan mal, ¿no? —Buscó mi mirada—. De lo tuyo, ¿qué?

—De lo mío, ¿a qué te refieres? —Por supuesto que sabía a qué hacía referencia.

—A las lesiones del *laguntzaile*… De lo de Ander ya sé que toca esperar.

—Lo nuestro —maticé sin ocultarle mi hostilidad—, porque Santos, aquí presente, también ha firmado las diligencias, de momento parece que se ha solventado: «Reducido a la fuerza

cuando intentó escapar». A los *marranos* siempre les queda la opción de poner una denuncia en Bilbao, ya veremos… Y de lo otro, pues sí. Toca esperar.

—Toca esperar —repitió Tirado—. Os invito a comer.

Santos rehusó secamente, tal vez debí haber hecho lo mismo. Pero el imán de tantos interrogantes aún sin respuesta pudo más que mi orgullo.

Camino del restaurante, Tirado desvió el coche a la Dirección.

—Quiero enseñarte algo, será solo un momento.

Entramos al Tercio desde el garaje; pudiendo haberlo hecho por la puerta principal, barrunté que había algo de clandestino en esa elección. Él iba delante, yo lo seguía. Subía las escaleras de dos en dos, a veces incluso tres peldaños de golpe, sus piernas largas ascendían sin esfuerzo; a mí me tocó esforzarme bastante más, pero de mi boca no escapó un jadeo. Al llegar arriba, recorrimos un interminable pasillo.

—Es nuestro despacho, de los oficiales —comentó mientras abría con llave una puerta; apenas entramos, volvió a cerrarla por dentro.

Era más bien una sala de reuniones. En un espacio atípicamente amplio para los estándares de las dependencias del Cuerpo, las mesas se disponían en semicírculo. Al fondo, enfrentada a la entrada, vi una gran caja fuerte de la altura de una persona. A mis ojos, se alzaba como el monolito de *2001. Una odisea del espacio;* en mis oídos resonó la majestuosa apertura de *Así habló Zaratustra*.

—Quédate ahí.

Avanzó hasta la caja fuerte y de espaldas a mí introdujo la combinación, manipuló la rueda y abrió la pesada puerta.

—Acércate —me ordenó sin volverse.

Para cuando llegué a su altura, sostenía en sus manos un dosier; tendría un par de dedos de grosor y estaba encuadernado con lengüetas metálicas, creo que los llaman *fasteners*. Con el respeto que merece un incunable, lo posó sobre una mesa. El folio que hacía las veces de portada estaba en blanco.

—Échale un vistazo.

Titubeé.

—Vamos, no muerde.

Sin moverlo de su posición, pasé la primera página.

—¿Del Mosad?

—Es solo una copia. —Señaló el manual con un dedo—. Nuestra doctrina.

Empecé a hojearlo. Eran fotocopias, el texto estaba escrito a máquina, sin justificar, como los antiguos guiones de cine.

—Ya vale, ciérralo. Si algún día vienes a la Unidad, podrás leerlo; te daremos la combinación de la caja fuerte, te encerrarás con llave en esta sala y lo leerás aquí dentro. El manual no sale nunca de aquí, ni pueden tomarse notas. Y hoy tú no has estado en la Dirección y menos aún has visto nada. ¿Estamos?

—¿Te gusta la trufa? Aquí tienen un menú degustación buenísimo. —Tirado llamó a un camarero.

—¿Ya saben qué tomarán?

—El menú degustación. De beber nos trae… Pedimos tinto, ¿no? Una botella de Muga.

El camarero olvidó llevarse mi carta y aproveché para echar una ojeada; Tirado se había ausentado para ir al servicio. «Menú degustación Tuber, 7000 pesetas». Di por hecho que no lo pagaba él —así cualquiera cultiva un paladar exquisito—. Cuando regresó, ya nos habían servido el vino. Alzó su copa.

—Por los hijos de puta que hemos puesto fuera de la circulación. Y por los que han de venir todavía.

Ese «hemos» me revolvió el estómago, pero acerqué mi copa a la suya, no podía negarme a un brindis así.

—Cojonudo este vino —fue su nota de cata.

El camarero nos dejó unos aperitivos: «Chips de tubérculos trufados, para que vayan matando el gusanillo». Tirado esperó a que yo los probase.

—¿Qué te parecen?

—Originales —contesté lacónicamente.

Él cogió un puñado y fue llevándoselos a la boca a la vez que me hablaba:

—Me declaro fan absoluto de la trufa, ¿sabes que la llaman el diamante de la cocina? —Negué con un gesto—. Igual que los diamantes, son preciosas y escasas, silvestres apenas quedan. —Se expresaba como un ponente, yo no era el primero al que soltaba esa disertación—. Hoy casi todas se obtienen inoculando esporas alrededor de raíces de robles, de avellanos, de encinas… —Dio un sorbo al vino—. Luego hay que esperar a que colonicen y se desarrollen; es un proceso muy lento y a veces incierto, pueden llegar a pasar nueve años hasta que salgan.

El camarero volvió: «Tosta de tuétano con lascas de trufa blanca».

La encontré deliciosa, pero me ahorré el comentario.

—Y después hay que recolectarlas; antes lo hacían con cerdas, cerdas truferas, sobre todo en Francia e Italia, pero ahora emplean perros: perdigueros, conejeros, de agua… Son capaces de rastrear su aroma hasta medio metro debajo del suelo. Por eso son tan caras —concluyó en el instante en que nos servían el siguiente plato.

«*Crêpe* de alcachofas y espárragos con salsa holandesa trufada».

—Lo impresionante de la trufa —continuó Tirado— es que con unas briznas se le saca un enorme partido; está muy buena la crep, ¿no te parece?

Me pilló con la boca llena y asentí.

—Mira, una trufa puede impregnar con su aroma casi cualquier alimento. Solo con su presencia. Penetra más en los que tienen más grasa y en los lácteos; el sabor de este plato, por ejemplo, lo aporta la mantequilla trufada de la salsa holandesa.

—¿Cómo va hasta ahora, señores? —nos interrumpió el camarero.

—Muy rico todo, como siempre, muchas gracias.

—Me alegro, les dejo aquí el tartar de buey marinado en aceite trufado.

Tirado rompió con los cubiertos la yema de huevo crudo y la extendió sobre la carne; yo lo imité.

—Trufar un alimento es sencillo, Manel, basta con meterlo en un recipiente junto a una trufa. Y esperar: es el tiempo el que obra el milagro. Mmm, hoy se han superado con el tartar.

El camarero se acercó y rellenó nuestras copas.

—Es muy típico hacerlo con huevos, con arroz, con aceite, con quesos… Ahora se hace incluso con embutidos y con aguacates. —Saboreó el Muga y me observó circunspecto—. Nosotros lo estamos haciendo con ETA.

—Y el último plato antes del postre: ravioli de rabo de toro a la trufa blanca. Disfruten.

A ETA se la trufaba en el *otro lado*. Era una guerra estéril desmantelar sus comandos, se regeneraban como las cabezas de la Hidra de Lerna. No era otro el destino final de nuestras fuentes: Francia. Colocarlas en los aparatos de ETA y esperar a que el tiempo las ascendiese en su organigrama como un

penetrante aroma de trufa. Ni negra ni blanca: «verde Guardia Civil».

La noche de la *caída* avisaron a K. A. A.

—Tienes que irte. Hemos detenido al comando, estamos registrando el piso y después iremos a la bajera. Tu Lada está ahí.

A partir de ese momento K. A. A. tendría que componérselas solo y acudir a los «círculos *abertzales* habituales» para materializar su huida. Llegar al *otro lado*, sin embargo, no le bastaba. Debía presentarse ante la dirección de ETA con un cierto caché criminal que, en su caso, todavía no estaba suficientemente maduro; su captación por el comando se había precipitado y faltaba algún que otro mérito, lo cual no supondría un problema, un currículum puede inflarse —práctica idiosincrática de nuestra cultura—. Por ese motivo, interrumpieron el traslado de Jokin a Madrid; tenían que preguntarle por K. A. A. y cerciorarse de que esas preguntas llegasen a oídos de la cúpula etarra. ¿Cómo? Sencillo, a través de la *kantada*, una carta autocrítica que todos los presos de ETA tenían la obligación de mandar a la dirección de la banda informando sobre los pormenores de su *caída*: por qué y cómo los habían pillado; qué les habían preguntado, qué le habían contado a la *txakurrada* y, sobre todo, qué se habían callado; quiénes, dónde y cómo los habían torturado, y cualquier otro aspecto que pudiera ser de utilidad, a modo de lecciones aprendidas sobre las que mejorar las estructuras y procedimientos de la *organización*.

Kaixo, lagunak:

Llevo ya tres meses aquí en el maco. Os escribo otra vez porque en

el traslado a Madrid me hicieron preguntas y esta mañana un compañero en el patio me ha dicho que eso es importante también, y en la primera *kantada* os conté sobre los interrogatorios en Madrid, pero no del traslado.

Me sacan del furgón a mitad de camino, no sé, por el tiempo sería a la altura de Burgos, y me llevan al campo, van tres o cuatro, dándome collejas con insultos y así, me llevan encapuchado, se paran y empiezan a preguntarme por un tal Kepa, de Deusto, uno que le había dado una paliza a un *zipayo* y les digo que no sé, y empiezan a darme de hostias y entonces uno dice que tiene un Lada, y digo ¿blanco? y me dicen sí y digo pues ya sé, les dejaba el coche a los liberados, que yo lo conocía solo de vista, de verlo en lo Viejo en *manifas* y así, que montaba *bronka* con los *zipayos* pero que no sabía más, y me preguntan qué más, y yo que no sé, y más hostias, joder, me parten el labio y me arde la cara, y me dicen que si no sabía que Kepa estaba en la *kale borroka*, que había quemado cajeros y un autobús, que tenía un zulo con material para cócteles, que un hijo de puta como ese tenía que estar implicado en *ekintzas*, y así todo el rato hasta que uno dice déjalo que este no sabe una mierda que se hace tarde y el jefe nos llama por radio, y me llevan otra vez al furgón.

Bueno, creo que es todo. A ver si hacéis algo contra algún carcelero, son todos unos hijos de puta.

GORA ETA!

GORA EUSKAL HERRIA ASKATUTA!

GORA EUSKAL HERRIA SOZIALISTA!

JO TA KE IRABAZI ARTE!

—Hola, Idoia. Si echas la mano al bolso, te freímos a tiros, estás rodeada. Sigue con tu café como si nada. Y sonríe, que sabemos que tienes una sonrisa bonita. Soy guardia civil.

Los globos oculares de la Pelos barrieron la cafetería de la estación de autobuses como un camaleón boquiabierto. De golpe, a su alrededor todos le parecían *txakurras.* ¿La habrían seguido desde Bilbao? ¿O la habían reconocido ya en Donostia? Imposible, antes de salir de casa de su novio en Portugalete se

había cortado y alisado el pelo, y llevaba puestas unas enormes gafas de sol. No lo entendía. Cogió la cucharilla y empezó a remover su café con leche.

—Mira, estas cosas hay que resolverlas cuanto antes.

El tipo que acababa de sentarse a la mesa con ella y decía ser *pikoleto* dejó junto al café un par de fotografías.

—Dar cobijo a una terrorista… Eso son unos cuantos años por colaboración con banda armada. Os queréis mucho, sería muy romántico, pero una auténtica pena, que los dos terminaseis en el maco a la vez.

Las fotos estaban tomadas desde muy lejos, con un potente teleobjetivo. Eran de hacía solo unas horas, en Portugalete, cuando se había despedido de su novio en el dormitorio.

—Idoia, nosotros podemos hacer algo por ti. Y tú por nosotros.

De los asolados paisajes urbanos legados por la Segunda Guerra Mundial, nació un efímero movimiento cinematográfico que los alemanes se aprestaron a llamar *trümmerfilm*, algo así como ‘películas de los escombros’. Cineastas italianos lo secundaron y se lanzaron a recorrer Europa en busca de localizaciones ruinosas donde enmarcar sus historias, y a ellos se unió, audazmente, Carol Reed. Ese sería el primer acierto de este director londinense: renunciar a los decorados de los estudios y filmar los exteriores de *El tercer hombre* en las calles de Viena.

El segundo acierto —no por orden de importancia— fue ir a parar, una tarde de verano de 1948, a un *heuriger*, una taberna austriaca donde sirven vino cosechero, fascinarse con la música de cítara que estaba sonando, acercarse al músico y preguntarle sin más si querría componer la banda sonora de su película. Así nació la hipnótica, inolvidable donde las haya, pieza de Anton

Karas.

La tercera clave de su gran éxito fue confiar el guion a Graham Greene, quien, amén de ser ya por entonces una pluma muy deslumbrante, era agente del MI6 británico, bajo cuyo servicio haría acopio de un privilegiado repositorio de personajes y tramas de espías para sus obras, como fue el caso de *El tercer hombre*.

El cuarto y último de los aciertos de Carol Reed —para mí, el más importante— constituye el sello inconfundible que acabaría por convertir a *El tercer hombre* en, posiblemente, el mejor filme británico de todos los tiempos. Me estoy refiriendo a las sombras. La fotografía en blanco y negro —ganadora del Óscar en 1951— recrea una imaginería ilusoria a caballo entre el expresionismo alemán y el *hardboiled* americano que juega a suplantar a los personajes, a moverlos encarnados en siluetas umbrías, quién sabe si evocando el mito del *doppelgänger*, 'el que camina al lado', el fantasmagórico sosia de mal augurio de todo hombre. Incluidos los terroristas.

El capitán Tirado recompuso su postura en la silla del restaurante, apuró el Muga y suspiró histriónicamente, entre satisfecho y grosero.

—Entre un bueno y un malo, siempre hay alguien.

«Piononos con culis de manzana ácida aromatizada a la trufa».

El postre no me dejó indiferente.

41

La soga (Rope)

ALFRED HITCHCOCK, 1948

La tortura era el último cartucho del arsenal de ETA. Todos sus activistas, liberados, *legales, laguntzailes*, informadores, abogados, ideólogos, periodistas, tesoreros…, todos lo disparaban antes de entrar en el maco. Representaba algo así como «el morir con las botas puestas» —*dear General Custer*, acepte mis disculpas por mancillar su gesta con este efectista símil—. La banda siempre exhibió una notoria preocupación por difundir instrucciones incisivas y detalladas sobre un asunto que a la opinión pública se le antojaba ambiguo y escurridizo; desde artículos en su publicación interna *Kemen*, allá por los lejanos setenta, hasta documentos más contemporáneos y exhaustivos como el incautado en 2008, *Atxiloketari aurre eginez, 2 zenbakia*,[25] ETA no dejó nunca de aleccionar tenazmente a su militancia.

> Todos debemos estar siempre muy mentalizados. Ante una detención, por corta e insignificante que sea, aunque te pongan en libertad sin cargos, ni fianza ni ninguna otra medida represora, hay que denunciar torturas. Hay que denunciar a cuantos más *txakurras* podáis, nunca os van a represaliar por una denuncia falsa; hay que hablar de interrogatorios, golpes, bolsa, bañera, potro, tortura sicológica…

Al llegar a la Audiencia Nacional, les aconsejaban: «Sé listo, no vas a ser devuelto otra vez a comisaría. Lo peor ya ha pasado». Hay que decirle al juez que «todo lo declarado en dependencias policiales es mentira, que son declaraciones hechas bajo tortura», y al forense «que te han torturado tanto física como sicológicamente». Y «¿por qué denunciar?», proseguían con su adoctrinamiento, porque hay que «internacionalizar y hacer oír la represión y crear tensiones y contradicciones entre los partidos “democráticos”». Y porque hay que «desgastar al enemigo militar mediante todo el *matxake* judicial que se pueda».

> Está comprobado que las denuncias, aunque no acaben en condenas, hacen mucho daño a los de la trinchera de enfrente. Si se consigue alguna condena, en ellos cunde la desesperación y además retroalimenta nuestra campaña. Los *txakurras* os amenazarán e intimidarán para que no denunciéis, darles largas cuando estéis en sus manos, y luego *kaña*. Ahí les duele, hemos comprobado con el tiempo que la denuncia, aunque sea como estrategia, ha retirado a muchos enemigos de valor, hay que seguir por esa línea y explotar «la grandeza de la democracia».

ϒ

«La grandeza de la democracia», precisamente, abrió una investigación judicial para esclarecer las causas de la muerte de Ander Atxurra Barrios, quien, según fuentes oficiales del Ministerio del Interior, fue hallado ahorcado en un calabozo de las dependencias de la Dirección General de la Guardia Civil en Madrid, donde permanecía incomunicado tras la reciente desarticulación del comando Bizkaia de ETA. Un informe preliminar del propio instituto armado filtrado a la prensa apuntaba que, para suicidarse, Ander Atxurra habría improvisado una horca; el detenido habría confeccionado una

cuerda con jirones entrelazados de su camisa, la habría atado a una pata del somier de su catre, que habría dispuesto verticalmente contra la pared de su celda, y se habría colgado.

«La grandeza de la democracia», igualmente, desató todos sus mecanismos legales sobre el cabo primero de la Guardia Civil, Fulgencio Rengel González, como responsable directo de la custodia del detenido Ander Atxurra Barrios en el momento de su presunto suicidio: de forma cautelar, lo apartaron del servicio y lo suspendieron de sus funciones, y tan solo unos meses después, con una celeridad inaudita, lo llevaron a juicio; «la grandeza de la democracia» transmitió a la ciudadanía mensajes de honda preocupación por parte de todos los partidos políticos, todos sin excepción, confiados en la independencia de la justicia para dilucidar las circunstancias de lo sucedido y, en su caso, llevar a los responsables ante los tribunales; «la grandeza de la democracia» acordó que las banderas ondeasen a media asta en los edificios oficiales de los Gobiernos navarro y vasco; «la grandeza de la democracia» aprobó en un pleno extraordinario del Ayuntamiento de Barañain el nombramiento, a título póstumo, de Ander Atxurra Barrios como hijo predilecto de esa localidad navarra; «la grandeza de la democracia» movilizó en Euskal Herria infinidad de concentraciones, con minutos de silencio y *enkarteladas* contra la tortura y el terrorismo de Estado, y convocó en Pamplona una multitudinaria manifestación bajo el lema «*Espainiar estatua torturatzailea*. Estado español torturador», congregando a más de cincuenta mil personas llegadas de todas partes de Euskal Herria; «la grandeza de la democracia» no pudo impedir que la *kale borroka* tomase las calles del País Vasco y Navarra desplegando hordas de encapuchados que dieron fuego con cócteles molotov a autobuses, cajeros y contenedores, ante unas desbordadas fuerzas antidisturbios que apenas consiguieron detener a un

puñado de chavalines; «la grandeza de la democracia» consintió que Ander Atxurra Barrios fuese homenajeado y enterrado como un *gudari,* arropado por miles de *abertzales* enardecidos al grito de «*Gora ETA!*» y «¡ETA, mátalos!».

42

La hora final (On the Beach)

STANLEY KRAMER, 1959

*N*o hubo fiesta al regresar de Madrid, claro que no. En circunstancias normales sí la habría habido, y por todo lo alto; no en aquellas. En lo que a mí respecta, sentí que tenía que hablar con Eliana. Durante mi estancia en la Dirección no había dejado de pensar en ella, ni tan siquiera en las situaciones de más exigencia y tensión. Su imagen no había cesado de acudir a mi mente como un mal pensamiento: impulsivo, alucinante, adictivo. Como el bar del alcohólico, el parque del pederasta, la ruleta del jugador. Estaba enganchadísimo a ella. Enfermizamente.

Quedamos en Bakio. Un paseo en la playa. Brisa y salitre, nos apetecía a ambos. A las nueve; era un buen plan antes de ir a cenar. Pero los dos sabíamos que no cenaríamos. No habría un después.

—No sé cómo empezar…

—No empieces, acaba. Has venido a acabar, ¿no?

Supongo que, entre otros millones de cosas, la quería por ser tan intuitiva y directa. Me costó retomar la palabra, el vaivén del agua fría en los pies me desagradaba, pero hasta el final iba a aceptar sus deseos, decirle sí a todo era mi exquisito margen de libertad. «Sí, Eliana» superaba cualquier orgasmo. Ella había

querido caminar por la orilla descalzos y fue lo que hicimos. «Sí, Eliana».

—Yo… no quiero hacerte daño.

—Si crees que queriéndome me vas a hacer daño, hazme sufrir entonces.

—No… Es fácil decirlo… —Sacudí la cabeza.

—Manel, no nos escondamos más. Yo estoy dispuesta a luchar, a dar la cara. Pero no puedo hacer esto sola. Juntos sí.

—No, no podemos…, y así no podemos seguir.

—¡Deja de decir «no podemos»! ¡Deja de pensar que todo es tan complicado! ¡No lo es, no siempre vas a estar en lo cierto! Cabe llegar a no tener la razón de tanto tenerla.

El crepúsculo se extendía sobre la playa; el aire comenzaba a rolar y hacerse fosco y desapacible. Es el mensaje de cada crepúsculo, recordarnos que, incluso después de la más hermosa jornada, vuelven sobre nosotros las sombras.

—Eliana…

Me asaltaron las veces que habíamos terminado nuestras noches allí, haciendo el amor como devotos el uno del otro, sin más dios. Lloré. No sé si a ella se le empañaron los ojos. No osé levantar la vista de la arena y la espuma.

—Perdóname, Eliana. Te quiero. Te quiero como nunca querré…

—¡Tú no me quieres! No sé qué te pasa, no sé nunca qué piensas, te encierras ahí, en tu mundo, no me quieres, no sabes querer, yo quiero entrar ahí contigo y tú no me dejas, a ti no te da miedo la gente ni el qué dirán, no te asusta que nos señalen y arruinen tu carrera, no, ¡no es ese el problema! —Unos rizos aireados por la brisa acariciaron sus labios—. ¡¡Tú eres tu único miedo!!

Yo no lo habría expresado mejor. Me angustiaba el vacío que en mí dejaban los sueños, las ilusiones, las banderas, los himnos… Todo se estaba desvaneciendo. Se agotaba mi

capacidad de asimilar desencanto. No quería más cielos donde no pudiese volar. Y Eliana era el más azul, el más estrellado, el más radiante de todos los firmamentos. No fueron las cosas que dije, fueron las que callé.

—Eliana…

La dejé en Jardines de Albia, frente al Iruña. Los guardias solíamos ir de copas allí, por lo cual me extrañó, pensé que preferiría estar sola, o al menos no encontrarse con conocidos; pero me pidió que la llevase al Iruña y es lo que hice. Acompañó la puerta del coche al cerrar. En alguno de mis poemas, sostengo que una mujer que se precie no da portazos. Ni en eso me defraudó. No tenía defectos. Era, sencillamente, la perfección femenina. Una razón más, esta definitiva, para alejarme de ella.

El despecho es un sentimiento de la familia de los rencores. Sin duda, el más poderoso, inquina pura. El peor tumor. Maligniza al amante perdido, le da la vuelta como a un calcetín y le extirpa toda virtud, hasta hacer de él purulencia. Y se ensaña y se regocija con su lamento. No hay despecho si no se hace daño extremo a conciencia.

Eliana cruzó el Iruña y fue directa a la barra.

—¿Me invita a una copa, mi capitán?

Tirado tardó en reaccionar. Las venas inyectaron sus ojos de gerifalte. No fueron los únicos órganos donde su sangre arreció.

A teniente muerto, capitán puesto.

43

Infiltrados (The Departed)

MARTIN SCORSESE, 2006

La escena habría arrancado con un plano de la *mairie,* de su fachada neovasca o neoespañola, según se prefiera —nuestros vecinos franceses intercambian ambas denominaciones sin el menor problema; nadie siente necesidad de matar, secuestrar o extorsionar por tan nimio motivo—. Sobre esa imagen, leeríamos: «Hôtel de Ville de Anglet, País Vasco francés. Primavera de 1997». Con un sol de media tarde de fondo, la cámara habría encuadrado entonces la torre del ayuntamiento. En el reloj del consistorio habrían sonado las cinco.

Seguidamente la pantalla se habría llenado con un primer plano del rostro dubitativo de Kepa de Deusto —así es como pasaron a llamar a K. A. A. en la banda—. Vacila. No sabe si acercarse al *gazebo*, ir hasta la fuente o quedarse allí en medio, frente a la torre. «A las cinco en la plaza del Ayuntamiento de Anglet, lleva un periódico debajo del brazo»; así concluyen las indicaciones de la nota que le han hecho llegar a la casa donde ha permanecido *chapado* el último mes. Se encuentra en el lugar indicado y porta un ejemplar del *Sud Ouest* bajo el brazo; tarde o temprano se acercarán a él. No debe impacientarse, solo esperar. Y está *limpio*, no lo han seguido. Él lo sabe fehacientemente; y la banda ha tenido modo de cerciorarse,

para llegar hasta ahí ha cumplido a pie juntillas el itinerario marcado en el croquis que acompañaba la nota. Quince minutos antes ha salido caminando desde la rotonda Docteur Lacroix; después ha tomado la Promenade du Parc Belay; en el cruce con la Avenue de Brindos, ha girado a la izquierda hasta llegar a la Avenue d'Espagne; ahí, a la derecha, y ha seguido las indicaciones de «*Centre ville*» por la Rue Amédée Dufourg; algo más de cien metros y *voilà*: el ayuntamiento.

Una voz le sorprende.

—¿Kepa?

Se vuelve. Es una mujer. Morena, de pelo corto, rondará los cuarenta. «No es fea, pero podría pasar por un tío», piensa. Kepa asiente, ella reacciona con una extraña mueca coral de sus facciones chupadas, cabría interpretar que es un gesto cordial.

—*Ongi etorri, laguna.*[26]

Fundido a negro.

La siguiente escena abriría de negro, hasta situarnos en un bosque cerrado con otra sobreimpresión: «Primavera de 1998». La cámara avanza por un hayedo tapizado de musgo, unas botas se abren camino entre una maraña de helechos. El punto de vista cambia y vemos acercándose a la mujer que podría pasar por un tío. La siguen Kepa de Deusto y la Pelos.

—Es por aquí.

A su orden, Kepa y la Pelos se detienen. Es un chocante paraje poblado de jacinto estrellado, diente de perro y escila de primavera, parecen confabulados para exhibir sus flores antes de que las hayas suman al sotobosque en una penumbra perpetua.

—¿Por aquí? —pregunta la Pelos.

—Sí, si mal no recuerdo. Debería de haber una marca en

algún árbol de estos —explica la terrorista del pelo corto.

Mientras examinan los troncos que los rodean, la etarra de aspecto andrógino se sitúa a la espalda de Kepa, saca un arma de su riñonera y le dispara en la cara interna de las rodillas. El eco de las detonaciones se ahoga en el bosque a la vez que Kepa dobla las piernas y clava las rodillas en el mantillo floreado.

Postrado ante la terrorista, Kepa de Deusto le sostiene la mirada en silencio.

—Acaba con este *txakurra*.

La Pelos observa helada la mano que le ofrece una Browning humeante.

—Mátalo, hostia. Coge la pipa y mata a este hijo de puta.

ϒ

Es de día. La Pelos devora un cigarrillo con ansiedad, casi tan compulsivamente como masca chicle. El humo inunda la cabina de teléfono donde se encuentra; entre las bocanadas de nicotina y menta, adivinamos que fuera se extiende el aparcamiento de un Carrefour. La llamada llega. Descuelga sin apenas dejarla sonar.

—¿Hola?

—Caracola.

—Hola, caracola.

—¿Qué tal?

—Mal… —No sabe cómo empezar, lleva todo el día ensayando frases y ahora no sabe cuál elegir—. Ayer matamos a Kepa.

—¿Qué…? ¿A Kepa?

—De Deusto, sí… Ke-Kepa, Kepa de Deusto. —Se atropella al hablar, tartamudea—. Uno que estaba ahí, en el aparato de mugas, yo…, yo no lo conocía, ayer la primera vez que lo

veía… ¡Joder! ¡Era un *txakurra*!

Silencio al otro lado del hilo.

—Gorbeia… Gorbeia me avisa por la mañana y me dice: «Ven conmigo, que nos vamos a buscar un zulo, viene Kepa también»… Nos lleva al bosque y nos dice «Por aquí» y… y le dispara…

El silencio persiste en el auricular.

—Me pasa la pipa… Joder, yo no quería… —Rompe a llorar —. No… No es de los vuestros, ¿verdad?

Fundido a negro otra vez.

44

La palabra (Ordet)

CARL THEODOR DREYER, 1955

Junio en Sevilla. El calor en esa *pecera* resultaba asfixiante. La última vez que lo visité estaba ingresado en Logroño y era invierno, vaya comparación. Esa cabina no tenía aire acondicionado o no funcionaba, si es que el aire debía circular a través de la rejilla del techo, suposición un tanto inocente: tratándose del locutorio de una cárcel, podía responder a otro solapado motivo. No tuve que esperar mucho, el tiempo de remangarme y desabrocharme un par de botones de la camisa. Apareció por la puerta y se acercó risueño. Lo encontré casi igual. Casi la misma barba, casi la misma melena, casi la misma mirada… Pero se apagaba. Como un león derrotado que se ha retirado a morir alejado del mundo.

—A sus órdenes, mi teniente. —Sus palabras me llegaban con nitidez; era el mejor intercomunicador de todos los locutorios donde nos habíamos visto.

—Joder, tío… Que ya no eres guardia civil.

—A mí nadie me va a quitar lo que llevo aquí. —Se señaló el corazón—. Y tú, para mí, serás siempre mi teniente y mi jefe, que lo sepas. Y si has venido hasta Sevilla para discutir sobre esto, llamo ahora mismo al funcionario ese del fondo y le digo que ya hemos terminado. Ahí tienes la puerta. Sales por ella y

te vuelves *pa* Cataluña.

Se apagaba, sí. Pero lo hacía con sus llamas bien puestas.

—Relájate, anda… Bueno, ¿qué tal te va con los sevillanos? *Ohú,* qué *caló* que *ase* aquí —bromeé.

—Pues no cambia mucho, la verdad, las normas son prácticamente las mismas. Te siguen interviniendo las cartas, las revistas, los libros, todo; ahora nos estarán grabando, ni lo dudes, ya no podemos tener secretos…; y te siguen registrando la celda cuando les sale de la polla. Respecto a Logroño, solo cambia que aquí hace calor y no frío.

—Ya… ¿Y el régimen de actividades?

—El mismo. Ni talleres ni hostias de esas, una hora a la semana de piscina y otra de polideportivo.

—Bueno, a ti no te gustó nunca bañarte, te tirabas al lago de Otxandiano porque no te quedaba otra. Y odiabas venir a correr conmigo.

—Te doy la razón en parte. Yo en la piscina me siento en el bordillo y me mojo los pies, pero que sepas que odiaba correr contigo porque me llevabas de guardaespaldas.

Sonreímos. Con un poso inevitable a nostalgia. Amarga. Muy amarga.

—Lo que más te quema aquí, bueno, aquí y en las otras cárceles, es la puta banda que hay, ya lo sabes. Preferiría estar con los *jichos* antes que con toda la chusma de maderos y picoletos; solo estamos cinco por algo que no sea narcotráfico.

—¿Cuántos sois?

—Ahora, casi treinta; ayer llegó otro que ponía el cazo en el puerto de Algeciras. Por lo visto, cuando se satura el módulo, a algunos los mandan a aislamiento. Ojalá, a ver si me toca, será más duro, pero estaría más tranquilo.

—Venga, que si te sobra algo son huevos. No creo que te resople nadie en la oreja.

—No, no me resoplan porque estoy todo el día pendiente con

la vara… Esto es una olla a presión, es la hostia, Manel, son gentuza.

Los obligados prolegómenos cada vez que lo trasladaban a otra cárcel nos hacían perder un tiempo precioso de los cuarenta minutos de la comunicación oral. Cambié ya de tercio:

—¿Cómo estás, tío?

—Igual… Ya te he dicho, aquí nada cambia. El tiempo va marcha atrás, vas descontando los días. De las tres efes, solo me caso con una.

—¿Tres efes?

—Las tres efes del talego: fe, fornicación y farlopa. Yo ni follo ni esnifo, solo rezo… Y cada vez menos.

Apacigüé mi impotencia mirando el reloj.

—Oye… Ya sé que soy un pesado… ¿De verdad no te has arrepentido?

Puso su cara de «Te lo voy a volver a explicar».

—No te he hablado nunca de Txelis, ¿verdad?

—No… Salvo por trabajo, no sé a qué te refieres.

—29 de marzo de 1992. Cae la cúpula de Bidart, a saber: Pakito, número uno, jefe del aparato militar; Txelis, número dos, jefe del aparato político, y Fiti, número tres, jefe del aparato logístico…

—Oye, Grillo, que de historia de ETA sabía yo más que tú; al grano, macho.

—Hostia, jefe, si no puedo explayarme contigo… Aquí no puedo hablar de estas cosas con nadie.

Qué puta chorrada, por qué puta chorrada me entraron ganas de romper a llorar.

—Expláyate, joder.

—29 de marzo del 92, ¿te has fijado en que es capicúa? No sé, querrá decir algo… Bueno, caen los tres a la vez: Pakito, Txelis y Fiti. La hostia más grande que se le ha dado a ETA, chsss, la pegó la Guardia Civil de Intxaurrondo, la Guardia Civil

de España. —Se dio un manotazo en el pecho—. La hostia más grande hasta ese momento y después también, por mucho que nos vendan motos con otras *caídas*. Lo dijo Vera en su día: «Fue el fin de la peor época de ETA, la peor. Ahí se acabó la ETA de entonces y apareció una cosa nueva». Que es la que nos tocó vivir a nosotros, y hasta hoy, pero nada que ver con lo que hubo antes. A lo que iba, cae la cúpula de Bidart y a Txelis lo meten en una cárcel de París, en *Flerímeroyís* o como hostias se diga, y nada más verse tras los barrotes empieza a lloriquear, joder qué pena, y a los pocos meses tiene la celda hasta arriba de estampitas y velas, y ve la luz, la luz de mis cojones, dice el pedazo de mierda que fue «obra de la gracia de Dios y no del miedo al infierno». Y a principios del 93, no te lo pierdas, ni un año aguantó el hijo de las treinta mil putas, le pide a ETA que abandone las armas. Me cago en su puta vida. Yo me cago en su puta vida. ¿Eso es arrepentirse? Me suda la polla que fuese medio cura y sus estudios de Teología, y me suda la polla su labia de fariseo. Eso no es arrepentirse. —Las venas de su cuello iban a reventar—. Eso no es arrepentirse. Arrepentirse es estar pegando tiros y un buen día entregarte con tu pipa en comisaría. Lo que hizo la Yoyes: salirse de ETA siendo aún militante y volverse a su pueblo a vivir con su hijo de tres años; y así le fue, en medio de la feria de Ordizia se le acercó el Kubati y le dijo: «Soy de ETA y vengo a ejecutarte», y le metió tres *taponazos* delante del crío.

«Por cierto —le habría dicho yo al Grillo—, Kubati estuvo veintiséis años en el maco por doce asesinatos, tres miserables años vale una vida en este país». Pero eso aún no había sucedido, Kubati salió a la calle en 2013, muchos años después de nuestra conversación.

—Arrepentirse —siguió el Grillo ya fuera de sí— no es volverte bueno y rectificar cuando te han pillado y te han caído treinta años. Eso en mi pueblo se llama buscarse la vida, mentir

a Dios, a su puta madre y a quien haga falta para salir cuanto antes del maco. Eso es buscar atajos como un cobarde. Y si estás arrepentido, no se lo cuentas a Dios; lo que le cuentas a Dios es como lo que pasa en Las Vegas, que en Las Vegas se queda. Si estás arrepentido, te vas a las viudas que perdieron a sus maridos, y a los huérfanos que perdieron a sus padres, y a los padres que perdieron a sus hijos, y les pides perdón. A la puta cara. Una a una, a todas las víctimas, les pides perdón. Te arrodillas, las miras a los ojos y les pides perdón. Cien, me cago en su puta madre, cien. La cúpula de Bidart se cargó a cien.

No me gustaba callar en nuestros encuentros porque el reloj seguía corriendo, pero esa vez sí guardé silencio, vaya si lo hice, siquiera para calmarme, para no dejarme arrastrar por su ira legítima.

—Un buen alegato para explicar que no te has arrepentido. Ni piensas hacerlo.

—Ya me oíste en el juicio. Ahora apechugo con mis veinticinco años.

«Por un muerto, Grillo, por uno. No nos salen las cuentas, ¿verdad?».

Escribir sobre *La palabra (Ordet)* es una empresa incierta, tanto como cargar de empaque moral estas páginas: uno corre el riesgo de que sus reflexiones se estimen ligeras, tal es el peso de las tragedias que como arpones ensartan ambas historias. Quien la haya visto estará de acuerdo en que *Ordet* no es una gran película más, sino una gran película que exige más del espectador: al ritmo doméstico de una familia de granjeros que habitó en algún lugar de Jutlandia a inicios del siglo xx, este impecable teatro de celuloide —sobrio, enigmático, sin héroes — se nos revela en círculos mediante planos secuencia para explorar los límites de la fe.

De esta ficción críptica donde el viento, una tos o el tictac del reloj son un tema más de la banda sonora, no puedo evitar detenerme en dos de sus personajes: Johannes y su hermano mayor, Mikkel. Johannes está convencido de que es Jesucristo; y como tal siente y vive. Extremo en su concepción, fascinante y perturbador a la vez, es, en cierta manera, el protagonista del filme. Y a mí, también en cierta manera, me recuerda muchísimo al Grillo —despojado de su fiereza— por cómo enfrenta su prístina fe al ateísmo de Mikkel.

En el clímax de la película, Johannes resucita a la esposa de Mikkel. Sí, la resucita. Y entonces presenciamos un milagro aún mayor: Mikkel abraza la fe.

Así es la fe: renace con el milagro. O con el frío de unos barrotes.

Aquella madrugada, al llegar a los calabozos, Carvajal ya estaba dando instrucciones.

—Que nadie toque nada: id a por guantes, no hay que dejar huellas.

—Joder, ¿está muerto? —pregunté.

—Sí, jefe.

Acurrucado en una esquina del calabozo, el Grillo vaciaba su mirada en silencio. No olvidaré su estampa descolorida de abeto caído, desplegando su inmensidad a los hombres, ofreciéndose a ser aserrado.

—Aquí están los guantes.

—Tomahawk, ¿qué estáis haciendo?

—Mi teniente, al Grillo se le ha ido la olla, tenemos que salvar esto como sea. ¿Tenéis ya puestos los guantes? Pues venga, cogemos el catre y lo giramos en vertical, así, así… Ahora apoyadlo, eso es, contra la pared, ahí está, no lo toquéis más, dejadlo como está. Peperolo, tú quítale la camisa; Mikel,

ayúdalo a romperla y hacéis unas tiras… ¡No, joder, no uséis los dientes, no dejéis saliva en la tela! ¿No sabéis qué es el ADN, tarugos? Saka, déjales tu navaja. Con las tiras tenéis que hacer una especie de cuerda, ¿sabéis cómo os digo?

—¿Habéis avisado a alguien aparte de mí?

—A nadie, solo a usted. Saka, vete a la puerta y quédate allí con el Nipón, dile que cierre con llave y que aquí no entra nadie más, aunque sea del grupo, ¿entendido?

—Tomahawk —le susurré al oído señalando con disimulo al Grillo—, ¿le habéis quitado la pistola?

—Sí, jefe, la tengo yo, me la entregó en cuanto llegué, ¿cómo va la cuerda? ¡Daos prisa…! ¿Ya? Venga, ¿quién sabe hacer un nudo corredizo…? Joder, qué pandilla, dejadme a mí… Ya está, ahora le pasamos esto por la cabeza y se lo apretamos un poco al cuello, ahí vale, no más, que luego se aprieta solo al caer, venga, lo levantamos.

—¿El qué?

—¿Qué va a ser? ¡El muerto, tarugo! Hay que levantarlo a peso; ayúdanos, Maisi. ¿Jefe?

—Sí sí.

—Tenemos que ponerlo de pie en el aire y después dejarlo caer, como un ahorcado, ¿sabe cómo le digo? Joder, cómo pesa, su puta madre… ¡Venga, coño! Ahí vale, aguantadlo.

—Cojo yo la cuerda por el extremo.

—¿La tiene?

—Sí.

—Pues haga un buen nudo en la pata… Jefe, ¿ya?

—Ya.

—Vale, lo soltamos a la de tres: una, dos, ¡tres!

Al Grillo ese estado de catatonia le duró hasta el día del juicio.

—Señoría…, me declaro culpable. Yo estrangulé al detenido, con mis manos. —Se las mostró abiertas al tribunal—. Luego lo dispuse todo para que pareciese un suicidio, y me arrepiento, me arrepiento de haber intentado engañar a mis compañeros y a la justicia. No de haberlo matado. De matarlo no me arrepiento. Ese terrorista había asesinado a mi mejor amigo el mismo día en que su mujer daba a luz. Escríbanlo así, que conste en mi declaración: Fulgencio Rengel González mató por venganza a Ander Atxurra Barrios. Y añadan: volvería a hacerlo.

Fui el único en la sala que descifró el mensaje subliminal de sus ojos. Eran los ojos del coronel Kurtz. Por fin entendí sus palabras:

«Tienes derecho a matarme. Tienes derecho a hacerlo…, pero no tienes derecho a juzgarme… El horror, el horror…».

ϒ

Para regresar a la estación del AVE en Sevilla cogí un taxi desde la cárcel. Al salir nos cruzamos con un autobús que llevaba las ventanas forradas de ikurriñas con el mensaje «*Euskal presoak etxera*»;[27] a juzgar por las cabezas que asomaban por encima de las banderas, apostaría a que iba repleto. Al Grillo lo visitábamos su familia y algunos del Proa 5.6. Pocos más. Los más de cincuenta ocupantes del autobús no se preguntaban a cuántos habían matado los presos que visitaban, solo tenían claro por qué los habían matado. Por eso los visitaban. Y nunca dejaron de hacerlo.

De tanto creernos mejores, nos convertimos en penitentes empedernidos. En nuestro ascenso al Gólgota a cuestas con cruces póstumas, consentíamos salivazos al paso por nuestros errores, olvidando que el don de la penitencia es perdonar pecados, por atroces que sean; también los propios. Fue así

como obliteramos la misericordia eterna de la eucaristía. Para los no creyentes, puedo tratar de reformularlo. De tan cegados por nuestras luces, terminamos devorados por nuestras sombras. Las dejamos que se gangrenaran y amputamos afectivamente los miembros necrósicos. Y que no se manipulen mis reflexiones. No cuestiono las consecuencias penales que debían pagar, justamente, los pocos que se pasaron al lado oscuro. Mi alergia a la complacencia general se enraíza en algo más sutil que una sentencia, y que el afán por ser universalmente correctos nos llevó a descuidar.

Incluso Darth Vader, el mayor villano de todos los tiempos, al ver a Luke Skywalker a punto de morir achicharrado por los rayos de la Fuerza que el Emperador le está descargando, se siente padre y salva a su hijo. Quizá no sea una alegoría de digestión inmediata, pero no acierto a expresarlo mejor.

Sobre el taxi se extendía un cielo apagado; aun así, eché mano de mis viejas Randolph Aviator. Bajo ningún concepto debían verme llorar.

45

Muerte entre las flores (Miller's Crossing)

JOEL COEN Y ETHAN COEN, 1990

*L*legué a Santa Justa con mucho tiempo. Para matar el rato hasta tomar el AVE de Barcelona me compré el *ABC*; suelo comprar *El Mundo*, pero me sonaba que *ABC* tenía una edición en Sevilla, simple curiosidad por leer chismorreos locales. Un titular esquinado captó mi atención. Joder.

—¿No tendrá el *Egin*?

—¿*Er* qué?

—Nada.

Entré en la primera cafetería que vi. Pedí una caña. La noticia se hacía eco de otra publicada el día anterior por *Egin*: «ETA ejecuta a un topo». Según un comunicado de la banda enviado al rotativo vasco, «la organización terrorista había sido objeto de un serio intento de infiltración en sus filas». Medios policiales consultados por *ABC* relacionaban a este infiltrado con «buena parte de los comandos y dirigentes de ETA detenidos por la Guardia Civil en los últimos años; en particular, con el comando Nafarroa, desarticulado en varias ocasiones apenas había cruzado la muga y empezado a organizar su infraestructura en la capital navarra». La portada de *Egin*, reproducida por *ABC*, mostraba el supuesto cadáver de Kepa de Deusto, alias del «topo ejecutado por la organización»,

según el pie de foto del diario *abertzale*. A pesar del barro que lo cubría, pude reconocerlo. Era K. A. A. Su cuerpo yacía en un bosque macabramente rodeado de flores.

—¿Le apetece picar algo? Tenemos papas *aliñás*, espinacas con garbanzos, adobo, serranitos, montaditos de *pringá*…

—Un montadito de *pringá* y otra caña.

Me arrepentí de inmediato, el recuerdo de Eliana me noqueó. Siempre habíamos soñado con viajar al sur y recorrer sus pueblos blancos, las marismas, las juderías, las bodegas, las mezquitas…; salpicar los callejones de besos, rebozarnos en cada playa, dejarnos llevar por los rebujitos, amarnos bajo los farolillos… Nos habríamos comprado un descapotable y habríamos hecho ese *road trip* sin equipaje ni plan. Ella no tenía ni idea de qué era la *pringá,* nos reímos y la besé. Sus sonrisas exigían mis besos. Y le conté que había probado la *pringá* por primera vez siendo niño, que me la dio mi padre a probar en una bodega del Arenal de Sevilla y que desde entonces me volvía loco. Le expliqué que se hacía con las sobras de carne del puchero, con pollo, tocino, jamón, ternera, chorizo, todo desmigado y triturado hasta obtener la consistencia de un paté tosco. Encontraba un placer morboso descubriéndole el mundo, mi mundo. Habría compartido con ella mi universo descompensado de grandes cuestiones y pequeñeces…

Saboreando el primer bocado del montadito, reparé en las imágenes del televisor que colgaba de la pared en una esquina del bar. La plaza de España de Sevilla se había vestido de gala para homenajear a la Guardia Civil por la desarticulación del comando Andalucía de ETA. El público aplaudía y vitoreaba a la formación con vivas a España y a la Benemérita; el charol de los tricornios relucía y las palomas dibujaban estelas blancas sobre el azul. Desde un atril, el ya general García se dirigía con su tonillo gallego a las hileras de tiralíneas que se extendían

ante él, guardias civiles con mentones orientados al infinito y miradas rebosantes de orgullo. El bullicio de la cafetería me impedía seguir su discurso, me llegaban frases sueltas: de lealtad a los principios y a las personas, de ofrenda generosa de vidas, de esa cola que todo lo cohesiona: el compañerismo. Qué objetar, eran bonitas palabras. En la tribuna, tras el general, las cámaras encuadraron a Tirado unos segundos. Las medallas sobre su pecho impedían ver su uniforme; imposible atisbar el benemérito verde, lo había sepultado bajo un apabullante arcoíris metálico. «Porque aquí, a lo que sospecho, no adorna el vestido al pecho, que el pecho adorna al vestido», ya lo advirtió Calderón de la Barca.

Al describir cómo se destapó ante nosotros el alma hedionda de Ander Atxurra Barrios, recordé una cita de *Banderas de nuestros padres*: «Hay muchos imbéciles que se creen que saben lo que es la guerra, sobre todo aquellos que nunca han estado». En realidad, la cita no terminaba ahí. El final lo había reservado para este momento:

> Nos gustan las cosas bien claritas, buenos y malos, héroes y villanos, de eso siempre hay. Pero, la mayoría de las veces, no son los que nosotros creemos.

46

La tormenta de hielo (The Ice Storm)

ANG LEE, 1997

—Disculpe, su asiento no es ese; usted tiene el 4B y ese es el 4A.

—Ya… Quería cambiarme, si fuese posible; prefiero la ventanilla.

—Es que el 4A va a ocuparse en Madrid.

—Voy a bajarme en Madrid.

—Eh… Su billete es a Tarragona.

—Sí sí, pero me bajo en Madrid, un cambio de planes de última hora.

—Si es así… Por favor, déjelo todo como lo ha encontrado.

—No se preocupe, muy amable.

El día de Acción de Gracias de 1973 una tormenta de hielo asoló Nueva Inglaterra. Es un fenómeno natural de dinámica sibilina y efectos devastadores; uno acaba por preguntarse si, en aquel caso concreto, a falta de napalm, no habría sido invocado por el Vietcong. De entrada, el agua jarrea desde los cielos en cantidades que saturan los drenajes y lo empapan bien todo. Luego el mercurio de los termómetros cae a plomo, como la cotización rojo sangre de una compañía que anuncia

su bancarrota. Finalmente, el hielo levanta el asfalto, comba el metal y craquela de muerte a los seres vivos. Un delicado e irreversible espectáculo de suspensión del tiempo que la madre naturaleza proyecta en *slow motion*.

1973 no fue un buen año en Estados Unidos. Hastiado de Nixon y el Watergate, la crisis del petróleo y el interminable Vietnam, el estadounidense de clase media se lanza a beber, fornicar y fumar marihuana, alcanzado tardíamente por la revolución sexual y social de los años sesenta. Los condones, el alcohol y la hierba abanderan así el espíritu de los setenta, la Década del Yo, aguas turbulentas de la historia de ese país en las que pocos cineastas americanos se han atrevido a bucear. Quizá fuera el origen taiwanés de Ang Lee lo que, precisamente, le diera a este director el coraje para adentrarse en tan poco amable y nada comercial sujeto.

La tormenta de hielo es un fotograma gris de 1973. Una sutil y ácida estampa del desencanto: de matrimonios carcomidos por el adulterio y la modernidad sexual —la escena de la *key party* es el cenit de ese esperpento—; de quinceañeros desorientados tanteando los bálsamos alienantes de sus mayores: drogas, alcohol y sexo —¿alguien se imagina «la primera vez» con tu pareja escondida bajo una careta de Nixon?—; de conversaciones desubicadas; de monosílabos evasivos; de manos ocupadas con cigarrillos; de vaho frío.

En la noche de la tormenta que cierra este sueño americano fallido, los personajes se encuentran solos, aún más todavía, y uno de ellos, el adolescente Mikey —Elijah Wood—, muere electrocutado en un desdichado accidente causado por las secuelas del temporal. Lentamente, su cadáver se desliza por el hielo unos metros. Una fatal escena presidida por el silencio, el rumor con el que gusta de despedirse la muerte.

Sucedió todo en 1973. «Dos décadas después tenemos mucho que aprender del pasado embarazoso», se lamentó en su día

Ang Lee.

No es que lloviznase en Madrid, es que el día era triste y plomizo, de esos que languidecen las sombras. Quizá fuese lo más apropiado.

—Al cementerio de la Almudena.

De camino, le pedí al taxista que parase en un chino; empezaba a caer algo como granizo, iba a necesitar un paraguas. Cuando llegamos a la Almudena, sus ojos atentos me interrogaron desde el retrovisor.

—¿Le espero, caballero?

—No, gracias, no sé lo que tardaré. Quédese el cambio.

Traté de guiarme con el plano expuesto en la entrada, pero no me bastó, nada desorienta más que las calles de un camposanto. Transitarlas es comparable a pasear por el interior de una inmensa colmena con sus celdillas hexagonales, todas idénticas, contumazmente indistintas, publicitando la falacia del enrase final de cuantos acaban con los pies por delante. Sí, yo lo grito al viento: la muerte no nos iguala. Por mucho que en las exposiciones itinerantes alineen retratos de fotomatón en paneles «de uno y otro bando». No. No hubo dos bandos. Solo buenos y malos.

Me perdí; tuve que preguntar:

—Por favor, ¿el monumento a los héroes de Cuba y Filipinas?

Desde allí no tardaría en encontrarla, recordaba que estaba cerca de ese mausoleo. Al llegar, el tamaño de la lápida me resultó amargamente entrañable. Me arrodillé y retiré el granizo. Bajo la capa de hielo, el mármol se me ofrecía callado —si algo sabe una lápida es guardar silencio—. «Itziar Trujillo Matali, 1988-1994. Tus padres, tu familia y tus amiguitos no te olvidan, angelita».

Saqué de mi cartera la foto y la dejé en una incisión de la losa, bajo una pequeña cornisa; la resguardaría del mal tiempo. Mi 5.6: Tomahawk, el Grillo, el Txaku, el Txiki, Tintín, Ederra, el Nipón, Saka, Viki, Misko, Peperolo, Mikel, Maisi… Virtualmente, no pude evitar añadir a Eliana… El Proa 5.6 al completo. En blanco y negro. Los sones del *Can't take my eyes off you* erizaron mi piel. Los abrazos, los alaridos, la euforia. Los escalofríos, el llanto, la rabia. El arrebato de vida, los sueños. La amistad. Allí se quedó todo, con el Gorbea por testigo, el lago de Otxandiano lo engulló todo. Y a todos. Incluso a mí, a pesar de empeñarme en sacar aquella segunda fotografía para retratarlos sin mi presencia, tratando de recortar con un quiebro medroso los pitones del destino. Otxandiano nos tragó a todos. Alguno ya está arriba en los cielos. Otros seguimos abajo, no menos muertos. Qué ironía, o qué profundo mensaje. Arrodillado en aquel plató mudo como un actor fracasado, cien años, cien justos, me distanciaban de las tragedias de Cuba y Filipinas; en España, los años 98 de cada siglo nos abocan al precipicio, debe de ser una ley de la historia por enunciar aún. Y no, no pensé en la conexión con aquellas gestas por elevarnos a la categoría de héroes. No lo fuimos. Sí la escuadra española en las aguas de Santiago de Cuba y la guarnición de Baler —Dios me librase de arrogarnos la casta de aquellos hombres; de laureados apócrifos ya estaban surtidas las plazas engalanadas—. Tan solo me pareció que, entonces en el Caribe y en el Pacífico, como después en un rincón del norte de España, la Patria miró a otro lado.

Y abandonó a sus hijos al albur de su suerte.

Fundido a negro

Ayer, mientras relataba mi visita al cementerio de la Almudena, escuchaba a Leonard Cohen. Nadie me creerá, dirán que pretendo tocar la fibra, que invento sensiblerías. Pero ocurrió, en la intimidad de mi estudio y sin nadie que lo atestigüe: es así como suceden las tonterías extraordinarias. Al terminar de escribir «angelita», la canción clavó sus garras en mí.

I forget to pray for the angels,
and then the angels forget to pray for us.

Lloré. Soy blando. Mis arenas se hundieron. Ni soportaron la gravedad del desfile, ni el grácil paseo de la más maravillosa mujer.

Todavía conservo la chapita de san Cristóbal, la de Francisco Jurado Pacheco, aquella que recogí a treinta metros de su Opel Corsa, o lo que quedó de él. Me digo siempre que debería localizar a sus padres, si es que aún viven, y devolvérsela, no me pertenece. Pero nunca lo hago. No sé si les robé un recuerdo o les ahorré más pesadillas. Transportarme a aquel tiempo termina igual siempre: «El horror, el horror…». Pero es un perverso ejercicio enjuiciar con la luz del presente la niebla de entonces. Lo que se hizo hecho está. Lo mucho bueno y lo poco malo. Sería injusto pensar lo contrario. De vivirlo de nuevo, volveríamos a hacerlo todo igual. Lo bueno, sin duda. Lo malo, irremediablemente también.

No se llora igual por la muerte que por desamor. En ambos casos se llora la pérdida, pero una es irreversible, la otra no. Por abrupta y dolorosa que haya sido la ruptura, un amor podría volver. Los muertos no. Son llantos muy diferentes. Ambos parten de la impotencia, pero en la muerte las lágrimas transitan hacia la rabia y se diluyen en la resignación; en el desamor sucede más bien al contrario. *Arriba* uno llegaba a acostumbrarse a llorar a la muerte. No estaba dispuesto a que me sucediese también con el desamor.

Quedamos en un japonés; Eliana tenía que bajar a Madrid a arreglar unos asuntos en el notario y aprovechamos esa ocasión. En 2003 los *tepanyaki* eran más bien exóticos, pero, más que a ella la novedad, me sorprendió su familiaridad con la gastronomía oriental, qué destreza con los palillos; si intentabas impresionarla, el tiro te salía por la culata: no había cambiado nada. Presentarme con un ramo de flores me pareció demasiado explícito, así que opté por comprarle unos guantes; eran de esos de cuero muy suave, «color tórtola con topos hueso», en palabras de la dependienta, unos guantes preciosos y sobre todo cálidos, se acercaba la Navidad y le vendrían bien para aliviar su Raynaud, esa rara afección que entumece los dedos como si los despojara de vida; cuando le sucedía, me generaba un sentimiento de ternura paterna que nunca me atreví a confesarle. Apenas llegamos, dispuesto a dárselos, eché mano al bolsillo de mi americana, pero no lo hice; ya encontraría el momento. De manera bastante torpe, monopolicé la conversación con temas profesionales; por entonces estaba destinado en Especiales —a la unidad le habían cambiado el nombre pero los nostálgicos seguíamos llamándola así; había sustituido a Tirado cuando a él lo destinaron en una embajada como premio por los servicios prestados—, y me

explayé como un loro detallando los estertores de ETA: las *caídas* de Ainhoa García, de Susper, de Gorka Palacios… Ella no parecía muy interesada, tampoco yo, la verdad, marear la perdiz nunca se me dio bien. Creo que parloteé incluso con la boca llena, temía que nos quedásemos en silencio; hablaba sin apartar la vista de los malabarismos del cocinero y, en sus pausas, de mi cuenco de salsa de soja; las veces que perdí la concentración y tropecé en su mirada, trastabillé mis palabras. El tiempo le había sentado bien; francamente bien. Se suponía que iba a ser un rencuentro distendido…

Cuando nos trajeron la cuenta, hizo ademán de pagar; al detener su mano, reparé en el anillo. Paré de hablar y dejé los billetes sobre la mesa. «Quizá sea el momento de darle los guantes y largarme de aquí», me dije, y recordé que, convencido de que le encantarían, había rehusado el tique regalo.

—Supongo que llego tarde.

Puso su mano sobre la mía. Igual que la primera noche en El Limonar. Si cerraba los ojos, soñé, llegaría otra vez su beso.

—Me ha gustado volver a verte.

Mientras se alejaba, comprobé que las caderas aún le servían de vanguardia.

Y dejé el Cuerpo. Un 3 de abril de hace ya muchos años. Y no lo hice, como algunos bisbisearon, porque pretendiese cambiar el mundo. Qué equivocados. Nunca me fue la épica. Me marché porque, sencillamente, por fin lo acepté. Acepté el mundo tal como es.

Por eso, ahora escribo poesía.

Fin

Días en la memoria

Días de yunque
al jo ta ke!
de sudor abnegado
y no preguntar cuántos son
fe
apostadero baldío
escucha anodina
seguimiento fallido
desazón, esfuerzos ingratos
frío
otra operación que se cierra
la duda
¿tendrá esto sentido?
un sentimiento gregario
poderoso, rabioso
ansioso de euforia
miradas que hablaban
tuyo, mío, lo he perdido

ahí vuelve otra vez
comunión en la calle
las partes y el todo
nadie más, nadie menos
ese es el logro
días de buenos que ganan
y malos que pierden
así son los finales
ganamos nosotros

los guardias civiles
días de gestas
el privilegio
de haberlas vivido
el extremo deber
siempre cumplido
la historia
de los que todo lo dieron
de los que se fueron
los mejores que conocí
los que gritaban
¡alto a la Guardia Civil!

Honor y gloria

Agradecimientos

A Amaya, al Bullas y su hermana Gloria, a mi *consuegro* Fernando y su amiga Ajo, a Javi Marín, al Txino Mellado, a Manolo Vico y a Pedro Martín, por ayudarme a pulir esta historia.

Al Nene, por contarme lo que llevaba dentro.

A Andrés Sanz, por enseñarme a escribir mejor.

A Pepe Verdes y Blanca Rosa, por apostar por mí.

A los *chavales* del 5.6, por estremecerme aún.

PAZMAN NO ES UNA HISTORIA MÁS DE LA LUCHA CONTRA ETA.
ES LA HISTORIA CORAL DE LOS HOMBRES Y LAS MUJERES QUE LUCHARON CONTRA ETA.
EL RELATO DE SUS VIDAS ATROPELLADAS, CONFUSAS, PREJUZGADAS Y OLVIDADAS



A mediados de los noventa, un joven teniente de la Guardia Civil, Manel Queralt, es destinado al País Vasco. Allí, en el Servicio de Información de la comandancia de Bilbao, se hace cargo del grupo operativo PROA 5.6, un indomable puñado de jóvenes guardias civiles que no están acostumbrados a obedecer, solo a hacer lo que deben. Al grupo se le encomienda controlar un buzón de ETA que termina por ser objeto de una tensa disputa entre la Guardia Civil y la Policía Nacional, y las vigilancias solapadas de ambos cuerpos pondrán en riesgo la operación. Al frente del PROA 5.6, junto al compañerismo y la amistad, Queralt descubrirá una realidad dura y dolorosa que poco a poco transforma su euforia e ilusión en impotencia y desencanto; una realidad que, en gran medida, ha pasado inadvertida a cronistas e historiadores

En *Pazman*, las atrocidades de ETA son o están basadas en hechos reales, y muchos personajes se inspiran en personas que

conoció el autor.

El resto es un mézclum inseparable de hemeroteca, ficción y cine.

Una obra indispensable para comprender el complejo puzle vasco.

Coque Astillero es coronel de la Guardia Civil diplomado de Estado Mayor. Ha desarrollado su trayectoria profesional en la lucha antiterrorista, la cooperación policial internacional, la docencia y el control de fronteras. Finalista del Premio Azorín 2022, *Pazman* es su primera novela.

Twitter: @eugeniverdu
Instagram: eugeniverdu



Primera edición: octubre de 2023

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021, Barcelona

ISBN: 978-84-19743-61-9

Compuesto en: www.acatia.es

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: PenguinLibros
Twitter: @penguinlibros
Instagram: penguinlibros
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

[1] SIGC: Servicio de Información de la Guardia Civil.

[2] Koordinadora Abertzale Sozialista.

[3] Euskadiko Mugimendu Komunista (Movimiento Comunista de Euskadi) y Liga Komunista Iraultzailea (Liga Comunista Revolucionaria).

[4] Centro Operativo de Servicios.

[5] Abreviación de *herriko taberna* ('bar del pueblo'), nombre de las sedes sociales de Herri Batasuna.

[6] Acordeón pequeño.

[7] Amigos.

[8] Por favor.

[9] Fuera perros.

[10] Grupo; forma de referirse a un comando, más ligada a su zona de actuación.

[11] Agentes de la Brigada Móvil de la Ertzaintza, llamados así ('negros') por el color de su uniforme.

[12] Persona que trabaja en el campo y vive en un *baserri* ('caserío').

[13] De la expresión en euskera: *jo ta ke*,'pega sin parar','dale duro'.

[14] Seguridad y autoprotección.

[15] Lema de ETA: 'Seguir en las dos' (la lucha política y la lucha armada).

[16] Literalmente, 'soldado'; así se autodenominaban los etarras y sus colaboradores.

[17] Movimiento de Liberación Nacional Vasco.

[18] '¡Pega sin parar hasta vencer!'.

[19] 'Pequeño Mercado' y 'Saludos', respectivamente.

[20] 'Quizá el azar sea el seudónimo de Dios cuando no quiere firmar'.

[21] Grupo de Apoyo Operativo, de la Guardia Civil.

[22] 'Tiroteo'.

[23] 'Adiós, cariño'.

[24] 'No le cuentes a nadie nuestro secreto'.

[25] 'Haciendo frente a la detención, número 2'.

[26] 'Bienvenido, amigo'.

[27] 'Presos vascos, a casa'.

Índice

16. Un tranvía llamado Deseo (A Streetcar Named Desire)
17. La ley del silencio (On the Waterfront)
18. Mesas separadas (Separate Tables)
19. Lo imposible
20. Grupo salvaje (The Wild Bunch)
21. En busca del arca perdida (Raiders of the Lost Ark)
22. La vida de los otros (Das Leben der Anderen)
23. La noche del demonio (Night of the Demon)
24. Luz que agoniza (Gaslight)
25. Sospechosos habituales (The Usual Suspects)
26. La sombra de una duda (Shadow of a Doubt)
27. La cosa (The Thing)
28. Adiós, muchachos (Au revoir, les enfants)
29. La gran belleza (La grande bellezza)
30. Sexo, mentiras y cintas de vídeo (Sex, Lies, and Videotape)
31. Una historia verdadera (The Straight Story)
32. Shakespeare enamorado (Shakespeare in Love)
33. El resplandor (The Shining)
34. Bailando con lobos (Dances with Wolves)
35. La noche se mueve (Night Moves)
36. El desvío (Detour)
37. El signo de la cruz (The Sign of the Cross)
38. El secreto de sus ojos